BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE QUITO

Año CX Jul. / Ago. / Sep. del 2005



S.E. Mons. Giacomo Guido Ottonello
Nuevo Nuncio Apostólico en el Ecuador
llegó a Quito el jueves 7 de julio del 2005

Contenido

Director: Mons. Héctor Soria S. Telf.: 2282 031
Apartado 17-01-00106. Quito - Ecuador

Editorial

Clausura del Año de la Eucaristía

Convocado por el Papa Juan Pablo II, el mundo católico ha celebrado con inusitado fervor el "Año de la Eucaristía", que tuvo su inicio en la ciudad de Guadalajara, México, con el Congreso Eucarístico Internacional, del 10 al 17 de octubre del 2004, y que culminará en Roma con la XI Asamblea general del Sínodo de los Obispos, del domingo 2 al domingo 23 de octubre del presente año 2005.

El "Año de la Eucaristía" ha sido verdaderamente un año de gracia: los templos se han embellecido y recobrado vida; los sacerdotes han blanqueado la vestimenta y han desempolvado los paramentos más preciosos, nuevos y antiguos; las misas, particularmente las dominicales, han crecido en calidad y en número de asistentes; se han multiplicado las confesiones y las comuniones de los fieles; los sagrarios, de ordinario abandonados, han recibido numerosas e inesperadas visitas; se ha tornado más nutrida la adoración perpetua; de pronto, la celebración de la solemnidad del Corpus Christi, con su tradicional procesión, ha retomado su carácter masivo, solemne, y sus típicos tintes folklóricos; el Jubileo de las Cuarenta Horas como que se ha celebrado en más iglesias y con un mayor concurso de fieles. Con toda seguridad, el "Año de la Eucaristía" ha sido un año de bendición.

Ahora, resta aguardar, con mucha expectativa, los frutos eucarísticos que la XI Asamblea general del Sínodo de los Obispos puede entregar a la Iglesia y al mundo. Que los Padres Sinodales, con la asistencia especial que el Espíritu Santo les tiene asegurada cada vez que se hallan reunidos entre sí y con el Santo Padre, puedan disipar las sombras que frecuentemente caen sobre la doctrina misma de la Eucaristía y sobre el trato que los católicos le damos a este gran Sacramento, de suerte que la EUCARISTIA continúe siendo verdaderamente "Fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia" .

El Instrumentum laboris para la XI Asamblea sinodal pone de relieve el preeminente lugar que la Eucaristía ocupa en la Iglesia, cuando considera que "La Iglesia vive de la Eucaristía desde su orígenes. En ella encuentra la razón de su existencia, la fuente inagotable de su santidad, la fuerza de la unidad y el vínculo de la comunión, el impulso de su vitalidad evangélica, el principio de su acción evangelizadora, el manantial de la caridad, el estímulo de la promoción humana y la anticipación de su gloria en el banquete eterno de las bodas del Cordero".

Este mismo documento pone de relieve que el principal propósito de la XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos es el de asegurar el depósito de

la fe eucarística sobre la base de la revelación, la tradición y la rica y abundante doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía, cuando considera precisamente que "El depósito de la fe eucarística, no obstante las diversas controversias doctrinales y disciplinares, ha llegado hasta nosotros, por la gracia de la divina Providencia, en su pureza original, sobre todo en virtud de la doctrina de dos concilios ecuménicos, el de Trento (1545-1563) y el Vaticano II (1962-1965). Una mejor comprensión del Misterio eucarístico ha sido posible gracias a la notable contribución de varios Sumos Pontífices, entre los cuales deben recordarse Pablo VI y Juan Pablo II, de feliz memoria, ambos comprometidos en la aplicación, a nivel de la Iglesia universal, de las decisiones del concilio Vaticano II. Durante el pontificado de Juan Pablo II la Iglesia católica se ha enriquecido con grandes documentos sobre el sacramento de la Eucaristía. Basta recordar el Catecismo de la Iglesia católica, la encíclica Ecclesia de Eucharistia y la carta apostólica Mane nobiscum Domine. En esta perspectiva de actuación del concilio Vaticano II y en fiel continuidad con la bimilenaria tradición de la Iglesia, también el actual Santo Padre, Benedicto XVI, desea mantener su pontificado; ya en su primera alocución, dirigida a través del Colegio cardenalicio a toda la Iglesia, anunció que la Eucaristía constituye el centro permanente y la fuente del servicio petrino que le ha sido encomendado".

También en nuestra Arquidiócesis de Quito se está elaborando un nutrido programa de clausura del "Año de la Eucaristía" para la semana del domingo 23 al sábado 29 de octubre.

A los venerables señores párrocos y demás suscriptores del Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Quito

Les enviamos un saludo fraterno y les recordamos muy comedidamente su obligación de cancelar a tiempo, en la Tesorería de la Curia, el valor de la suscripción anual, que actualmente es de quince dólares.

La Dirección



Documentos de la Santa Sede

Sínodo de los Obispos

XI Asamblea General Ordinaria

«LA EUCARISTÍA: FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA Y DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA»

Instrumentum laboris

Prefacio

La Iglesia vive de la Eucaristía desde sus orígenes. En ella encuentra la razón de su existencia, la fuente inagotable de su santidad, la fuerza de la unidad y el vínculo de la comunión, el impulso de su vitalidad evangélica, el principio de su acción evangelizadora, el manantial de la caridad, el estímulo de la promoción humana y la anticipación de su gloria en el banquete eterno de las Bodas del Cordero (cf. *Ap* 19,7-9).

Entre las presencias de diverso grado del Señor resucitado en su Iglesia, ocupa un puesto absolutamente particular el sacramento de la Eucaristía, en el cual, por la gracia del Espíritu Santo y las palabras de la consagración, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo para gloria y alabanza de Dios Padre. Este inestimable don y gran misterio tuvo lugar en la última Cena y, por explícito mandato del Señor Jesús: «Haced esto en recuerdo mío» *(Lc* 22, 19), nos ha sido transmitido por medio de los Apóstoles y de sus sucesores. A este respecto, san Pablo, en el relato del pan y del cáliz de la nueva alianza, escribió: «Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido» (*1 Co* 11, 23). Se trata de una sagrada tradición fielmente transmitida de generación en generación hasta nuestros días.

El depósito de la fe eucarística, no obstante las diversas controversias doctrinales y disciplinares, ha llegado hasta nosotros, por la gracia de la divina Providencia, en su pureza original, sobre todo en virtud de la doctrina de dos concilios ecuménicos, el de Trento (1545-1563) y el Vaticano II (1962-1965). Una mejor comprensión del misterio eucarístico ha sido posible gracias a la notable contribución de varios Sumos Pontífices, entre los cuales deben recordarse Pablo VI y Juan Pablo II, de feliz memoria, ambos comprometidos en la aplicación, a nivel de la Iglesia universal, de las decisiones del concilio Vaticano II. Durante el pontificado de Juan Pablo II la Iglesia católica se ha enriquecido con grandes documentos sobre el sacramento de la Eucaristía. Basta recordar el *Catecismo de la Iglesia católica,* la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* y la carta apostólica *Mane nobiscum Domine.* En esta perspectiva de actuación del concilio Vaticano II y en fiel continuidad con la bimilenaria tradición de la Iglesia, también el actual Santo Padre, Benedicto XVI, desea mantener su pontificado; ya en su primera alocución, dirigida a través del Colegio cardenalicio a toda la Iglesia, anunció que la Eucaristía constituye el centro permanente y la fuente del servicio petrino que le ha sido encomendado.

Los mencionados documentos contienen una densa reflexión sobre el sacramento de la Eucaristía, con significativas consecuencias espirituales y pastorales. Verificar, al alba del tercer milenio del cristianismo, de qué modo este rico patrimonio de la fe se aplica a la realidad de la Iglesia católica, extendida en los cinco continentes, es una cuestión de sensibilidad pastoral, de responsabilidad episcopal y de visión profética.

Por tanto, no causó sorpresa la propuesta de las Conferencias episcopales de todo el mundo y de otros organismos eclesiales consultados por la Secretaría general del Sínodo de los obispos, con el consenso del Consejo ordinario, de presentar a la aprobación del Santo Padre el tema de la Eucaristía para la XI Asamblea

general ordinaria del Sínodo de los obispos. Considerando la importancia del tema, Su Santidad acogió con gusto esta sugerencia, definiendo el tema: «La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia», así como también, la fecha de la asamblea: del 2 al 23 de octubre de 2005. En la elección del tema, resulta evidente una alusión explícita a la enseñanza del concilio Vaticano II sobre la Eucaristía, sobre todo a la constitución dogmática *Lumen gentium* (n. 11), retomada también por *Ecclesia de Eucharistia* (nn. 1 y 13). No se trata de una alusión casual, sino programática, con vistas a una renovación del entusiasmo del concilio Vaticano II para verificar la aplicación de la enseñanza sobre el sacramento de la Eucaristía a la luz del ulterior magisterio de la Iglesia.

La Secretaria general del Sínodo de los obispos, con la ayuda de los miembros del Consejo ordinario, comenzó la preparación de la XI Asamblea general ordinaria con la redacción de los *Lineamenta,* documento publicado al comienzo del año 2004 con la intención de suscitar una vasta reflexión eclesial sobre el misterio de la Eucaristía, celebrado y adorado en las diócesis y en las comunidades de la Iglesia católica y anunciado al mundo entero. En efecto, el documento fue enviado a las Conferencias episcopales, a las Iglesias orientales católicas *sui iuris,* a los dicasterios de la Curia romana y a la Unión de superiores generales, con la explícita petición de responder, después de haber reflexionado y rezado, a un cuestionario sobre diversos temas relacionados con la Eucaristía. Además, el mismo documento fue ampliamente difundido en la Iglesia y en el mundo a través de los medios de comunicación social. El pueblo de Dios, guiado por sus pastores, ha respondido bien a esta consulta, dando válidas contribuciones sobre el tema, con vistas a la preparación de la asamblea sinodal. En varios países se suscitaron debates en el ámbito de las diócesis, de las parroquias y de otras comunidades eclesiales. Se ha tratado, por lo tanto, de una profunda reflexión sobre la fe y sobre la praxis eucarística a nivel de la Iglesia universal.

Las aportaciones llegaron a la Secretaría general bajo forma de «respuestas», de parte de los organismos antes mencionados, con una notable dimensión colegial, y bajo la forma de «observaciones» de parte de aquellos que espontáneamente quisieron contribuir al proceso sinodal. Los frutos han sido recogidos en el presente *Instrumentum laboris*, que es una síntesis fiel de las contribuciones recibidas. Al reflejar el tenor de las respuestas en el documento, no se ha querido presentar nuevamente una síntesis teológica, sistemática y completa sobre el sacramento de la Eucaristía, que por otra parte ya existe en la Iglesia, sino más bien recordar algunas verdades doctrinales que ejercen una notable influencia en la celebración del sublime misterio de nuestra fe, poniendo de relieve su gran riqueza pastoral. Por tanto, el documento se ha centrado principalmente en los aspectos positivos de la celebración eucarística, que reúne a los fieles y hace de ellos una comunidad, a pesar de las diferencias de raza, lengua, nación y cultura. Además, en el documento se mencionan algunas omisiones o negligencias en la celebración de la Eucaristía, que gracias a Dios son bastante marginales, pero permiten tomar mayor conciencia del respeto y de la piedad con que los miembros del clero y todos los fieles deben acercarse a la Eucaristía para celebrar el sagrado misterio. No faltan, finalmente, algunas propuestas, provenientes de numerosas respuestas, fruto de profundas reflexiones pastorales de las Iglesias particulares y de otros organismos consultados.

Obviamente, la celebración del sacramento de la Eucaristía se manifiesta en cada país y continente con notable variedad, que resulta evidente si se considera la variedad de tradiciones espirituales o ritos en la Iglesia católica. La diversidad, lejos de debilitar la unidad, revela la riqueza de la Iglesia en la comunión católica, caracterizada por el intercambio de dones y experiencias. Los católicos de tradición latina perciben tal riqueza en la insigne espiritualidad de las Iglesias orientales católicas, como resulta de los *Lineamenta* y del *Instrumentum laboris*.

Análogamente, los cristianos de las tradiciones orientales descubren constantemente el notable patrimonio teológico y espiritual de la tradición latina. Esta actitud tiene también una finalidad ecuménica. En efecto, si la Iglesia católica respira con dos pulmones, y por ello da gracias a la divina Providencia, también espera el santo día en el que esa riqueza espiritual se amplíe y vivifique por una plena y visible unidad con aquellas Iglesias orientales que, aun careciendo de una plena comunión, en buena parte profesan la misma fe en el misterio de Jesucristo Eucaristía.

El *Instrumentum laboris* está destinado a los padres sinodales como documento de trabajo y de ulterior reflexión sobre la Eucaristía, la cual, como corazón de la Iglesia, la impulsa en la comunión a un nuevo compromiso misionero. No cabe ninguna duda de que la reflexión será beneficiosa, porque el espíritu de colegialidad, propio de las reuniones sinodales, favorecerá el consenso sobre las propuestas destinadas al Santo Padre. Además, podrán recogerse los abundantes frutos de la reforma litúrgica, de las investigaciones exegéticas y de las reflexiones teológicas que han caracterizado el período sucesivo al concilio Vaticano II.

En las respuestas sintetizadas en el *Instrumentum laboris* se percibe la esperanza del pueblo de Dios en el buen resultado de los trabajos de los padres sinodales, reunidos en torno al Obispo de Roma, cabeza del Colegio episcopal y presidente del Sínodo, junto a otros representantes de la comunidad de la Iglesia. En efecto, se espera que contribuya a descubrir nuevamente la belleza de la Eucaristía, sacrificio, memorial y banquete de Jesucristo, Salvador y Redentor del mundo. Los fieles esperan orientaciones apropiadas para que se celebre más dignamente el sacramento de la Eucaristía, Pan bajado del cielo (cf. *Jn* 6, 58) y ofrecido por Dios Padre en su Hijo unigénito, para que con más devoción se adore al Señor bajo las especies del pan y del vino, y para que se refuercen los vínculos de unidad y de comunión

entre aquellos que se alimentan del Cuerpo y Sangre del Señor. Esta esperanza no sorprende, pues los cristianos que participan en la mesa del Señor, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, forman parte viva de la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo. Son testigos en el ambiente de la vida y del trabajo, atentos a las necesidades espirituales y materiales del hombre contemporáneo, activos en la construcción de un mundo más justo, en el que a nadie ha de faltar el pan nuestro de cada día.

Los padres sinodales realizarán sus tareas sinodales siguiendo el ejemplo de la santísima Virgen María, Mujer eucarística, dispuestos a cumplir la voluntad de Dios Padre y con una actitud de apertura a las inspiraciones del Espíritu Santo. En esta importante actividad serán sostenidos por los vínculos de la comunión con el clero y con los fieles, que en ese *Año de la Eucaristía*, con renovado celo, no cesan de orar, celebrar, adorar y testimoniar con la vida cristiana y con la caridad fraterna la fecundidad del misterio eucarístico, anunciando con nuevo celo apostólico a los cercanos y a los lejanos la belleza del gran misterio de la fe contenido en el sacramento de la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia para el tercer milenio del cristianismo.

Nikola ETEROVIC
Arzobispo titular de Sisak
Secretario general

Introducción

Asamblea sinodal en el Año de la Eucaristía

1. La XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos tendrá lugar del 2 al 23 de octubre de 2005 sobre el tema: «La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». La precederá una fase preparatoria, en la que participa-

rá la Iglesia católica extendida en todo el mundo, también gracias al magisterio del Papa Juan Pablo II, que promulgó la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* y la carta apostólica *Mane nobiscum Domine,* y de los obispos y teólogos reunidos en el XLVIII Congreso eucarístico internacional de Guadalajara, México[1]. En relación con el tema sinodal debe considerarse también la Instrucción *Redemptionis sacramentum* y el subsidio «Año de la Eucaristía. Sugerencias y Propuestas» de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, difundido con ocasión de la apertura del Año de la Eucaristía que, habiendo comenzado el 17 de octubre de 2004, se concluirá precisamente con el Sínodo.

Con el fin de orientar la preparación específica se publicaron los *Lineamenta,* no para ofrecer un tratado completo sobre la Eucaristía, ni para proponer nuevamente las enseñanzas doctrinales ya contenidas en los mencionados documentos, sino para delinear las cuestiones emergentes en el contexto de los puntos esenciales de la doctrina eucarística de la Iglesia, a la luz de la sagrada Escritura y de la Tradición.

Las respuestas a los *Lineamenta* y al relativo Cuestionario fueron enviadas por las Conferencias episcopales, las Iglesias orientales católicas *sui iuris,* los dicasterios de la Curia romana y la Unión de superiores generales. Además, obispos, sacerdotes, religiosos, teólogos y fieles laicos enviaron observaciones, que después han sido recogidas en el *Instrumentum laboris.* Este documento de trabajo de la futura asamblea sirve para *informar* sobre la realidad de la fe, del culto y de la vida eucarística en las Iglesias particulares de todo el mundo y para *confrontar* esa realidad con la de la Iglesia universal.

1 Cf. *XLVIII Congreso eucarístico internacional,* del 10 al 17 de octubre de 2004: *La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio, Memoria,* Guadalajara, México, 2004.

«Instrumentum laboris» y su uso

2. Para favorecer la reflexión y la discusión preparatoria, así como también las intervenciones y el debate en el aula, el *Instrumentum laboris* enuncia el dato doctrinal y el pastoral. En efecto, en estos dos campos se empeñan continuamente los obispos en el ejercicio del triple oficio episcopal de enseñar, santificar y gobernar al pueblo de Dios. Por ello, la praxis de la Iglesia en el mundo debe confrontarse continuamente con la doctrina perenne alimentada por la sagrada Escritura y la Tradición.

Aplicando el método al tema del Sínodo, es necesario verificar si la *ley de la oración* corresponde a la *ley de la fe,* es decir, preguntarse qué cree y cómo vive el pueblo de Dios para que la Eucaristía pueda ser cada vez más la fuente y la cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia y de cada uno de los fieles, mediante la liturgia, la espiritualidad y la catequesis en los ámbitos culturales, sociales y políticos.

De las respuestas a los *Lineamenta* emerge la necesidad de comprender la Eucaristía a la luz de la doble dimensión de *fons et culmen* en la Iglesia. El sacrificio sacramental es *fuente* porque, en virtud de las palabras del Señor y por obra del Espíritu Santo, contiene la eficacia de la pasión de Jesucristo y la fuerza de su resurrección. La Eucaristía es, además, *cumbre* de la vida de la Iglesia puesto que lleva a la comunión con el Señor por medio de la santificación y la divinización del hombre, miembro de una comunidad reunida en torno a la mesa del Señor. De esta verdad, *fons et culmen,* nace el compromiso en favor de la transformación de las realidades temporales. Este es el tema general del Sínodo. Puede decirse que en la Eucaristía se encuentra el *sentido* del sacrificio de Jesús: Dios se da total y gratuitamente, y el hombre se abandona completamente al Padre que lo ama. Se trata de una doble expresión de amor, que corresponde, de algún modo, a la Eucaristía como sacrificio y banquete.

En las respuestas, por lo general, se aprecia el hecho de que los *Lineamenta* no sólo hayan propuesto una visión de la Eucaristía en la liturgia de tradición latina, sino también en las liturgias de las tradiciones orientales: la ósmosis se considera enriquecedora y benéfica, especialmente para exaltar las luces y atenuar las sombras que se registran en no pocos lugares. El texto del *Instrumentum laboris* intenta hacer lo mismo al abarcar toda la tradición de la Iglesia, no limitándose al rito latino, aunque no puede negarse que algunos fenómenos son propios de este ámbito.

El presente *Instrumentum laboris* se ofrece a la reflexión de los pastores de las Iglesias particulares para que con el pueblo de Dios se preparen al Sínodo, en el cual los padres sinodales ofrecerán al Obispo de Roma propuestas útiles para una renovación eucarística de la vida eclesial.

Parte I
Eucaristía y mundo actual

Capítulo I

Hambre del pan de Dios

«"El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo". Entonces le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan"» (Jn 6, 33-34)

Pan para el hombre en el mundo

3. En respuesta a la petición de un signo para poder creer, Jesucristo se propone él mismo a la multitud como Pan verdadero que sacia al hombre (cf. *Jn* 6, 35), el Pan que baja del cielo para dar la vida al mundo. También el mundo actual tiene necesidad

de ese Pan para tener la vida. En la conversación con Jesús, que se presentaba a sí mismo como el Pan para la vida del mundo, la gente espontáneamente le pidió: «Señor danos siempre de ese pan». Se trata de una súplica significativa, expresión del deseo profundo grabado no sólo en el corazón de los fieles, sino también de todo hombre que anhela la felicidad simbolizada en el Pan de la vida eterna. También el mundo, en este año del Señor 2005, no obstante las dificultades y contradicciones de diversa índole, aspira a la felicidad y desea el Pan de la vida, del alma y del cuerpo. A fin de dar una respuesta a este anhelo humano el Papa ha realizado un apremiante llamamiento a toda la Iglesia para que el Año de la Eucaristía sea también ocasión de compromiso, serio y profundo, en la lucha contra el drama del hambre, el azote de las enfermedades, la soledad de los ancianos, el malestar de los desempleados y las travesías de los inmigrantes. Los frutos de este compromiso serán una prueba de la autenticidad de las celebraciones eucarísticas[2].

No sólo el hombre, sino también la creación entera, espera los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. 2 *P* 3, 13) y la recapitulación de todas las cosas, también las de la tierra, en Cristo (cf. *Ef* 1, 10). Por ello, la Eucaristía, al ser la cumbre a la cual tiende toda la creación, es también la respuesta a la preocupación del mundo contemporáneo por el equilibrio ecológico. En efecto, a través del pan y del vino, materia que Jesucristo eligió para cada santa misa, la celebración eucarística entra en relación con la realidad del mundo creado y confiado al dominio del hombre (cf. *Gn* 1, 28), en el respeto de las leyes que el Creador ha puesto en las obras de sus manos. El pan, que se convierte en Cuerpo de Cristo, debe ser el fruto de una tierra fértil, pura e incontaminada. El vino, que pasa a ser la Sangre del Señor Jesús, ha de ser el signo de un trabajo de transformación de la creación según las necesidades de los hombres, siempre preocupados por salva-

2 Cf. *Mane nobiscum Domine*, 7 de octubre de 2004, n. 28.

guardar los recursos indispensables para las generaciones futuras. El agua, que unida al vino simboliza la unión de la naturaleza humana con la divina, en el Señor Jesús, debe conservar sus propiedades saludables para los hombres sedientos de Dios «fuente de agua que brota para la vida eterna» (*Jn* 4, 14).

Algunos datos estadísticos esenciales

4. El tema del Sínodo, «La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia», exige también una mirada sobre algunos datos significativos del mundo, en el cual la Iglesia vive y actúa. Ante la imposibilidad de ofrecer un cuadro completo y exhaustivo, es siempre posible hacer observaciones y consideraciones de índole general.

Algunos datos ponen de manifiesto la relación estadística entre la población en general y los fieles que profesan la fe católica. En este sentido, se debe observar que los católicos en el año 2003 eran 1.086.000.000, con un aumento de 15.000.000 de personas respecto del año anterior, así repartido en los diversos continentes: África + 4,5%; América + 1,2%; Asia + 2,2%; Oceanía + 1,3%. En Europa se registra una situación de estabilidad. La lectura de los datos sobre la distribución de los católicos en las diversas áreas geográficas[3] demuestra que América cuenta con el 49,8% de los católicos del mundo entero, mientras que Europa tiene el 25,8%, África el 13,2%, Asia el 10,4% y Oceanía el 0,8%. En lo que se refiere al número de habitantes, el porcentaje de fieles católicos en cada uno de los continentes es el siguiente: 62,46% en América, 39,59% en Europa, 26,39% en Oceanía, 16,89% en África y 2,93% en Asia[4].

Desde el punto de vista de la distribución geográfica de la Iglesia se constata que en 2003 las circunscripciones eclesiásticas eran

3 Cf. *L'Osservatore Romano*, 31 de enero-1 de febrero de 2005, p. 6.
4 Cf. *Anuario estadístico de la Iglesia del año 2003*, tabla 4.

2.893, es decir 10 más respecto de 2002, con un aumento en todos los continentes[5]. Aumentó un 27,68% el número de los obispos en todo el mundo, pasando de 3.714 en 1978 a 4.742 en 2003, mientras el número total de los sacerdotes en 2003 (405.450: 268.041 diocesanos y 137.409 religiosos) con respecto al de 1978 (420.971: 262.485 diocesanos y 158.486 religiosos) sufrió una reducción del 3,69%, debida a una disminución del 13,30% de los sacerdotes religiosos y a un aumento del 2,12% de los sacerdotes diocesanos. Además, disminuyó en un 27,94% el número de los religiosos profesos no sacerdotes (de 75.802 en 1978 a 54.620 en 2003). Se redujo también en un 21,65% él número de las religiosas profesas (de 990.768 en 1978 a 776.269 en 2003)[6].

Dado que la celebración del sacramento de la Eucaristía se relaciona estrechamente con el sacramento del orden, vale la pena recordar que, en el período 1978-2003, se registró un aumento del número de católicos por sacerdote. En efecto, pasó de 1.797 católicos por sacerdote al comienzo del período, a 2.677 al final del mismo. Tal proporción varia de continente a continente. Por ejemplo, mientras en Europa hay 1.386 católicos por sacerdote, en África se cuentan alrededor de 4.723, en América 4.453, en Asia 2.407 y en Oceanía 1.746[7]. Además, hay que tener presente que en ese período los diáconos permanentes constituyen un grupo en fuerte aumento: el número total en todos los continentes se quintuplicó, con un incremento relativo del 466,7%. Conviene recordar que esta figura religiosa está muy difundida en América (especialmente en el norte del continente) con el 65,7% de todos los diáconos del mundo, y también en Europa con el 32%. Igualmente importante es la actividad desarrollada

5 CL *Anuario estadístico de la Iglesia 1978/2003*, tabla 1.
6 Cf. *ib.*, tabla 5.
7 Cf. *Anuario estadístico de la Iglesia del año 2003*, tabla 6.

en la evangelización en todo el mundo por los misioneros laicos (172.331) y por los catequistas (2.847.673)[8].

5. Este Sínodo se realiza en un período caracterizado por fuertes contrastes en la familia humana. La globalización permite una percepción de la unidad del género humano, gracias a los medios de comunicación social, que informan sobre la realidad en todos los rincones de la tierra. Se trata de un importante aspecto del progreso técnico, que se ha desarrollado de modo excepcional en los últimos decenios. Lamentablemente, la globalización y el progreso técnico no han favorecido la paz y una mayor justicia entre las naciones ricas y las pobres del tercer y cuarto mundo. Todo hace pensar que, por desgracia, mientras los padres sinodales estén reunidos, en varias partes del mundo continuarán los actos de violencia, el terrorismo y las guerras. Al mismo tiempo, muchos hermanos y hermanas nuestros serán víctimas de enfermedades, como por ejemplo el sida, que producen desolación en vastos estratos de la población, sobre todo en los países pobres.

Persistirá, tristemente, el escándalo del hambre, fenómeno que se ha agravado en los últimos años, dado que más de mil millones de hombres viven en la miseria. En este sentido es necesario prestar atención a algunos fenómenos referidos a la situación social, en particular el hambre, que no podemos olvidar si pensamos en la relación entre la Iglesia y el mundo en términos de evangelización. En efecto; la Iglesia desde siempre ha acompañado el anuncio del Evangelio y la transmisión de la salvación a través de los sacramentos con las obras de promoción humana en numerosos campos de la vida social, como la salud, la asistencia humanitaria y la educación. Por ello, no debe olvidarse, entre otras cosas, que en el período 1999-2001 hubo 842 millones de

8 CL *ib.*, tabla 5.

personas desnutridas en todo el mundo y 798 millones de ellas vivían en países en vías de desarrollo, especialmente en el África subsahariana, en Asia y en el Pacífico[9]. Esta dramática realidad no puede permanecer ausente en la reflexión de los padres sinodales, los cuales, con todos los cristianos, varias veces al día suplican al Señor: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

La Eucaristía en diferentes contextos de la Iglesia

6. De las respuestas a los *Lineamenta* se deduce que la participación en la santa misa el domingo es más bien alta en diversas Iglesias particulares de naciones africanas y en algunas asiáticas. En cambio, se verifica el fenómeno contrario en la mayor parte de los países europeos y americanos y en algunos de Oceanía, llegando a extremos negativos del 5%. Los fieles que descuidan el precepto dominical, en la mayor parte de los casos no dan particular importancia a la participación en la misa. En el fondo, no saben en qué consiste el sacrificio y el banquete eucarístico, que reúne a los fieles entorno al altar del Señor.

La misa pre-festiva permite a muchos cumplir el precepto, aun cuando en algunos casos se aprovecha la ocasión para desarrollar actividades laborales durante el domingo. En muchos lugares son pocas las personas que asisten a la misa durante la semana; algunas lo hacen de modo habitual, otras ocasionalmente y otras a causa de compromisos en la vida eclesial.

Debería promoverse una catequesis más continua e intensa en relación con la importancia y la obligación de participar en la santa misa del domingo y de los días de precepto. A veces se quita importancia al precepto, sosteniendo que es suficiente cump1irlo cuando el estado de ánimo lo sugiere.

9 FAO, *Noticias*, enero de 2005.

7. En las Iglesias particulares se pueden detectar algunos fenómenos. Se asiste a una decadencia de la práctica de la fe, de la participación en la misa, principalmente entre los jóvenes. Esto debe hacer reflexionar acerca de cuánto tiempo dedican los pastores y catequistas a la educación en la fe de los jóvenes y niños, y cuánto tiempo, en cambio, destinan a otras actividades, como las de carácter social.

Se percibe un debilitamiento del sentido del misterio en las sociedades secularizadas. Ello puede atribuirse, entre otras cosas, a interpretaciones y acciones que deforman el sentido de la reforma litúrgica del Concilio y que terminan en ritos triviales y pobres de sentido espiritual. En otras partes las comunidades cristianas han conservado un profundo sentido del misterio, de modo que la liturgia mantiene en ellas un intenso significado.

Se manifiesta la satisfacción por una liturgia inculturada que permite una mayor participación activa. Esto lleva a un aumento de la participación en la misa. Muchos jóvenes y adultos participan así en la vida y en la misión de la Iglesia. Si en las áreas rurales, a causa de la escasez de clero, sólo se celebra la misa algunas veces al mes o incluso al año, es inevitable que el servicio dominical se confíe a los laicos.

8. Se debe aclarar que el acceso al misterio depende de una celebración de la liturgia hecha con dignidad, así como también de una preparación adecuada, pero sobre todo depende de la *fe* en el misterio en sí mismo. A este respecto, es de gran ayuda la encíclica *Redemptoris missio*, que puso de relieve los dos aspectos de la falta de fe que están incidiendo negativamente en el impulso misionero: la secularización de la salvación y el relativismo religioso. La primera lleva a comprometerse en favor del hombre, pero se trata de un hombre reducido unilateralmente a la dimensión horizontal[10]. A veces parecería que algunos vinculan la vocación de ministro de los misterios de Dios a la de organiza-

dor de la justicia social. El segundo aspecto lleva a abolir la verdad del cristianismo, pues se considera que una religión vale lo mismo que cualquier otra[11]. Lejos de dejamos llevar por el pesimismo, el Papa Juan Pablo II, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte,* exhortó a reforzar la actividad misionera de la Iglesia[12].

El tema del Sínodo se puede desarrollar correctamente teniendo en cuenta este contexto, sin olvidar que para los Apóstoles y para los Padres -basta pensar en san Justino[13]- la Eucaristía es la acción más santa de la Iglesia, la cual cree firmemente que en ella se encuentra verdaderamente presente el Señor Jesús resucitado. Esta presencia constituye el fundamento del sacramento.

Este mismo acontecimiento, que brota de la conversión de las especies del pan y del vino, hace que la Iglesia se acerque siempre con temor y temblor, pero al mismo tiempo con confianza, al misterio que constituye la esencia de la liturgia. Hoy es necesario reafirmar el respeto hacia el misterio de la Eucaristía y la conciencia de su intangibilidad. Por esta razón, es necesario también realizar un programa articulado de formación. Pero mucho dependerá de la existencia de ambientes ejemplares, en los cuales la Eucaristía sea verdaderamente acogida con fe y celebrada correctamente, lugares en los que pueda vivirse personalmente lo que es la Eucaristía: la única respuesta verdadera a la búsqueda del sentido de la vida, que caracteriza al hombre de todas las latitudes.

10 *Redemptoris missio,* 7 de diciembre de 1990, n. 11: *AAS* 83 (1991) 260.
11 *Ib.,* 36.
12 Cf. *Navo millennio ineunte,* 6 de enero de 2001, n. 2: *AAS* 93 (2001) 267.
13 Cf. SAN JUSTINO, *Apología 1, 66, de Eucharistia: Corpus Apologetarum Christianorum* 1, parte 1, Wiesbaden 1969, pp. 180-182.

La Eucaristía y el sentido cristiano de la vida

9. El ser humano se interroga sobre el *sentido de la vida:* ¿qué será de mi vida?, ¿qué es la libertad?, ¿por qué existen el sufrimiento y la muerte?, ¿existe algo más allá de la muerte? En un palabra: la vida del hombre, ¿tiene o no un sentido?[14]. La pregunta persiste, aunque el hombre se engañe pensando que ha alcanzado la autosuficiencia o caiga prisionero del miedo y de la inseguridad. La religión es la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida, porque lleva al hombre a la verdad acerca de sí mismo en relación con el Dios verdadero.

La Eucaristía, que «revela el sentido cristiano de la vida»[15], responde a esa pregunta anunciando la resurrección y la presencia verdadera, plena y duradera del Señor, como prenda de la gloria futura. Esto supone que el hombre establezca su relación con Dios como la base de todo, porque tal relación es fuente de libertad que lo habilita a entrar en lo más profundo de su ser para entregarse gratuitamente. Esto se realiza en el misterio pascual, en el cual la verdad y el amor se encuentran mostrándose como las características de la verdadera religión. Así, la Eucaristía manifiesta la verdad de la palabra de Dios: «*nihil hoc verbo veritatis verius*», como canta el himno *Adoro Te devote.*

El sentido de la Eucaristía queda plenamente explicado por las palabras de Jesús: «Haced esto en memoria mía» *(Lc* 22, 19). Esta expresión anuncia, en primer lugar, que Jesucristo ha introducido la eternidad en el tiempo, dando a éste una orientación definitiva y eliminando su poder de aniquilamiento. En segundo lugar, a través de esas palabras se pone de relieve que en Jesús se encuentran la libertad de Dios y la del hombre, dando origen a la comunión que permite vencer al maligno. Finalmente, esas

14 Cf. *Fides et ratio,* 14 de septiembre de 1998, n. 81: *AAS* 91 (1999) 68-69.
15 *Misal romano,* Oración después de la Comunión, I Domingo de Adviento.

palabras significan que Jesucristo es fuente inagotable de renovación del hombre y del mundo, no obstante los límites y el pecado de los hombres.

10. Las respuestas a los *Lineamenta* denuncian que la vida pastoral se está alejando de la Eucaristía; por tanto, se espera que el Sínodo estimule y refuerce la relación entre la vida y la misión. La Eucaristía es la respuesta a *los signos de los tiempos* de la cultura contemporánea. A la cultura de la muerte la Eucaristía responde con la cultura de la vida. Contra el egoísmo individual y social, la Eucaristía afirma la entrega total. Al odio y al terrorismo la Eucaristía contrapone el amor. Ante el positivismo científico, la Eucaristía proclama el misterio. Oponiéndose a la desesperación, la Eucaristía enseña la esperanza cierta en la eternidad feliz.

La Eucaristía indica que la Iglesia y el porvenir del género humano están vinculados a Jesucristo, la única roca que verdaderamente permanece para siempre, y no a cualquier otra realidad. Por ello, la victoria de Cristo es el pueblo cristiano que cree, celebra y vive el misterio eucarístico.

Capítulo II

Eucaristía y comunión eclesial

«Porque, aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan»
(1 Co 10, 17)

Misterio eucarístico expresión de unidad eclesial

11. Al exhortar a los fieles a huir de la idolatría, evitando comer carne inmolada a los ídolos, san Pablo demuestra el estrecho

vínculo existente entre la comunión de los cristianos y la Sangre y el Cuerpo de Cristo, que tienen la capacidad de formar, de la multitud de los fieles, una sola comunidad, una sola Iglesia (cf. *1 Co* 8, 1-10).

La comunión eclesial fue un tema que trató de forma particular el concilio ecuménico Vaticano II[16]; asimismo, lo puso especialmente de relieve la relación final de la II Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los obispos, celebrada en conmemoración del XXV aniversario del mencionado Concilio[17], así como también un documento de la Congregación para la doctrina de la fe, dirigido a los obispos de la Iglesia católica[18]. Además, este tema fue ampliamente tratado en el capítulo VI de la exhortación apostólica postsinodal *Pastores gregis*, promulgada por el Papa Juan Pablo II como fruto de la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos. En este documento pontificio, que recoge la reflexión sinodal sobre el tema, se afirma que la comunión de los obispos con el Sucesor de Pedro, signo de la unidad entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares, tiene su punto culminante en la celebración eucarística de los obispos con el Papa durante las visitas *ad limina*. La Eucaristía presidida por el Santo Padre y concelebrada por los pastores de las Iglesias particulares expresa de modo excelso la unidad de la Iglesia. Tal concelebración permite ver más claramente que «cada eucaristía se celebra en comunión con el propio obispo, con el Romano Pontífice y con el Colegio episcopal y, a través de ellos, con los fieles de cada Iglesia particular y de toda la Iglesia, de modo que

16 Cf. *Lumen gentium*, 4, 8, 13-15, 18, 21, 24-25; *Dei Verbum*, 10; *Gaudium et spes*, 32; *Unitatis redintegratio*, 2-4, 14-15, 17-19, 22.

17 Cf. II Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los obispos (1985), *Relación final*, II, C, 1.

18 CL CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia como comunión *Communionis notio*, 28 de:mayo de 199Z: *MS* 85 (1993) 838 850.

la Iglesia universal está presente en la particular y esta se inserta, junto con las demás Iglesias particulares, en la comunión de la Iglesia universal»[19].

En relación con la temática de la Eucaristía como expresión de la comunión eclesial, en varias respuestas a los *Lineamenta* aparecen los siguientes temas, que merecen una atención particular: relación entre Eucaristía e Iglesia; relación entre Eucaristía y otros sacramentos, especialmente la Penitencia; relación entre Eucaristía y fieles; sombras en la celebración de la Eucaristía.

Relación entre Eucaristía e Iglesia «Esposa y Cuerpo de Cristo»

12. La Eucaristía es el corazón de la comunión eclesial. Entre las diversas imágenes de la Iglesia, el Concilio prefirió una que expresa toda su realidad: *misterio*. Antes que nada, la Iglesia es misterio de encuentro entre Dios y la humanidad; por este motivo, es *Esposa* y *Cuerpo* de Cristo, Pueblo de Dios y Madre. La relación mutua entre la Eucaristía y la Iglesia permite aplicar a ambas las notas del *Credo:* una, santa, católica y apostólica, que la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* ilustró ulteriormente[20].

La Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia es el lugar donde se realiza la comunión con Dios y entre los hombres. La Iglesia es consciente de que la Eucaristía es el sacramento de la unidad y de la santidad, de la apostolicidad y de la catolicidad, sacramento esencial para la Iglesia, Esposa de Cristo y su Cuerpo. Las notas de la Iglesia son, al mismo tiempo, los *vínculos* de la comunión católica que permiten la *legítima* celebración de la Eucaristía.

19 *Pastores gregis;* 16 de octubre de 2003, n. 57: *MS* 96 (2004) 900-901.
20 Cf. *Ecclesia de Eucharistia,* 17 de abril de 2003, n. 26: *AAS* 95 (2003) 451.

El Papa Juan Pablo II recordó que «la Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina "con Cristo" en la medida en que se está en relación "con su cuerpo"»[21]. Aquí encuentran su verdadero sentido la observancia de las normas y el decoro de la celebración: se trata de la obediencia a Cristo de parte de la Iglesia, su Esposa.

13. La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia. Aunque ambas han sido instituidas por Cristo, una con vistas a la otra, los dos términos del conocido aforismo no son equivalentes. Si la Eucaristía hace crecer la Iglesia porque en el sacramento está Jesucristo vivo, antes aún él ha querido que exista la Iglesia para que celebre la Eucaristía. Los cristianos de Oriente subrayan especialmente que, desde la creación, la Iglesia preexiste a su realización terrena. La pertenencia a la Iglesia es prioritaria para poder acceder a los sacramentos: no se puede acceder a la Eucaristía sin haber recibido antes el bautismo o no se puede volver a la Eucaristía sin haber recibido la Penitencia, que es el «bautismo laborioso» para los pecados graves. Desde los orígenes la Iglesia, para expresar esa urgencia propedéutica, instituyó respectivamente el catecumenado para la iniciación y el itinerario penitencial para la reconciliación. Además, no existe Eucaristía válida y legítima sin el sacramento del Orden.

Por estas razones, la encíclica *Ecclesia de Eucaristia* habla de «un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia»[22], y de estrecha conexión entre una y otra[23]. Con estas premisas se comprende mejor la afirmación según la cual «la celebración de la Eucaristía no puede ser el punto de partida de la comunión, que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección. El Sacramento expresa este vínculo de comunión tanto en la dimensión *invisible* (...), como en la dimen-

21 *Mane nobiscum Domine*, 20.
22 *Ecclesia de Eucharistia*, 21.
23 Cf. *ib.*, 26.

sión *visible* (...). La íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación. Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la Eucaristía y la verdadera participación en la misma»[24]. Hablar de eclesiología eucarística no significa que en la Iglesia todo pueda deducirse de la Eucaristía, la cual, sin embargo, es siempre fuente y cumbre de la vida eclesial. En efecto, como afirma el concilio Vaticano II: «La sagrada liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión»[25].

Ahora bien, el espacio donde naturalmente se desarrolla la vida eclesial es la parroquia. Debidamente renovada y animada, debería ser el lugar idóneo para la formación y para el culto eucarístico, dado que, como enseñaba el Papa Juan Pablo II, la parroquia es «una comunidad de bautizados que expresan su identidad principalmente por la celebración del sacrificio eucarístico»[26]. La parroquia debería aprovechar la experiencia y la cooperación de los movimientos y de las nuevas comunidades que, bajo el impulso del Espíritu Santo, han sabido valorar, según los propios carismas, los elementos de la iniciación cristiana. Así podrán ayudar a muchos fieles a volver a descubrir la belleza de la vocación cristiana, cuyo centro es el sacramento de la Eucaristía para todos en la comunidad parroquial.

14. La expresión litúrgica de la eclesiología católica se encuentra en la anáfora mediante los llamados *dípticos*, que recuerdan la dimensión eucarística del primado del Papa, Obispo de Roma, como elemento interno de la Iglesia universal, análogamente a la

24 *Ib.*, 35.
25 *Sacrosanctum Concilium*, 9.
26 *Ecclesia de Eucharistia*, 32.

del obispo en la Iglesia particular[27]. La única Eucaristía convoca en la unidad a la Iglesia contra cualquier fragmentación. La única Iglesia querida por Cristo remite siempre a una Eucaristía que se realiza en comunión con el Colegio apostólico, cuya cabeza es el Sucesor de Pedro. Este es el vínculo que hace legítima la Eucaristía. No sólo una comunión transversal entre las llamadas Iglesias hermanas es conforme a la unidad eucarística querida por Cristo. La comunión con el Sucesor de Pedro, principio de unidad en la Iglesia, depositario del carisma de unidad y universalidad, que es el carisma petrino, es un elemento interior al sacramento. Por tanto, la unidad eclesial se manifiesta en la unidad sacramental y eucarística de los cristianos.

Relación entre la Eucaristía y los demás sacramentos

15. Existe una relación específica entre la Eucaristía y todos los demás sacramentos. En este sentido, es necesario tener presente, por una parte, que según el concilio de Trento los sacramentos «contienen la gracia que significan» y la confieren en virtud de su misma celebración[28]. Por otra parte, todos los sacramentos, como también todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, están estrechamente unidos a la sagrada Eucaristía y a ella se ordenan[29]. Por tanto, el sacramento de la Eucaristía es «la perfección de las perfecciones»[30].

La relación con la Eucaristía no se refiere sólo a la celebración litúrgica, sino más bien a la esencia de cada sacramento. El sacramento del bautismo es indispensable para entrar en la comunión

27 Cf. Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia como comunión *Communionis Notio*, 14.

28 CONCILIO DE TRENTO, sesión7, 3 de marzo de 1547, decreto *De Sacramentis*, can. 6: DS 1606; d. can. 8: DS 1608.

29 Cf. *Presbyterorum ordinis*, 5.

30 PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Sobre la jerarquía eclesiástica*, m, 1: *PG* 3, 424 c.

eclesial, que refuerza los demás sacramentos, ofreciendo al creyente «gracia sobre gracia» (*Jn* 1, 16). Es conocida la relación fundamental que existe entre el Bautismo y la Eucaristía en cuanto fuente de la vida cristiana. En las Iglesias de tradición oriental, con el bautismo se recibe también la sagrada Comunión, mientras que en las Iglesias de tradición latina se accede a la Eucaristía en edad del uso de razón y sólo después de haber recibido el bautismo.

Las respuestas a los *Lineamenta* recomiendan hacer explícita la relación teológica entre *bautismo* y *Eucaristía* como cumbre de la iniciación, aun cuando esto no debe llevar necesariamente a celebrar siempre el Bautismo en la misa. A este respecto se manifiesta preocupación acerca de la calidad de una catequesis apropiada.

16. Existe un nexo teológico entre la *Confirmación* y la *Eucaristía,* porque el Espíritu Santo lleva al hombre a creer en Jesucristo nuestro Señor. Con la finalidad de hacer más evidente esta relación, en algunas Iglesias particulares se ha restablecido la praxis de administrar la Confirmación antes de la Comunión.

La Eucaristía es la cumbre de un auténtico itinerario de iniciación cristiana. Vivir como cristiano significa hacer actual el don del Bautismo, reavivado por la Confirmación, alimentándolo con la participación frecuente en la santa misa los domingos y días de precepto.

Se observa que a menudo la administración de la Confirmación se delega a sacerdotes, con el consiguiente riesgo de poner en segundo plano el hecho de que el obispo es el ministro originario de ese sacramento. Así se pierde una ocasión para que los nuevos confirmados puedan encontrar al padre y cabeza visible de la Iglesia particular.

17. Algunas respuestas suscitan la cuestión acerca de la edad más oportuna para admitir al Sacramento en la Iglesia de tradición latina, al constatar los buenos resultados espirituales y pastorales obtenidos con la administración de la sagrada Comunión en la infancia. Vale la pena tener presente la constatación del Papa Juan Pablo II en su libro «¡Levantaos! ¡Vamos!»[31], el cual más recientemente recordaba que «los niños son el presente y el futuro de la Iglesia. Desempeñan un papel activo en la evangelización del mundo, y con sus oraciones contribuyen a salvarlo y a mejorarlo»[32].

En el pasado, en relación con este mismo tema, el decreto *Quam singulari* admitía a los niños a la Eucaristía desde los siete años, edad considerada del uso de razón, cuando pueden distinguir el pan eucarístico del pan común, previa la primera confesión sacramental[33]. Esta orientación aparece hoy más necesaria que nunca, puesto que el uso de razón, como también los peligros y las tentaciones, llegan más precozmente. Con esta praxis se profesa el primado de la gracia, que ha dado a la Iglesia grandes beneficios, favoreciendo también las vocaciones sacerdotales.

18. La relación entre *el Orden sagrado* y *la Eucaristía* se percibe claramente en la misa, presidida por el obispo o por el sacerdote *en la persona de Cristo cabeza*. Según la doctrina de la Iglesia, el Orden es condición imprescindible para la celebración válida de la Eucaristía.

31 Cf. JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos*, ed. Plaza y Janés, Barcelona 2004, p.97.

32 *Ángelus* del 6 de enero de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de enero de 2005, p. 1.

33 Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, decreto *Quamsingulari*, 8 de agosto de 1910, n. 3: *AAS* 2 (1910) 582.

Por este motivo, se ha recomendado vivamente que se ponga de relieve «la función sacerdotal del sacerdocio ministerial en la celebración eucarística, el cual difiere en esencia y no sólo en grado del sacerdocio común de los fieles»[34]. También por la misma razón es justo recomendar que los presbíteros intervengan en la Eucaristía como celebrantes, cumpliendo la función que a ellos compete según el sacramento del Orden[35].

19. Es sabido que el *Matrimonio* se celebra frecuentemente durante la celebración de la *Eucaristía* en las Iglesias de tradición latina, a diferencia de lo que ocurre en las Iglesias orientales.

Es conveniente que, cuando el Matrimonio se celebra en la misa, este sacramento sirva para indicar, como paradigma del amor cristiano, el amor de Jesucristo, que en la Eucaristía ama a la Iglesia como su esposa hasta dar la vida por ella. Este amor esponsal debe señalarse aun en los casos en que el sacramento del matrimonio se celebre fuera de la misa[36]. Por tanto, la Eucaristía sigue siendo la fuente inagotable de la unidad y del amor indisoluble del matrimonio, y constituye el alimento de toda la familia en la edificación de un hogar cristiano.

20. La relación entre la *Eucaristía* y la *Unción de los enfermos* tiene su origen institucional, como todos los sacramentos, en la persona de Cristo, que en su solicitud por todos los enfermos mostraba el sentido de su misión de curar y salvar al ser humano.

Además, en las respuestas a los *Lineamenta* se sugiere que la relación entre la Unción y la Eucaristía se presente como consolación y esperanza en la enfermedad, antes que como último viático. Se invita a los ministros extraordinarios de la Comunión

34 SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS, Instr. *Eucharisticum Mysterium*, 25 de mayo de 1967, n. 11: *AAS* 59 (1967) 548.
35 Cf. *ib.*, 43.
36 Cf. *ib.*, 36.

a ser solícitos con respecto a los enfermos graves y a las personas ancianas que no pueden participar físicamente en la celebración eucarística en la iglesia. Como sugieren algunas respuestas, en favor de ellos sería muy oportuno potenciar el uso de los *medios de comunicación social* en la transmisión de la santa misa y otras celebraciones litúrgicas. Al usar esta moderna tecnología, conviene que los encargados de la transmisión posean una adecuada formación teológica, pedagógica y cultural.

21. En lo que se refiere a la inserción de los sacramentos en la misa, las normas litúrgicas de las Iglesias orientales no la contemplan, aun cuando existen algunas excepciones para el Bautismo y el Matrimonio. Con respecto a esta praxis, corresponde a cada una de las Iglesias emanar las normas oportunas. Para las Iglesias particulares de rito latino, las respuestas demuestran que la inserción tiene lugar de modo diverso, según las costumbres de los diferentes países. En algunas diócesis existen normas para reglamentar la celebración de los sacramentos y de los sacramentales durante la misa, especialmente para matrimonios mixtos y funerales de personas no practicantes.

Los rituales distinguen normalmente, como en el Bautismo y la Penitencia, el rito individual del comunitario. Si bien pastoralmente se prefiere este último, no debe caerse en una especie de comunitarismo, ya sea porque el sacramento es siempre un don para cada persona, ya sea porque todo fiel tiene derecho, en determinadas condiciones, a la administración individual del sacramento.

Estrecha relación entre Eucaristía y Penitencia

22. El sacramento de la Reconciliación restablece los vínculos de comunión interrumpidos por el pecado mortal[37]. Por tanto,

37 Cf. *Reconciliatio et paenitentia,* 2 de diciembre de 1984, n: 27: *AAS* 77 (1985) 249.

merece particular atención la relación entre la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación. Las respuestas indican la necesidad de proponer nuevamente esa relación en el contexto de la relación entre Eucaristía e Iglesia, y como condición para encontrar y adorar al Señor, que es el Santísimo, en espíritu de santidad y con corazón puro. El lavó los pies de los Apóstoles, para indicar la santidad del misterio. El pecado, como afirma san Pablo, provoca una profanación análoga a la prostitución, porque nuestros cuerpos son miembros de Cristo (cf. *1 Co* 6, 15-17). Por ejemplo, san Cesáreo de Arlés dice: «Siempre que entramos en la iglesia, reordenamos nuestras almas, así como quisiéramos encontrar el templo de Dios. ¿Quieres encontrar una basílica reluciente? No manches tu alma con la inmundicia del pecado»[38].

La relación entre Eucaristía y Penitencia en la sociedad actual depende mucho del sentido del pecado y del sentido de Dios. La distinción entre el bien y el mal frecuentemente se transforma en una distinción subjetiva. El hombre moderno, insistiendo unilateralmente en el juicio de la propia conciencia, puede llegar a alterar el sentido del pecado.

23. Son muchas las respuestas a los *Lineamenta* que se refieren a la relación entre Eucaristía y Reconciliación. En muchos países se ha perdido o se está perdiendo la conciencia de la necesidad de la conversión antes de recibir la Eucaristía. El vínculo con la Penitencia no siempre se percibe como una necesidad de estar en estado de gracia antes de recibir la Comunión, y por tanto se descuida la obligación de confesar los pecados mortales[39].

También la idea de Comunión como «alimento para el viaje», ha llevado a subestimar la necesidad del estado de gracia. Al con-

38 S. CESÁREO DE ARLÉS, *Sermo* 229, *De natale templi*, 3: CCL 104, 907.
39 Cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 36.

trario, así como el nutrimiento presupone un organismo vivo y sano, así también la Eucaristía exige el estado de gracia para reforzar el compromiso bautismal: no se puede estar en estado de pecado mortal para recibir a Aquel que es «remedio» de inmortalidad y «antídoto» para no morir[40].

Muchos fieles saben que no se puede recibir la Comunión en pecado mortal, pero no tienen una idea clara acerca del pecado mortal. Otros no se interrogan sobre este aspecto. Se crea frecuentemente un círculo vicioso: «No comulgo porque no me confesé, no me confieso porque no cometí pecados». Las causas pueden ser diversas, pero una de las principales es la falta de una adecuada catequesis sobre este tema.

Otro fenómeno muy difundido consiste en no facilitar, con oportunos horarios, el acceso al sacramento de la Reconciliación. En ciertos países no se administra la Penitencia individual; en el mejor de los casos, se celebra dos veces al año una liturgia comunitaria, creando una fórmula intermedia entre el II y el III rito previsto por el Ritual.

Ciertamente, es necesario constatar la gran desproporción entre los muchos que comulgan y los pocos que se confiesan. Es bastante frecuente que los fieles reciban la Comunión sin pensar en el estado de pecado grave en que pueden encontrarse. Por este motivo, la admisión a la Comunión de divorciados y vueltos a casar civilmente es un fenómeno no raro en diversos países. En las misas de funeral o de matrimonios o en otras celebraciones, muchos se acercan a recibir la Comunión, justificándose en la convicción generalizada según la cual la misa no es válida sin la Comunión.

40 Cf. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Ephesios* 20, 2: *Padres Apostólicos*, F.X. Funk ed., Tubinga 1992, p. 88.

24. Ante estas realidades pastorales, en cambio, muchas respuestas tienen un tono más alentador. En ellas se propone ayudar a las personas a ser conscientes de las condiciones para recibir la Comunión y de la necesidad de la Penitencia que, precedida del examen de conciencia, prepara el corazón purificándolo del pecado. Con esta finalidad se considera oportuno que el celebrante hable con frecuencia, también en la homilía, sobre la relación entre estos dos sacramentos.

Se ha expresado el deseo de devolver en todos los lugares al *ayuno* eucarístico la rigurosa atención que todavía se le presta en las Iglesias orientales[41]. En efecto, el ayuno, como dominio de sí, exige el concurso de la voluntad y lleva a purificar la mente y el corazón. San Atanasio dice: «¿Quieres saber cuáles son "los efectos del ayuno? (...). Expulsa los demonios y libra de los malos pensamientos, alegra la mente y purifica el corazón»[42]. En la liturgia cuaresmal se invita a menudo a la purificación del corazón mediante el ayuno y el silencio, como recomienda san Basilio[43]. En alguna respuesta a los *Lineamenta* se pregunta acerca de la oportunidad de reconsiderar la obligación de las tres horas de ayuno eucarístico.

Se invita a esforzarse por aumentar las oportunidades de la reconciliación individual recurriendo a la colaboración interparroquial durante el sábado y el domingo, y más intensamente en Adviento y Cuaresma. Mucho se podría hacer todavía en la predicación y en la catequesis para explicar el sentido del pecado y la práctica penitencial, superando las dificultades debidas a la mentalidad secularizada.

41 CONGREGACIÓN PARA LAS IGLESIAS ORIENTALES, Instrucción para la aplicación de las prescripciones litúrgicas del Código de cánones de las Iglesias orientales, 6 de enero de 1996, n. 62.
42 PSEUDO ATANASIO, *De virginitate*, 7: *PG* 28, 260 a.
43 Cf. SAN BASILIO DE CESAREA, *Epistola* 2: *PG* 32, 228 a.

Se considera necesario ofrecer la posibilidad de confesarse antes de la misa, adecuando los horarios a la situación real de los penitentes, y también durante la celebración eucarística, como recomienda la carta apostólica *Misericordia Dei*[44].

Es necesario estimular a los sacerdotes a la administración del sacramento de la Penitencia, como una ocasión privilegiada para ser signos e instrumentos de la misericordia de Dios. En cualquier caso, la Iglesia agradece profundamente a los sacerdotes que con celo escuchan las confesiones para preparar a los fieles a encontrar y recibir a Cristo en la Eucaristía. Los fieles se sienten especialmente atraídos a confesarse cuando ven al sacerdote en el ejercicio de su ministerio en el confesonario, como lo han testimoniado en nuestros días san Leopoldo Mandic, san Pío de Pietralcina y tantos otros santos pastores.

Relación entre Eucaristía y fieles

25. A los fieles laicos, parte esencial de la Iglesia comunión, jerárquicamente estructurada, como enseñan el concilio Vaticano II y otros documentos del Magisterio[45], se les convoca a la santa asamblea para participar en la celebración eucarística.

La encarnación del Verbo, en el que Dios Padre se ha hecho visible, inauguró el culto espiritual, conforme a la razón, que se realiza en el Espíritu Santo; el culto ya no puede ser una serie de «preceptos enseñados por los hombres» (*Is* 29, 13). El culto cristiano tiene una implicación cristológica y antropológica: por ello, la *participación* de los fieles en la liturgia, sobre todo en la celebración eucarística, consiste esencialmente en entrar en este culto, en el que Dios desciende hacia el hombre y este asciende hacia

44 Cf. carta apostólica en forma de motu proprio *Misericordia Dei*, 7 de abril de 2002, n. 2: *AAS* 94 (2002) 455.

45 Cf. *Lumen gentium*, 10-11; *Sacrosanctum Concilium*, 10-11; *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988, nn. 9 y20: *AAS* 81 (1989) 405-406; 425-427.

Dios. La Eucaristía misma, memorial del Hijo, es el culto de adoración que en el Espíritu se eleva al Padre: este es el fundamento de la renovación litúrgica promovida por el concilio Vaticano II.

Muchos observan que frecuentemente la participación se ha reducido a aspectos exteriores. No todos comprenden su verdadero sentido, que nace de la fe en Jesús, Hijo de Dios. Con razón, la participación en la Eucaristía se ve como el acto principal de la vida de la Iglesia, comunión con la vida trinitaria, con el Padre que es fuente de todo don, con el Hijo encarnado y resucitado, con el Espíritu Santo que realiza la transformación y divinización de la vida humana.

Las respuestas a los *Lineamenta* coinciden en constatar la necesidad de ayudar a los fieles a comprender la naturaleza de la Eucaristía y el nexo con la encarnación del Verbo, para participar en el misterio eucarístico con el corazón y la mente, antes que con actos externos, sobre todo ofreciéndose a sí mismos. Al respecto, se sugiere explicitar la relación esponsal de la Eucaristía y de la nueva alianza, como modelo de las vocaciones del cristiano: matrimonio, virginidad, sacerdocio. Todo esto tiene como objeto formar personas y comunidades eucarísticas que amen y sirvan como Jesús en la Eucaristía.

26. Además, sería oportuno potenciar los medios de comunicación ya existentes, especialmente para facilitar la participación de los fieles que, por diversos motivos, se encuentran impedidos de asistir personalmente a la iglesia en las celebraciones eucarísticas, como recomienda el concilio Vaticano II[46]. Hay propuestas relacionadas con los medios de comunicación social de la Santa Sede, los cuales, con la mejor sinergia posible, pueden ofrecer con rapidez y profesionalidad adecuados servicios a la Iglesia

46 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 20.

universal, reaccionando también inmediatamente contra la difusión de principios anticristianos. En esta obra deberían desempeñar un papel importante todos los medios de comunicación de inspiración católica. El aumento de la capacidad de acción de los mismos se hace urgente para proponer de modo equilibrado y positivo el mensaje cristiano, y para iluminar las conciencias de los hombres de buena voluntad sobre temas éticos y morales de gran importancia para la vida de la Iglesia y de la sociedad.

Sombras en la celebración de la Eucaristía

27. La comunión eclesial se ve gravemente turbada y herida por las sombras en la celebración eucarística, que señalan también las respuestas a los *Lineamenta*. El tema, ya tratado por el Papa Juan Pablo II en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*[47], y más particularmente abordado en la Instrucción de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, *Redemptionis Sacramentum*[48], es una invitación a dirigir una mirada atenta y serena, pero también crítica, al modo en el cual la Iglesia celebra este sacramento, que es la fuente y cumbre de su vida y su misión. Precisamente el hecho de que esa llamada de atención haya sido hecha en este momento histórico, mientras la Iglesia se encuentra cada vez más comprometida en el diálogo con las religiones y con el mundo, es una inspiración providencial del Sucesor de Pedro, que da a entender cómo la Iglesia tiene siempre necesidad de mirarse a sí misma para relacionarse mejor con sus interlocutores, sin perder su identidad de sacramento universal de salvación.

En el presente texto se señalan diversas sombras que emergen del análisis de las respuestas a los *Lineamenta*. Dichas observa-

47 Cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 10.

48 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instrucción *Redemptionis Sacramentum*, 23 de abril de 2004, nn. 172-184: *AAS* 96 (2004) 597-600.

ciones no deberían considerarse solamente como meras transgresiones a las rúbricas y a la praxis litúrgicas, sino más bien como expresiones de actitudes más profundas.

Se nota una disminución de la participación en la celebración del *Dies Domini*, en los domingos y en los días de precepto, a causa de un conocimiento insuficiente del contenido y del significado del misterio eucarístico, y también a causa del indiferentismo, en particular en los países con relevante proceso de secularización, donde a menudo el domingo se transforma también en un día de trabajo.

Se difunde la idea de que es la comunidad la que produce la presencia de Cristo, en vez de ser Cristo la fuente y el centro de nuestra comunión, y la Cabeza de su cuerpo, que es la Iglesia.

Se está alterando el sentido de lo sagrado en relación con este gran Sacramento, como efecto de un debilitamiento de la oración, de la contemplación y de la adoración del misterio eucarístico.

Se corre el riesgo de comprometer la verdad del dogma católico de la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, tradicionalmente denominada transubstanciación y, consiguientemente, de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, en un contexto de ideas que tratan de explicar el misterio eucarístico no tanto en sí mismo, sino más bien desde el punto de vista del sujeto con el cual dicho misterio entra en relación, por ejemplo, con términos como transfinalización y transignificación. Se nota una incoherencia entre la fe profesada en el Sacramento y la dimensión moral, tanto en la esfera personal como en la esfera más amplia de la cultura y de la vida social.

Son escasamente conocidos los documentos de la Iglesia y, en particular, los del concilio Vaticano II, las grandes encíclicas

sobre la Eucaristía, incluida *Ecclesia de Eucharistia,* la carta apostólica *Mane nobiscum Domine,* y otros. Falta un justo equilibrio en la celebración: se va desde un ritualismo pasivo a una creatividad excesiva, que algunas veces alcanza expresiones de protagonismo del celebrante de la Eucaristía, que se manifiesta frecuentemente mediante la locuacidad, muchos y largos comentarios, sin permitir que hable el misterio a través del rito y de las fórmulas de la liturgia.

Parte II

Fe de la Iglesia en el Misterio de la Eucaristía

Capítulo I

Eucaristía, don de Dios a su pueblo

«Misterio de fe»

Eucaristía, misterio de fe

28. Con esta expresión el sacerdote que preside la Eucaristía proclama con admiración la fe de la Iglesia en el Señor resucitado, realmente presente bajo las especies del pan y del vino, convertidos por la gracia del Espíritu Santo en el Cuerpo y en la Sangre del Señor Jesús.

Es conocida la insistencia del Magisterio conciliar sobre la Eucaristía como centro y corazón de la vida de la Iglesia y sobre todo como *misterio de fe,* designio de Dios revelado en Jesucristo. Dios que se ofrece a nosotros, Dios que está con nosotros, es don y misterio de inefable riqueza, don y misterio que debe ser continuamente redescubierto. El *Mysterium fidei* es Dios que se

entrega a nosotros, el Primero, el Último y el Viviente que entró en el tiempo. El Señor Jesús es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios en medio de nosotros. Él es el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Un conocido texto del concilio Vaticano II responde a la pregunta sobre la fe en el misterio: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. (...) Cristo, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»[49].

El término *misterio* aparece tres veces, condensando la verdad sobre Cristo y sobre el hombre. El misterio del Verbo, el misterio del Padre y el misterio del hombre no son un enigma insoluble, sino que encuentran la respuesta en Jesucristo, que es, verdadero Dios y verdadero hombre. El, haciéndose «verdaderamente uno de nosotros» y permaneciendo «unido en cierto modo con todo hombre»[50], ha permitido a cualquiera que lo desee encontrar el camino que conduce al sentido pleno de la existencia. No ha permanecido ajeno a lo humano, sino que ha dado cumplimiento a la verdad de la creación porque: «Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre»[51]. El Papa Juan Pablo II citó este texto en su primera encíclica, *Redemptor hominis*[52], como proponiendo un programa para la Iglesia, llamada a extraer de la verdad sobre Cristo la verdad sobre el hombre, que se encuentra en el mismo Evangelio.

49 *Gaudium et spes*, 22.
50 *Ib.*
51 *Ib.*
52 Cf. *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 8: *AAS* 71 (1979) 270-272.

29. El hecho y el misterio de la encarnación y de la muerte y resurrección de Jesucristo el Señor, que permite al hombre participar en la vida divina, está presente en la Eucaristía, pan de vida eterna, porque contiene en sí misma la fuerza para vencer la muerte. «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día» (*Jn* 6, 54). Por tanto, la resurrección es la fuente perenne de sentido, que se ofrece a la humanidad.

En efecto, la Eucaristía es el centro del anuncio que los cristianos hacen en el mundo desde hace dos mil anos: Jesús, el crucificado, ha regresado de la muerte a la Vida y nosotros somos los testigos (cf. *1 Co* 15, 3-5).

La Eucaristía anuncia la muerte de Cristo que, en su carácter dramático, todos pueden entender. Pero proclama también su resurrección, que requiere la fe y la apertura a aceptar a Dios en nuestra existencia. La fe es el nuevo estilo de vida que nace de la Eucaristía, y lleva en sí misma el sentido último y definitivo de la espera del regreso del Señor.

Sin la fe la Eucaristía no puede celebrarse ni vivirse, como recuerda el trinomio: fe, liturgia, vida, tan difundido en los programas pastorales. Sin la fe no se puede ni siquiera pensar en el tema de la *participación activa* en la liturgia.

Eucaristía nueva y eterna alianza

30. Como recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*, citando a san Ireneo, «La Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: "Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía, y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar"»[53]. ¿Cómo no ver aquí en acto aquella alianza con Dios que el hombre necesita para vivir, la alianza de la fe? «Si no creéis en mí, no seréis

53 *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1327.

firmes» (*Is* 7, 9), dice el Señor. La Eucaristía es la alianza nueva y eterna, pacto y testamento que Jesús ha dejado en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

En efecto, en este sacramento la Iglesia entera expresa su fe: después de escuchar la Palabra se profesa la fe en el misterio eucarístico, revelación y don de Dios mismo en Jesús, que impulsa a los cristianos a la donación plena y perfecta de sí mismos. Sobre todo en la Eucaristía la fe significa reconocer y aceptar a Jesucristo como en un *encuentro* en el cual la persona del fiel se compromete totalmente, a ejemplo de María, modelo de fe plenamente realizada.

Fe y celebración de la Eucaristía

31. Las respuestas a los *Lineamenta* no dejan de señalar las características de la fe como condiciones necesarias para celebrar la Eucaristía. En ella se manifiesta el primado de la *gracia* de Dios, que se encuentra siempre en el origen de todo, y que con el don del Espíritu Santo nos ayuda a acoger su acción misteriosa en el Sacramento para la conversión del pan y del vino en Cuerpo y Sangre de Jesús y para nuestra santificación. Si se asiste a la liturgia eucarística sin creer en la gracia y sin al menos el deseo de estar en *estado de gracia*, no hay *participación* adorante en espíritu y verdad.

En la Eucaristía se proclama la verdad de la palabra de Dios que se ha revelado en Jesús, Verbo hecho carne que ya contiene en sí mismo la realización última de la historia humana. Si se asiste a la liturgia de la Eucaristía con las dudas en vez de con el asentimiento a la verdad, no hay verdadera participación. El don de la *libertad* que el Creador ha dado a la criatura hace que la fe sea un acto libre de adhesión a la persona de Jesús, camino, verdad y vida (cf. *Jn* 14, 6). En la liturgia de la Eucaristía él se deja reconocer, pero al mismo tiempo permanece escondido para estimular la razón y la inteligencia del creyente a buscarlo constantemen-

te, para encontrarlo presente en la vida. Esta es la acción del misterio al cual la liturgia conduce cada vez más profundamente. Los Padres de la Iglesia la llaman *mistagogia.*

El *amor* actúa y completa la fe, como dicen los apóstoles Santiago y Pablo (cf. *St* 2, 14 ss; *Rm* 13, 10; *Ga* 5, 6). La fe cambia el corazón del creyente, lo convierte y lo abre al amor. La fe y el amor, unidos a la esperanza, constituyen el fundamento del ser cristiano. La Eucaristía es el sacramento del amor que abre el hombre al amor y le hace descubrir su origen y su razón de ser. Sin *ágape* no hay vida en el Espíritu.

Todas estas características hacen que la *participación* se exprese principalmente haciendo la voluntad de Dios, como se pide en la oración del *Padre nuestro,* con vistas a la plenitud de la Comunión. Ciertamente, es posible participar en la misa sin encontrarse en las condiciones requeridas para acercarse a la Comunión, pero es necesario alimentar siempre el deseo y la voluntad de cumplir tales condiciones cuanto antes.

Fe personal y eclesial

32. La comunión con Cristo y con la Iglesia manifiesta que la dimensión *personal* de la fe tiende continuamente a la dimensión *eclesial,* precisamente como hace la liturgia desde la profesión de fe bautismal. Por este motivo, sin el Bautismo no es posible el acceso a la Eucaristía, que presupone la fe. De este modo, si con el pecado se pierde la gracia bautismal, entonces se hace necesario el «bautismo laborioso», la Penitencia, para volver a la Eucaristía.

Antes de la Eucaristía se renueva la profesión de fe, vínculo imprescindible que demuestra la comunión de toda Iglesia particular con todas las Iglesias locales esparcidas en el mundo y en primer lugar con la Iglesia de Roma y con su Obispo, principio necesario de la unidad. Lo mismo se hace en la anáfora, cuando

se proclaman los *dípticos*. En la Eucaristía manifestamos la fe personal y eclesial.

La participación en la Eucaristía aumenta la inteligencia del misterio, que involucra al hombre y su vida, y permite al cristiano defender su fe frente a interpretaciones parciales o erróneas. No es casualidad que la liturgia forme parte integrante del camino de fe que dura toda la vida.

El sentido global de la fe se percibe sobre todo en el testimonio de los *mártires*, que han aceptado libremente la muerte que les han infligido por odio a la fe, frecuentemente durante o inmediatamente después de la celebración eucarística. Estaban seguros de poseer la verdad y la vida, siguiendo a Cristo, que se entregó libremente mientras dejaba en la Eucaristía el memorial de su sacrificio. Verdaderamente, en el martirio la Eucaristía se manifiesta en sumo grado como *fons et culmen* de la vida y de la misión de la Iglesia, como sucede en tantas Iglesias que sufren persecuciones, abiertas o implícitas.

Percepción del misterio eucarístico entre los fieles

33. De las respuestas a los *Lineamenta* se deduce, en general, cierta disminución de la percepción del misterio celebrado. No siempre se percibe plenamente el don y el misterio de la Eucaristía. En cualquier caso, varían los matices según los diversos contextos culturales. Por ejemplo, en los países donde reina un clima general de paz y prosperidad, en gran parte occidentales, muchos consideran el misterio eucarístico como un modo de cumplir con el precepto festivo y los viven como un banquete fraterno. En cambio, en los países afectados por la guerra y por diversas dificultades existenciales, se nota una comprensión más profunda del misterio eucarístico en su totalidad, es decir, también en la dimensión sacrificial. El misterio pascual celebrado incruentamente sobre el altar da un profundo sentido espiritual a los sufrimientos de los cristianos católicos en esos lugares, ayu-

dándolos a aceptar esas dificultades a través de la participación en el misterio de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

En algunas respuestas provenientes de la Iglesia que vive en África se alude al hecho de que la idea de sacrificio forma parte de las culturas de ese continente y, por tanto, esa concepción, adecuadamente elevada, después de haber sido purificada de elementos extraños al Evangelio, a menudo es utilizada pastoralmente en la catequesis para hacer comprender mejor la dimensión sacrificial de la Eucaristía.

En la catequesis se manifiesta cierta dificultad para mantener juntos el carácter de sacrificio y de banquete, poniéndose muy frecuentemente el acento sobre este último aspecto.

Para afrontar estas situaciones pastorales, muchas respuestas a los *Lineamenta* expresan el deseo de una aplicación eficaz y fiel de la reforma litúrgica, que restablezca el equilibrio entre las diversas dimensiones de la Eucaristía. Si fuera necesario, se podría pensar en algún retoque de las normas litúrgicas. Paralelamente, se sugiere promover una adecuada catequesis en todos los niveles, para hacer comprender mejor que en la Eucaristía se renueva el misterio pascual y que es sacrificio de alabanza y de comunión que hace crecer la comunidad.

Sentido de lo sagrado en la Eucaristía

34. No se duda acerca de los grandes efectos de la reforma litúrgica llevada a cabo según el espíritu del concilio Vaticano II. En efecto, la liturgia posconciliar ha favorecido mucho la participación activa, consciente y fructuosa de los fieles en el santo sacrificio del altar [54].

54 Cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 10.

Sin embargo, según las respuestas recibidas de no pocas naciones, se notan, tanto de parte del clero como de parte de los fieles, lagunas y sombras en la praxis de la celebración eucarística, que parece tener su origen en un debilitamiento del sentido de lo sagrado en relación con el Sacramento. La salvaguardia de este sentido depende fundamentalmente de la comprensión de que la Eucaristía es un misterio y un don, cuyo memorial exige signos y palabras que correspondan a la naturaleza sacramental.

Muy a menudo en las respuestas a los *Lineamenta* se indican ciertos actos que atentan contra el sentido de lo sagrado. Por ejemplo: el descuido del celebrante y de los ministros en el uso de los ornamentos litúrgicos propios, así como también la falta de decencia en el modo de vestir de los que participan en la misa; la semejanza de ciertos cantos que se usan en la iglesia con respecto a los cantos profanos; el tácito consenso de eliminar algunos gestos litúrgicos porque se los considera demasiado tradicionales, como la genuflexión delante del santísimo Sacramento; una distribución impropia de la Comunión en la mano, sin una adecuada catequesis; las actitudes poco reverentes antes, durante y después de la celebración de la santa misa, no sólo de parte de los laicos, sino también de parte del mismo celebrante; la decadente calidad arquitectónica y artística de los edificios sagrados y de los objetos destinados al servicio litúrgico; los casos de sincretismo debidos a una inculturación imprudente de las formas litúrgicas, mezcladas con elementos de otras religiones.

Todas estas realidades negativas, más frecuentes en la liturgia latina que en las orientales, no deben causar falsos alarmismos, porque son escasas. No obstante, deben provocar una sincera y profunda reflexión con objeto de eliminarlas y hacer que las liturgias eucarísticas sean verdaderos momentos de alabanza, de oración, de comunión, de escucha, de silencio y de adoración, en el respeto del misterio de Dios que se revela en Cristo, bajo el

pan y el vino, y en la gozosa conciencia de sentirse miembros de una comunidad de fieles reconciliados con Dios Padre en la gracia del Espíritu Santo. La Eucaristía es el punto más sagrado y alto de la oración. Es la gran oración.

Capítulo II

Misterio Pascual y Eucaristía

«Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga» (1 Co 11, 26)

Carácter central del misterio pascual

35. En cada celebración eucarística se renueva el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesucristo, el Señor, Pan partido para la vida del mundo y Sangre derramada para la redención de los hombres y la liberación del cosmos (cf. *Rm* 8, 19-23).

El tema sinodal debe ayudar a descubrir nuevamente el misterio pascual de Jesús como misterio de la salvación, del cual nace la vida y la misión de la Iglesia. La Eucaristía se revela como *Don:* el Señor se da a sí mismo, es Dios con nosotros. La Eucaristía es su Persona y su vida para nosotros. Con la Eucaristía el Señor ejerce la misión sacerdotal, profética y real.

«¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (*Lc* 24, 34), decían los Apóstoles y los discípulos. San Pablo exhorta a Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos» (2 *Tm* 2, 8). Precisamente, con respecto al testimonio apostólico, san Juan Crisóstomo observa: «Por tanto, es evidente que si no lo hubieran visto resucitado y no hubieran teni-

do una prueba innegable de su poder, no se habrían expuesto a tan alto riesgo»[55].

En cierto sentido, el hombre tiene la capacidad de desear todo, pero en su poder tiene sólo aquello que logra realizar en concreto. La muerte y sus anticipaciones, como la enfermedad y el sufrimiento, indican el límite intrínseco de la libertad de elección del hombre. Con la resurrección, Jesús introduce en la historia de la humanidad el germen de la esperanza definitiva: la victoria sobre la muerte. Esto, en definitiva, es la cumbre de la revelación que él realiza. La muerte ha sido vencida, ya sea porque el pecado ha sido destruido y el hombre ha sido reconciliado con Dios, ya sea porque la vida ha sido restaurada y es ofrecida eternamente a quien cree en Cristo. El signo concreto de esta esperanza lo ofrece el Señor Jesús al querer la *Iglesia* como su Cuerpo místico. En efecto, los creyentes han muerto y resucitado con Cristo (cf. *Rm* 6, 1-11).

Nombres de la Eucaristía

36. Es necesario explicar el *nombre* de la Eucaristía y profundizar su contenido para comprender el culto cristiano.

El *Catecismo de la Iglesia católica* cita los nombres con los cuales ha sido llamado este sacramento: en primer lugar, *Eucaristía*[56]; después, *Cena del Señor,* ya sea como conmemoración de la Cena pascua! por él celebrada, ya sea como anticipación de la *cena de las bodas del Cordero* en la Jerusalén celestial; *fracción del Pan,* rito que subraya el compartir de la comunión en un solo Cuerpo y que fundamenta la sinaxis o *asamblea eucarística,* expresión visible de la Iglesia; *memorial* de la pasión y resurrección; *santo sacrificio,* porque actualiza el único sacrificio de Cristo Redentor;

55 SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Epistolam I ad Corinthios,* Homilía IV, 4: *PG* 61, 36.
56 Cf. *Catecismo de la Iglesia católi ca,* n. 1328 ss.

santa y divina liturgia, santos misterios, santísimo Sacramento, Comunión, cosas santas, medicina de inmortalidad, santa misa, que subraya la dimensión misionera.

Hacer comprender el significado de estos términos, sin excluir ninguno de ellos, es importante para una catequesis completa, condición de una participación verdaderamente consciente en la liturgia.

Sacrificio, memorial y banquete

37. En las respuestas y observaciones a los *Lineamenta* se descubre una exigencia general de conocer más profundamente la naturaleza sacrificial de la Eucaristía y se pide que esta verdad de nuestra fe sea expuesta cada vez con mayor claridad, siguiendo el reciente Magisterio de la Iglesia.

El concilio Vaticano II ya promovió la reflexión teológica sobre el sentido del sacrificio de Jesús, como ofrenda plena, libre y gratuita a Dios Padre por la salvación del mundo. Entre tantos textos que se refieren a este aspecto merece especial atención el que alude al ejercicio del sacerdocio ministerial en la constitución dogmática *Lumen gentium:* «Los presbíteros ejercen (...) su oficio sagrado sobre todo en el culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor (cf. *1 Co* 11, 26), el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre, una vez por todas, como hostia inmaculada (cf. *Hb* 9, 11-28)»[57].

Al respecto, el *Catecismo de la Iglesia católica*[58] presenta un título: *El sacrificio sacramental: acción de gracias, memorial, presencia,* del

57 *Lumen gentium,* 28. Cf. *Presbyterorum ordinis,* 5; *Lumen gentium,* 3.
58 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica,* n. 1356 ss.

cual se deduce que el nombre que prevalece y que incluye a los otros es *sacrificio sacramental;* es decir, el hecho de la muerte de Cristo para salvarnos de los pecados con su sacrificio, cuya eficacia se encuentra a disposición de todos los hombres en el Sacramento. Por tanto, la acción de gracias se realiza por su sacrificio, el memorial de su sacrificio, la presencia de su sacrificio en el cuerpo *ofrecido* y en la sangre *derramada.* La acción de gracias se dirige a Dios por la creación y por la salvación del mundo.

Considerar de este modo la Eucaristía ayuda a superar la dialéctica entre sacrificio y banquete. En efecto, si se entiende este segundo término como sinónimo de *cena,* el banquete incluye el sacrificio, en cuanto se trata de la cena del Cordero inmolado; si se lo entiende como sinónimo de *comunión,* el banquete expresa la finalidad o la cumbre de la Eucaristía.

La encíclica *Ecclesia de Eucharistia,* tratando del sacrificio eucarístico[59], enseña que la Iglesia presenta continuamente el sacrificio de Cristo también en forma de intercesión, en cuanto que el Hijo mismo se ha ofrecido en su carne y en ese sentido es mediador entre el hombre y el Padre. La Iglesia de Cristo se une a ese ofrecimiento en la *anáfora* o plegaria eucarística. Dicha ofrenda, aunque de forma incruenta, no es nueva, sino que se trata de la misma que tuvo lugar en la cruz. En este sentido deben interpretarse las palabras de la encíclica: «La misa hace presente el sacrificio de la cruz, no se le añade y no lo multiplica»[60]. El hecho de afirmar que esto sucede a causa del amor sacrificial del Señor sirve para repetir cuanto se ha dicho en la encíclica.

Consagración

38. La Encarnación, la Muerte y la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés son acontecimientos que han tenido lugar realmen-

59 Cf. *Ecclesia de Eucharistia,* 12-13.
60 *Ib.,* 12.

te y llevan a comprender que la presencia permanente y substancial del Señor en el Sacramento no es tipológica o metafórica. Por el contrario, si el Sacramento se presenta sólo como un símbolo de la presencia de Cristo, es porque se duda de que Dios pueda intervenir sobre realidades materiales. Ahora bien, poniéndose en el contexto de los otros modos de presencia, el misterio pascual ayuda a comprender la naturaleza de la Eucaristía que se da por la conversión de las especies, es decir, por la transubstanciación. El pan se convierte en Cuerpo ofrecido, partido para nuestra salvación: *Corpus Christi, salva me;* el vino se convierte en Sangre derramada, sobreabundante en delicia divina: *Sanguis Christi, inebria me*[61]. La superación de la distancia entre la pobreza de las especies sacramentales y Jesucristo, que se da, real y substancialmente, permite a la Eucaristía poner en el mundo el germen de la nueva historia[62]. El misterio pascual confirma la condescendencia de Dios y la *kénosis* del Hijo, permaneciendo la trascendencia absoluta de la Trinidad.

Por ello, las palabras de Jesús «*Tomad y comed*» indican sobre todo el don de sí mismo a nosotros. En segundo lugar, aluden a la fraternidad de la mesa, a la unidad de la comunidad de la Iglesia y al compromiso de compartir el pan con quien padece hambre. De todo esto brota la adoración, es decir, el reconocimiento permanente del Señor que acompaña el camino del pueblo de Dios.

La transubstanciación tiene lugar en la consagración del pan y del vino. A este respecto, en las respuestas se recomienda una explicación de la *teología de la consagración* a la luz de las tradiciones eclesiales de Oriente y Occidente, que se refieren, en particular, a la consagración, como imitación del Señor en lo que él hizo y ordenó en la Cena, y a la invocación del Espíritu Santo en la

61 Oración *Alma* de *Cristo.*
62 Cf. *Ecelesia* de *Eucharistia,* 58.

epíclesis. Una mayor claridad en la teología de la consagración podría ser de gran utilidad, no sólo para el diálogo ecuménico con las Iglesias orientales con las que no existe todavía una plena comunión, sino también para la eliminación de algunas sombras señaladas por las mismas respuestas a los *Lineamenta*, como por ejemplo: el uso de hostias elaboradas con levadura y otros ingredientes; la celebración con pan común; la improvisación de la plegaria eucarística; la recitación de esta o de una parte de la misma por el pueblo a insistencia del celebrante; la *fractio panis* en el momento de la consagración.

Presencia real

39. La presencia del Señor en el Sacramento ha sido querida por él mismo para permanecer junto al hombre y alimentarlo con su Cuerpo y su Sangre, para quedarse dentro de la comunidad eclesial. La respuesta del hombre es la fe en la *presencia real* y *substancial*, como se insinúa en algunas respuestas basadas en las encíclicas *Ecclesia de Eucharistia* y *Mysterium fidei*. Junto con la fe en la presencia de Cristo en el Sacramento deben recordarse otros aspectos: el sentido del misterio y las actitudes que lo demuestran, el lugar del sagrario, la dignidad de la celebración, la dimensión escatológica, es decir, el Sacramento como prenda de la gloria futura. En efecto, la Eucaristía es también *anticipación* de la realidad última y eterna durante la peregrinación hacia la casa del Padre celestial, como lo manifiesta, por ejemplo, la actitud de espera esponsal propia de las personas consagradas.

Juan Pablo II, en la carta apostólica *Mane nobiscum Domine* para el Año de la Eucaristía, proponía esta síntesis de la doctrina de la presencia de Cristo vivo en su Iglesia: «Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: *el misterio de la presencia "real"*. Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente, Jesús. Una presencia -como explicó muy claramente el Papa Pablo VI- que se llama "real" no por

exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque en virtud de ella Cristo entero se hace substancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos -banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica- un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del cual se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de quedarse con nosotros hasta el final del mundo»[63].

Esta cita afirma el dato doctrinal referido por diversas respuestas a los *Lineamenta:* el que está oculto en el Sacramento es el Mediador lleno de majestad entre Dios y el hombre, es el eterno y sumo Sacerdote, el Maestro divino, el Juez de vivos y muertos, el Dios-Hombre, la Palabra hecha carne, es el que abraza de modo misterioso a todos los fieles en la gran comunidad de la Iglesia. Así se presenta en la misa.

40. Sin embargo, de algunas respuestas a los *Lineamenta* se deduce que a veces se difunden declaraciones contrarias a la transubstanciación y a la presencia real, la cual se entiende en un sentido sólo simbólico, y se observan comportamientos que manifiestan implícitamente tal convicción. Como muchos indican en sus respuestas, algunas veces parece que en la liturgia hay quienes obran como animadores que deben atraer la atención del público sobre su propia persona, en vez de actuar como servidores de Cristo llamados a conducir a los fieles a la unión con él[64]. Todo esto, como es obvio, repercute negativamente sobre el pueblo que corre el riesgo de caer en la confusión en lo que se refiere a la comprensión y a la fe en la presencia real de Cristo en el Sacramento.

63 *Mane nobiscum Domine,* 16.
64 Cf. *Sacrosanctum Concilium,* 26 y 47; *Código de derecho canónico,* c. 899.

En la tradición de la Iglesia se ha creado un verdadero lenguaje de gestos litúrgicos orientados a expresar la recta fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, como por ejemplo, la cuidadosa purificación de cálices y copones después de la Comunión y también cuando accidentalmente caen las especies eucarísticas en el suelo, la genuflexión delante del sagrario, el uso de la bandeja para la comunión, la renovación periódica de las Hostias conservadas en el sagrario, la custodia de la llave del sagrario en un lugar seguro, la compostura y el recogimiento del celebrante en sintonía con el carácter trascendente y divino del Sacramento. Ciertamente, omitir o descuidar estos signos sagrados, que encierran un significado más profundo y amplio que su aspecto externo, no contribuye a consolidar la fe en la presencia real de Cristo en el Sacramento. Por ello, en las respuestas se recomienda que los signos y símbolos que expresan la fe en la presencia real sean objeto de una adecuada *mistagogia* y catequesis litúrgica.

41. Además, no debe olvidarse que la expresión de la fe en la presencia real del Señor muerto y resucitado en el santísimo Sacramento tiene un punto culminante en la adoración eucarística, tradición que en la Iglesia latina se halla muy arraigada. Esta práctica, como justamente subrayan muchas respuestas a los *Lineamenta*, no debería ser presentada en discontinuidad con la celebración eucarística, sino como su prolongación natural. Las mismas respuestas indican que en algunas Iglesias particulares se verifica un resurgir de la adoración eucarística, aunque se señala que tal acción debe siempre cumplirse con dignidad y solemnidad.

La posición del sagrario, en un lugar fácilmente visible es también otro modo de poner de relieve la fe en la presencia de Cristo en el santísimo Sacramento. A este respecto, en las respuestas a los *Lineamenta* se pide reflexionar sobre la adecuada colocación del sagrario en las iglesias, teniendo en cuenta las disposiciones

canónicas[65]. Debería verificarse si el desplazamiento del sagrario del centro del área presbiteral, para colocarlo en un rincón no muy evidente y digno o en una capilla apartada, o bien la ubicación de la sede del celebrante en posición central o delante del sagrario, como ha sucedido en muchas adaptaciones de iglesias antiguas o en nuevas construcciones, no ha contribuido de algún modo a la disminución de la fe en la presencia real.

De las mismas respuestas se deduce que, donde se han dado instrucciones sobre la construcción y la reestructuración de iglesias, insistiendo especialmente en la colocación del sagrario, de tal modo que se manifieste la conciencia de la presencia real, se han obtenido resultados positivos, como el aumento de la fe y de la adoración. Las iglesias deben ser siempre lugares de oración y adoración, y no deben transformarse en museos. Esto vale también para las catedrales y las basílicas de gran valor histórico y artístico.

65 Cf. *Código de derecho canónico*, c. 938.

Parte III

La Eucaristía en la vida de la Iglesia

Capítulo I

Celebrar la Eucaristía del Señor

«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20)

«Te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia»[66]

42. La celebración de la santa misa comienza reconociendo que Dios está presente donde dos o más se reúnen en su nombre y que nosotros estamos ante él. Cuando participamos en la misa debemos tomar conciencia de estar cerca de la fuente de la gracia: «Pues aunque no necesitas nuestra alabanza, ni nuestras bendiciones te enriquecen, tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias, para que nos sirva de salvación»[67]. En la liturgia el hombre no dirige su mirada a sí mismo sino a Dios.

No es nuestra alabanza, sino su acción, la que hace la Eucaristía. La Eucaristía está en el centro de la liturgia cósmica, en la cual se halla presente la Trinidad, eternamente adorada por María y por los ángeles que sirven a Dios, ofreciéndonos un modelo de servicio. El Dios uno y trino es adorado, además, por los santos y por los justos que gozan de su visión beatífica e interceden por nosotros, así como también por las almas de los fieles que se purifican mientras esperan ver a Dios. Aquí la Iglesia se mani-

66 *Misal romano*, Plegaria eucarística II.
67 *Ib.*, Prefacio común IV.

fiesta como familia de Dios, según enseña el concilio Vaticano II y recientemente la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*[68].

El culto tributado al Señor y a los santos tiene como centro el misterio pascual: «Al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados con Cristo»[69] Esta liturgia de comunión, que une el cielo y la tierra, se celebra para la salvación de todos, también de los que no creen. Evocar la liturgia celestial no significa ignorar la liturgia terrena, sino más bien querer descubrir en esta la dimensión peregrinante y escatológica.

43. La celebración de la Eucaristía tiene una estructura propia y cuenta con elementos específicos expuestos en la *Ordenación general del Misal romano* y en la *Instrucción para la aplicación de las prescripciones litúrgicas del Código de cánones de las Iglesias orientales*, especialmente en la tradición bizantina, la más difundida entre las Iglesias orientales católicas, pero también en las otras tradiciones. No debe olvidarse que la celebración de la Eucaristía exige la humilde obediencia del sacerdote y de los ministros a estas normas canónicas.

Para favorecer el debido respeto y la veneración a la Eucaristía, es deseable que, sobre todo los ministros sagrados, se preparen con la oración a la celebración del sacrificio eucarístico -en el cual el Señor se hace presente en sus manos- y que, después, den gracias a Dios[70].

---

68 Cf. *Lumen gentium*, 6; *Ecelesia in Africa*, 63.
69 *Sacrosanctum Concilium*, 104.
70 Cf. *Código de derecho canónico*, c. 909; CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, instr. *Inaestimabile donum*,3 de abril de 1980, n. 17: *AAS* 72 (1980) 338.

Lamentablemente, como indican algunas respuestas, no siempre se respetan estos tiempos dedicados a la preparación y a la acción de gracias. Sin embargo, debe reconocerse que muchos obispos, sacerdotes, diáconos y laicos cumplen esta acción de alabanza y agradecimiento con notable provecho espiritual. A este respecto, no debe descuidarse el fuerte llamado de muchas respuestas a prepararse para la celebración con el silencio y la oración, según las venerables tradiciones del culto.

44. Para crear este espíritu de oración ayudará no sólo que el celebrante sea consciente del gran misterio que va a realizar, sino también el uso de ciertos signos, como el incienso, símbolo de la oración que se eleva a Dios, según las palabras del salmo: «Suba ante ti mi oración como incienso, el alzar de mis manos como oblación de la tarde» (*Sal* 140, 2).

Además, *un mínimo de asistencia* y colaboración de parte de algunos laicos para celebrar dignamente los santos misterios contribuye a crear un clima de serenidad adecuado a la liturgia eucarística. A veces, los celebrantes desempeñan también la función de los ceremonieros, instruyen a la gente, dan órdenes, se preocupan por todo, aun habiendo preparado antes la celebración eucarística. En cambio, el sacerdote necesitaría la asistencia de lectores, acólitos, monaguillos y laicos, para que pueda concentrarse en los sagrados misterios que está celebrando y transmita así un clima de paz y recogimiento a toda la asamblea reunida en torno a la mesa del Señor. Por ello, muchas respuestas proponen promover la colaboración de laicos adecua-

Un mínimo de asistencia y colaboración de parte de algunos laicos para celebrar dignamente los santos misterios contribuye a crear un clima de serenidad adecuado a la liturgia eucarística.

damente preparados y restablecer el servicio de los *ostiarios*, seglares dispuestos sobre todo a recibir a las personas en la iglesia, para mantener el orden en la celebración litúrgica y vigilar para que la Comunión no sea distribuida a personas extrañas.

Ritos de introducción

45. El canto de ingreso, la señal de la cruz, el saludo, el himno del *Gloria* cuando está previsto, en el rito romano; las antífonas, las letanías, el himno *Unigénito*, en el rito bizantino y en otros ritos como el ambrosiano, el mozárabe y los antiguos ritos orientales, sirven para disponer a los fieles a tomar conciencia de estar en presencia de Dios, antes de escuchar su palabra y de darle gracias con la Eucaristía. Especialmente el acto penitencial invita a la actitud necesaria para celebrar los santos misterios: es la actitud del publicano, que reconoce humildemente que es pecador. Aun sin tener el valor de un sacramento, recuerda la unión indisoluble entre la Penitencia y la Eucaristía; este vínculo se observa particularmente en las Iglesias orientales católicas. Además, cuando el acto penitencial se sustituye por la aspersión con el agua bendita, evoca el Bautismo, principio de la vida nueva, en el cual hemos renunciado a las obras del maligno. Por tanto, desde el inicio se nos recuerda que para acercarnos a la Eucaristía es necesario ser purificados a través de la Penitencia, liberados de las discordias y divisiones que se oponen al signo de la unidad, que es la Eucaristía. Es importante ilustrar estos aspectos en la catequesis y, en particular, aclarar que el acto penitencial no perdona los pecados graves, para los cuales es necesario acceder al sacramento de la Reconciliación.

Para acercarnos a la Eucaristía es necesario ser purificados a través de la Penitencia, liberados de las discordias y divisiones que se oponen al signo de la unidad, que es la Eucaristía.

Liturgia de la Palabra

46. Las lecturas bíblicas, el salmo responsorial, la aclamación antes del Evangelio, la homilía y la profesión de fe constituyen la liturgia de la Palabra. Dios nos ha hablado por medio de su Hijo, su Palabra hecha carne. La Palabra divina es una sola y, puesto que cumple lo que dice, al mismo tiempo se convierte en Pan de vida, signo que Jesucristo realizó. El Papa Juan Pablo II, citando el relato de Emaús (cf. *Lc* 24), mostró la relación indisoluble entre la mesa de la Palabra y la de la Eucaristía[71]. Por eso, la liturgia de la Palabra, en unidad con la liturgia de la Eucaristía, caracteriza la celebración como un único acto de culto, que no admite fracturas.

La liturgia de la Palabra nos pone en contacto con la revelación que Dios hizo en el Antiguo Testamento. La gran riqueza de la omnipotente presencia de Dios, que fue la gloria del pueblo elegido de Israel, ha pasado a formar parte de la liturgia católica, iluminada con la luz del Verbo hecho carne, muerto y resucitado por todos.

Además, como recuerda el concilio Vaticano II, la revelación de Jesús va más allá de la codificación del texto de la Escritura, que no la expresa totalmente[72]. Su palabra permanece viva en la vida de la Iglesia. Esta la transmite en el curso de los siglos, haciéndola accesible en el signo sacramental. El anuncio que Jesús realiza no está separado de su presencia en el Sacramento, creando una unidad que jamás existió antes y jamás será posible repetir.

Su encarnación, pasión, muerte y resurrección son palabra y acontecimiento para ver y contemplar. La palabra conduce al acontecimiento. El misterio eucarístico acompañará siempre la

71 Cf. Mane *nobiscum Domine*, 12.
72 Cf. Dei *Verbum*, 9.

vida de la Iglesia como síntesis de palabra y acontecimiento, estimulando la contemplación. En el rito romano y en el *Breve ingreso* bizantino todo esto es evocado por la veneración y el honor del que es objeto el evangeliario, como mística entrada del Verbo encarnado y como signo de su presencia en medio de la asamblea de los creyentes.

47. En este sentido, se ha constatado que no siempre se cuida adecuadamente el modo de proclamar la palabra de Dios. Sería necesario mejorar el servicio de los lectores para transmitir a los fieles la belleza del contenido y de la forma de la palabra que Dios dirige a su pueblo. En algunos lugares, donde prevalece la costumbre de leer solamente dos lecturas durante los domingos y las fiestas de precepto, se lamenta la falta de conocimiento de las Cartas y de los Hechos de los Apóstoles. Por tanto, conviene recordar que no se deben excluir esas lecturas, que se refieren a la acción de Dios en la comunidad primitiva.

Una parte importante de la liturgia de la Palabra es la homilía, pronunciada por el ministro sagrado con la finalidad de ayudar a los fieles a adherirse con la mente y con el corazón a la palabra de Dios. Para alcanzar ese objetivo, muchos aconsejan *homilías mistagógicas*, que permitan introducir a los fieles en los misterios sagrados que se están celebrando. Así, según las lecturas proclamadas, es posible iluminar con la luz de Jesucristo la vida de cada uno, evitando siempre alusiones y referencias impropias o profanas.

Teniendo presentes los pasajes de las sagradas Escrituras, sería necesario pensar también en *homilías temáticas*, que durante el curso de un Año litúrgico puedan presentar los grandes temas de la fe cristiana: el Credo; el Padre nuestro; la estructura de la santa misa; los diez Mandamientos, y otros. A este respecto, sería de gran utilidad contar con material elaborado por las competentes comisiones de las Conferencias episcopales o de los

Sínodos de obispos de las Iglesias orientales católicas *sui iuris* o de otros organismos especializados en la pastoral. En las Iglesias orientales católicas algunos se lamentan de homilías que no guardan relación con las lecturas de la liturgia, dado que todos los años se repiten las mismas lecturas en los mismos días.

Liturgia eucarística

48. Las respuestas a los *Lineamenta* recomiendan que la presentación de las ofrendas sirva sobre todo para llamar la atención sobre el pan y el vino, que se convertirán en el Cuerpo y Sangre del Señor. A estas ofrendas se les debe dar relieve, antes que a otros dones para el culto y la caridad, pues a través de ellos tiene lugar la preparación y la presentación en el altar. Además, estas ofrendas aluden al gran Don del amor, la Eucaristía, que da impulso a la caridad hacia los más pobres y necesitados.

Al respecto, es necesario explicar a través de una adecuada catequesis la importancia de *la limosna* durante las celebraciones eucarísticas, destinada a los pobres y a las necesidades de la Iglesia. Así se crearía y se desarrollaría la conciencia de la *dimensión social de la Eucaristía*. Es necesario fortalecer esa conciencia sobre todo en los países donde la Iglesia no puede desarrollar libremente actividades caritativas. Hay que exhortar a los fieles a ayudar a los necesitados.

49. Tras la presentación de las ofrendas sigue la Plegaria eucarística, que en las diversas formas existentes en Oriente y Occidente considera la Iglesia a la luz del misterio de la Trinidad, con su inicio en la creación, su cumbre en el misterio pascual, su fin en la recapitulación de todo en Cristo en la consumación de los tiempos. Por ello, comienza con la invitación del celebrante a levantar los corazones al Señor. Ya el término *anáfora* significa elevar las ofrendas, junto con nosotros mismos, al Padre; significa dirigirse al Señor, de quien viene la salvación.

La Iglesia con la *epíclesis* suplica al Padre que mande el Espíritu Santo, para que descienda con su poder sobre las ofrendas. En la liturgia oriental, en la *epíclesis* pos-consagratoria, se alude al vículo entre la Eucaristía y el misterio de Pentecostés, efusión del Espíritu sobre la comunidad reunida: «Te pedimos Señor que, así como has enviado tu Espíritu Santo sobre tus discípulos y tus apóstoles, puros y santos, así también nos mandes a nosotros tu Espíritu Santo, para que santifique nuestra alma, nuestro cuerpo y nuestro espíritu»[73]. La invocación al Espíritu se refiere a aquellos que comulgan para que puedan tener la fuerza de entregarse los unos a los otros y vivir según el sacramento que celebran.

En la plegaria eucarística ocupa un puesto central el relato de la institución con las palabras de Jesús sobre el pan y el vino: es *la consagración*, momento solemne en el que se realiza la presencia real del Señor resucitado bajo las especies del pan y del vino. Esta presencia real asegura la continuidad perenne de la Eucaristía, desde Cristo a los Apóstoles, y desde ellos a sus sucesores y colaboradores, los obispos y los presbíteros, los cuales, mediante el ministerio jerárquico, actúan en nombre del Señor a favor de la Iglesia.

Esta continuidad se expresa particularmente en la intercesión: «Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra»[74]. Aquí la celebración de la Eucaristía demuestra que es íntimamente un acto de la Iglesia en su universalidad, anterior a cualquier distinción particular o local.

La asamblea eucarística, consciente de que es peregrina en el mundo, entra con las intercesiones en la comunión de los santos,

73 A. HANGGI-I. PAHL, *Prex eucharistica. Textus e variis liturgiis antiquioribus selecti*, Friburgo, 1968, p. 192.
74 *Misal romano*, Plegaria eucarística II.

se proyecta hacia el Reino, pero sabe que vive aquí en la tierra. Por ello, en la oración no olvida las dificultades que encuentra, las persecuciones que sufre, las calamidades temporales, las guerras, invocando sobre todo los dones de la unidad y de la paz.

El Espíritu Santo imprime a la gran plegaria la orientación interior hacia el Señor Jesús, para que la ofrenda «sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo»[75] y la alabanza trinitaria tenga lugar *«per Ipsum, cum Ipso et in Ipso»* con la adhesión del pueblo de Dios que proclama *Amén.*

Comunión

50. La *Ordenación general del Misal romano* recomienda que la Comunión sea recibida por «los fieles debidamente dispuestos»[76]. Las buenas disposiciones brotan del discernimiento según el cual el Cuerpo del Señor no es un pan común sino un Pan de vida que se ofrece a quienes están reconciliados con el Padre. Así como el compartir la mesa entre los hombres supone la concordia, así la Eucaristía es el sacramento de los reconciliados, en el sentido de que es la cumbre del itinerario de reconciliación con Dios y con la Iglesia a través del sacramento de la Penitencia. De este modo, se manifiesta la compasión de Cristo por la salvación de las almas, que es también la ley suprema de la Iglesia. Cumplida la reconciliación con la Penitencia, y restablecido el estado de gracia, los ritos de la comunión constituyen la preparación inmediata. Sería conveniente subrayar más aún la importancia de la *gracia* de los sacramentos, como un bien que no se debe negar a nadie cuando se dan las condiciones requeridas[77], que se encuentran perfectamente especificadas en las normas canónicas y litúrgicas, sin necesidad de añadir otras.

75 *Ib.*, Canon romano.
76 *Institución general del Misal romano*, 20 de abril de 2000, n. 80.
77 Cf. *Código de derecho canónico*, c.912;

La pureza necesaria para acercarse al Señor exige la preparación para la Comunión; por ello, cada uno debe examinarse para ver si se encuentra en esas disposiciones. A este respecto; puede ser muy oportuna una adecuada catequesis sobre el poder de la Eucaristía para cancelar los pecados veniales. En verdad, recibirla con un corazón arrepentido obtiene la gracia del Espíritu Santo para no caer en las tentaciones, y además para dar testimonio de vida cristiana, a pesar de las condiciones frecuentemente poco favorables del ambiente. También la oración del *Padre nuestro* nos ayuda a pedir la purificación de los pecados y ser liberados del maligno, así como el saludo de la paz permite a los fieles manifestar la comunión eclesial y el amor recíproco[78], mientras impulsa a una reflexión sobre la disposición al perdón, actitud interior que no debe considerarse secundaria para acercarse a la Comunión. En las liturgias orientales y en la ambrosiana, con el beso de la paz en el momento del ofertorio se acentúa precisamente este aspecto, es decir, la eliminación de toda enemistad (cf. *Mt* 5, 23-24). Se observa, además, que el gesto de la paz es facultativo y no debería sobreponerse al gesto siguiente de la *fractio panis*, que es central, y que indica el Cuerpo partido por nosotros.

En el momento de distribuir la sagrada Comunión, según algunas respuestas, el sacerdote da la bendición a los niños o a los catecúmenos, oportunamente señalados, que se acercan y no han recibido aún la primera Comunión. En algunas iglesias la bendición se imparte también a los no católicos que se acercan al altar en el momento de la Comunión. Del mismo modo, desde Asia llegan sugerencias orientadas a considerar la posibilidad de ofrecer algún signo en favor de los no cristianos en el momento de la Comunión, para que no se sientan excluidos de la comunidad litúrgica.

78 Cf. *Institución general del Misal romano*, n. 82.

Ritos de conclusión

51. Recibida la Comunión, es necesario orar para obtener los frutos del misterio celebrado. Uno de los primeros es el *antídoto* contra las caídas cotidianas y contra los pecados mortales[79]. Se debe orar, sobre todo, para que nuestra fe y nuestra comunión con Cristo nos lleven a anunciar su Evangelio en misión por el mundo, en todos los ambientes donde vivimos, con el testimonio de las obras, para que los hombres crean y den gloria al Padre.

El saludo final de la misa incluye una llamada a la misión, que la Iglesia, sostenida por la Eucaristía, precedida y acompañada por el ejemplo y la intercesión de María, realiza al evangelizar el mundo contemporáneo. La Eucaristía tiene como finalidad hacemos crecer en el amor a Cristo y en el deseo de llevar el Evangelio a todos.

«Ars celebrandi»

52. Es necesario prestar atención al *ars celebrandi*, para llevar a los fieles al culto verdadero, a la reverencia y a la adoración. Las manos levantadas del sacerdote indican la súplica del pobre y del humilde: «Te pedimos humildemente», se dice en la plegaria eucarística[80]. La humildad del gesto y de la palabra aluden al mismo Cristo, manso y humilde de corazón. El debe crecer y nosotros disminuir. Para que la celebración de la Eucaristía exprese la fe *católica* se recomienda que el sacerdote la presida con *humildad;* solo así podrá ser verdaderamente mistagógica y contribuir a la evangelización. En las plegarias litúrgicas normalmente no se dice «yo» sino «nosotros»; cuando en las fórmulas sacramentales se usa la primera persona, el ministro habla «en la persona de Cristo», no en nombre propio.

79 Cf. CONCILIO DE TRENTO, sesión XIII, cap. 2: *DS 1551.*
80 *Misal romano,* Plegaria eucarística II.

Algunas respuestas a los *Lineamenta* tocan el tema de la mistagogia y la entienden como introducción al misterio de la presencia del Señor, haciendo hincapié en que hoy es necesario llevar al hombre a acercarse más profundamente a Dios, porque vive en ambientes donde parece que se niega la existencia del misterio. El Señor mismo nos ofrece la línea maestra al decir: «A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (*Jn* 15, 15). El Señor quiere que nos acerquemos a él para revelamos el misterio de la vida divina.

El obispo tiene la mayor responsabilidad en relación con la Eucaristía, puesto que es el primer mistagogo. El esfuerzo por lograr una participación «plena, consciente y activa»[81] de los fieles en la celebración eucarística está estrechamente vinculado a la particular responsabilidad del obispo en relación con el santísimo Sacramento, que nace del hecho de que el Señor confió la Eucaristía a los Apóstoles, y la Iglesia la transmite con la misma fe. Cada celebración eucarística en una diócesis tiene lugar en comunión con el obispo y en dependencia de su autoridad[82]. El vigila para que los fieles puedan participar en la misa y para que el Sacramento se celebre digna y decorosamente, evitando eventuales abusos. Es el *sensus Ecclesiae* en la celebración litúrgica, que trasciende las situaciones particulares, los grupos y las culturas. En cuanto *primus mysteriorum Dei dispensator*, el obispo celebra con frecuencia la santa misa en la catedral, iglesia madre y corazón de la diócesis, cuya liturgia deber ser ejemplar para toda la diócesis.

53. Sigue vigente la obligación de que el obispo diocesano y el párroco celebren la misa *pro populo*, con la aplicación por los

81 *Sacrosanctum Concilium*, 14.
82 Cf. *Código de derecho canónico*, c. 899, § 2; *Código de cánones de las Iglesias orientales*, c. 699, § 1.

vivos y por los difuntos[83]. Además, se recomienda, por motivos teológicos y espirituales, que los sacerdotes celebren todos los días la eucaristía. Es particularmente importante celebrar por los difuntos cuyas almas se encuentran en el Purgatorio, esperando el feliz día en el que puedan ver a Dios cara acara. Rezar por los difuntos es una obligación de caridad en favor de ellos.

En relación con las intenciones, diversas respuestas aluden a abusos, el más común de los cuales es la acumulación de las llamadas misas pluri-intencionales. Sobre este tema se sugiere aclarar cuál debe ser la actitud con respecto a las intenciones de misa. Además, se constata que en algunos países esta práctica ha disminuido notablemente, casi ha desaparecido, mientras que en numerosos países las intenciones de misa representan el modo tradicional, a veces único, de sostenimiento del clero. Hay también naciones en las que faltan intenciones de misa, las cuales desde hace ya varios años provenían de otros países, como válida contribución a la comunión eclesial y a la participación concreta en la actividad misionera.

No menos importante, desde el punto de vista pastoral, es la formación de los fieles sobre el significado de la aplicación de las misas en sufragio de los difuntos, los cuales, a través de los méritos de la redención de Cristo y de la oración de toda la Iglesia, podrán ser admitidos lo antes posible en el banquete de la vida eterna. Así, las intenciones de misa por los difuntos se transforman también en una expresión de la fe en la resurrección de los muertos, verdad solemnemente profesada en el Credo.

Palabra y Pan de vida

54. A propósito de la relación entre la santa misa y las celebraciones de la Palabra, en muchas respuestas a los *Lineamenta* se

83 Cf. *Código de derecho canónico*, cc. 388, § 1; 429; 534; 543, § 2; 549; 901; cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1369 y 1371.

observa que en ciertas circunstancias los fieles corren el riesgo de perder, poco a poco, el sentido de la diferencia entre celebración eucarística y otras celebraciones. Este problema pastoral se presenta, por ejemplo, donde son frecuentes las liturgias de Comunión presididas por diáconos o por ministros extraordinarios. El mismo riesgo corren, en algunos lugares, los fieles cuando se les invita a participar en la liturgia de la Palabra en vez de ir a misa en una parroquia cercana.

Sin embargo, no faltan respuestas que transmiten el testimonio del valioso servicio desarrollado por laicos, debidamente preparados, en las celebraciones de la Palabra, con o sin distribución de la Eucaristía, donde hay comunidades que, mientras esperan tener un sacerdote establemente, no pueden por el momento contar con él para las celebraciones dominicales. En estos casos, bajo la guía del obispo diocesano y de los sacerdotes, es posible, con la colaboración de los laicos, satisfacer las necesidades pastorales de tantas comunidades sedientas de la Palabra de vida y del Pan de vida. Cuando esta actividad se desarrolla de acuerdo con las orientaciones del Magisterio en esta materia[84], los resultados son alentadores y pueden surgir incluso vocaciones sacerdotales entre las familias de los laicos comprometidos en estos servicios, como también en las respectivas comunidades que saben apreciar el valioso servicio del sacerdote, ministro ordinario de la Eucaristía.

55. En este contexto emerge la cuestión de los excesos en la celebración de la Palabra, propuesta en lugar de la santa misa. Tales excesos podrían reducir el culto cristiano a un simple servicio de

84 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO Y OTRAS, instr. *Ecclesiae de Mysterio*, 15 de agosto de 1997, n. 7: *AAS* 89 (1997) 869-870; CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS. Directorio para las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero, *Christi Ecclesia*, 2 de junio de 1988.

asamblea. En cambio, tendría sentido, como en las estaciones misioneras, la catequesis desarrollada mientras se espera la llegada del sacerdote que pueda celebrar la Eucaristía. En efecto, en este sentido, sería mejor hablar de celebraciones litúrgicas «en espera» del sacerdote, más que «en ausencia» del mismo. Para indicar esta realidad, en algunas regiones se coloca una estola sobre el altar o sobre la sede. La oración por las vocaciones mantiene vivo el deseo de contar establemente con un celebrante de la Eucaristía. La falta de sacerdotes, que en algunas zonas asume dimensiones preocupantes, debería ser un válido estímulo para despertar la actividad misionera y el intercambio de dones entre las Iglesias particulares.

Diversas respuestas a los *Lineamenta* sugieren que los fieles designados como ministros extraordinarios de la Comunión participen en sesiones de estudio especiales para crecer en el conocimiento de la doctrina eucarística y de las normas litúrgicas. Este programa debería incluirse también en la formación permanente de los catequistas.

Además, las mismas respuestas destacan la necesidad de explicar claramente la triple dimensión: sacerdotal, profética y real, en la distinción entre ministerio ordenado y no ordenado. Así resaltará la identidad del sacerdote, ministro de los divinos misterios, de los cuales es intérprete, mistagogo y testigo. Finalmente, para superar cierta confusión sobre el ministerio ordenado en la Iglesia, se recomienda, entre otras cosas, promover el conocimiento de los documentos del Magisterio sobre el sacerdote, signo de Cristo cabeza, esposo y pastor, como la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*.

56. Se debe reconocer con gratitud la actividad de los fieles laicos, sobre todo de los catequistas, que son responsables de la formación en la vida de oración y de la preparación para la Comunión, especialmente en los casos en que la escasez de clero

hace imposible a los fieles participar en la Eucaristía. Sin embargo, en no pocas respuestas a los *Lineamenta* se indican ciertas prácticas que tienden a oscurecer en los fieles la distinción esencial entre el sacerdocio ministerial y el común de los fieles. Por ejemplo: la actitud de algunos asistentes pastorales que asumen efectivamente la dirección de ciertas parroquias y ejercen, de hecho, casi una presidencia de la Eucaristía, dejando al sacerdote solamente el mínimo para asegurar la validez de la celebración; la homilía en la santa misa pronunciada por los laicos; la costumbre de dar precedencia a los ministros extraordinarios de la Comunión en la distribución del Sacramento, mientras los ministros ordinarios, sobre todo el sacerdote celebrante y los concelebrantes, permanecen sentados; la costumbre de algunos ministros extraordinarios de conservar el santísimo Sacramento en sus casas antes de llevarlo a los enfermos; o la autorización dada por el párroco a algún familiar del enfermo para llevarle el Viático. Las disposiciones de la Instrucción *Ecclesia de mysterio,* junto con las normas canónicas sobre este tema[85], deberían ser tenidas en cuenta para instruir adecuadamente a los responsables y para asegurar una celebración eclesial de la Eucaristía.

Significado de las normas

57. Con la cuestión de la *instauratio* de la liturgia se relacionan las respuestas a los *Lineamenta* que se refieren al nuevo *ardo missae* y á la *Ordenación general del Misal romano,* que presentan las características de la liturgia de la Iglesia universal.

Las normas litúrgicas se pueden entender como una guía hacia el misterio. Los Padres sub-apostólicos fueron los primeros en establecer las normas y los cánones, con las célebres *Constitutiones* y *Didascaliae.* En su tiempo, por una parte, debían anunciar el misterio revelado en Jesús; y, por otra, debían con-

85 Cf. *Ecclesiae de Mysterio,* n. 8; *Código de derecho canónico,* cc. 767, § 1; 910, § 2, y 230, § 2.

trastar las concepciones mistéricas, alegóricas y esotéricas de los paganos.

Si las normas evocan la *apostolicidad* de la Eucaristía, las exige sobre todo la *santidad* del misterio celebrado: se debe tratar al Santísimo con la máxima reverencia. Puede decirse que para esto los presbíteros son consagrados, como recuerdan las palabras del obispo antes de la ordenación: «Por medio de tu ministerio, alcanzará su plenitud el sacrificio espiritual de los fieles, que por tus manos, en nombre de toda la Iglesia, será ofrecido sobre el altar, unido al sacrificio de Cristo, en celebración incruenta. Date cuenta de lo que haces e imita lo que conmemoras, de tal manera que al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor te esfuerces por hacer morir en ti el mal y procures caminar en una vida nueva»[86]. Algunas respuestas indican que la norma fundamental que debe cumplir el obispo y el sacerdote consiste en ayudar a los fieles a entrar en el misterio de la presencia del Señor.

58. Varias respuestas a los *Lineamenta* expresan algunos de los motivos que llevan a descuidar las normas: el escaso conocimiento de la historia y del significado teológico de los ritos, el deseo de novedad y la falta de confianza en la capacidad del rito de interpelar al hombre con el lenguaje de los signos. Algunas respuestas consideran que la inobservancia de las normas se debe a presumibles defectos internos de la *Ordenación general del Misal romano,* y mencionan, por ejemplo, las traducciones inadecuadas de los textos litúrgicos y la falta de precisión en las rúbricas, que dejan al celebrante la libertad de improvisar ciertas partes. En particular, se indica la necesidad de cuidar con gran atención la traducción de los textos litúrgicos, confiando el deli-

86 Pontifical Romano, *Rito de la ordenación episcopal, presbiteral y diaconal, 91..*

cado trabajo a especialistas bajo la supervisión de los obispos y con la aprobación de la competente Congregación de la Santa Sede.

Cuando se dan orientaciones doctrinales o normas es necesario tener presente un principio fundamental: del mismo modo que una excesiva valoración de la madurez de los fieles puede haber contribuido a crear dificultades prácticas en la introducción de la reforma, así también es necesario no subestimar la psicología popular o la capacidad de los fieles de aceptar la referencia a las verdades fundamentales.

Urgencias pastorales

59. Del conjunto de las respuestas a los *Lineamenta* se puede deducir el siguiente cuadro, en relación con las sombras en la celebración de la Eucaristía.

A la vez que se observa una actitud de desconfianza respecto de las rúbricas litúrgicas, se inventan otras rúbricas con la finalidad de promover cambios inspirados en ideologías o en desviaciones teológicas. A este respecto, no pocas iniciativas de este tipo provienen de movimientos y grupos que intentan renovar la liturgia.

A menudo se piensa que la afirmación de las normas universales, frecuentemente realizada por la Iglesia como expresión de la catolicidad, se contrapone a las celebraciones litúrgicas particulares de algunos movimientos eclesiales. Con respecto a esta cuestión, para evitar confusiones, se pide mayor claridad a las autoridades competentes de la Iglesia. Después de la introducción de las lenguas vernáculas, es necesario respetar la estructura del rito, único modo para subrayar de modo visible la unidad de la Iglesia católica de tradición occidental. Los fieles son bastante sensibles a eventuales cambios arbitrarios del rito.

En ciertos casos se nota que un exceso de intervenciones conduce a una manipulación de la misa, como cuando se sustituyen textos litúrgicos con otros textos extraños. Actitudes de este tipo crean frecuentemente conflicto entre el clero y los laicos, y también dentro del mismo presbiterio.

60. Con el fin de disipar estas sombras, en las mismas respuestas a los *Lineamenta* se hacen algunas sugerencias. Es necesario promover un renovado espíritu de oración, juntamente con una formación permanente más profunda del clero, con la finalidad de reforzar la actitud de humilde adhesión al espíritu y a la letra de las normas litúrgicas, para poder prestar un verdadero servicio al pueblo de Dios, llamado a dar gracias y a elevar súplicas a su Señor en el Espíritu Santo a través de la divina liturgia.

También es necesario estudiar a fondo los principios ya conocidos sobre el modo de integrar en las celebraciones litúrgicas elementos de las culturas locales, y eventualmente emitir nuevas instrucciones, más claras y precisas, a la luz de la reciente revisión de la *Ordenación general del Misal romano* y de las Instrucciones *Redemptionis sacramentum* y *Varietates legitimae* de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos.

Es necesario explicar a los fieles la verdadera dimensión de la fe eucarística. En la Eucaristía los fieles se alimentan con el *Cuerpo de Cristo resucitado.* El Señor resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, supera las dimensiones del espacio y del tiempo, y está realmente presente bajo las especies del pan y del vino en cada celebración eucarística en todo el mundo. Se trata, por tanto, del Cuerpo del Señor glorificado, transformado, Pan de los ángeles y de todos los hombres llamados a compartir la visión beatífica, en la comunión de los santos, en la adoración eterna de Dios, uno y trino.

Con una apropiada catequesis se deben eliminar posibles concepciones mágicas, supersticiosas o espiritistas de la Eucaristía. Esta catequesis puede ser muy oportuna en las misas de curación que se celebran en algunos países. Urge precaverse contra los sacrilegios de las hostias consagradas, que se usan en los ritos satánicos y en las llamadas misas negras.

Canto litúrgico

61. El pueblo de Dios, reunido en la casa del Señor, manifiesta la acción de gracias y la alabanza con las palabras, con la escucha, con el silencio y con el canto.

Diversas respuestas a los *Lineamenta* expresan el deseo de que el canto en la misa y en la adoración sea verdaderamente digno. Se nota la necesidad de asegurar que lo esencial del repertorio del canto gregoriano sea conocido por el pueblo. Dicho tipo de canto fue compuesto a medida del hombre de todos los tiempos y de todos los lugares, en virtud de su transparencia, de su discreción, de la agilidad de sus formas y de sus ritmos. Por ello, es necesario reconsiderar los cantos actualmente utilizados[87]. La música instrumental y vocal, si no posee al mismo tiempo el sentido de la oración, de la dignidad y de la belleza, se excluye a sí misma del ámbito sacro y religioso. Dicho ámbito exige la *bondad de las formas*, como expresión del verdadero arte, la correspondencia con los diversos ritos y la capacidad de adaptación a las legítimas exigencias, tanto de la inculturación como de la *universalidad*. El canto gregoriano responde a estas exigencias y por ello es el modelo en que es preciso inspirarse, como dijo el Papa Juan Pablo II[88]. Por tanto, es necesario promover, entre los mú-

87 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, instr. *Liturgiam authenticam*, 28 de marzo de *2001*, n. 108: *AAS* 93 *(2001)* 719.

88 Cf quirógrafo del Sumo Pontífice Juan Pablo II con ocasión del centenario del motu proprio «Tra le sollecitudini» sobre la música sagrada, 22 de noviembre de 2003, n. 12: *AAS* 96 *(2004)* 256 265.

sicos y los poetas, la composición de nuevos cantos, elaborados según los criterios litúrgicos, con un verdadero contenido catequístico sobre el misterio pascual, sobre el domingo y sobre la Eucaristía.

62. El uso de los instrumentos musicales ha sido también objeto de particular atención en diversas respuestas, con referencias a las orientaciones de la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre esta materia[89]. En este sentido, varias veces se alude, en la tradición latina, al valor del órgano, cuyo sonido tiene la capacidad de conferir solemnidad al culto y ayudar a la contemplación. En varias respuestas se menciona también la experiencia de la admisión de otros instrumentos musicales, con resultados positivos cuando, con el consentimiento de la autoridad eclesiástica competente, tales instrumentos se consideran adecuados para el uso sagrado, en armonía con la dignidad del templo, y eficaces para la edificación de los fieles.

En otras respuestas, en cambio se lamenta la pobreza de las traducciones en lengua corriente de los textos litúrgicos y de muchos textos musicales, que carecen de belleza y muchas veces son teológicamente ambiguos y, por tanto, pueden debilitar la doctrina y la comprensión del sentido de la oración. Particular atención dedica alguna respuesta a la música y al canto en las misas para los jóvenes. Sobre este tema, se señala la importancia de evitar aquellas formas musicales que no invitan a la oración, porque están sujetas a las reglas del uso profano. Algunos muestran demasiada ansiedad por componer nuevos cantos, como sucumbiendo a la mentalidad de la sociedad de consumo, sin preocuparse por la calidad de la música y del texto, descuidando fácilmente un insigne patrimonio artístico, que ha demostrado validez teológica y musical en la liturgia de la Iglesia.

89 Cf *Sacrosanctum Concilium, 120.*

Se recomienda igualmente que en los encuentros internacionales al menos la plegaria eucarística se rece en latín, para facilitar una adecuada participación de los concelebrantes y de cuantos no conozcan la lengua local, como oportunamente sugiere la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia[90].

En cualquier caso, es motivo de satisfacción constatar que en algunas naciones existe una sólida tradición de cantos religiosos para cada período del Año litúrgico: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua. Dichos cantos, conocidos y cantados por el pueblo, favorecen el recogimiento y ayudan a vivir con notable participación espiritual las celebraciones del misterio de la fe en cada uno de los períodos litúrgicos. Es de desear que esta positiva experiencia se difunda también en otras naciones y contribuya a aumentar la devoción de los fieles en los tiempos fuertes del Año litúrgico, ayudándoles a percibir el mensaje a través de la música y de las palabras.

Decoro del lugar sagrado

63. En los *Lineamenta* se menciona también la función del *arte*. El decoro de todo lo que se refiere a la celebración de la Eucaristía manifiesta la fe en el misterio y contribuye eficazmente a mantenerla viva, tanto en los ministros sagrados como en los fieles. Esta actitud se puede expresar tanto en la adecuada ordenación del espacio sacro, como en una apropiada colocación del sagrario y de la sede, así como también en la atención dispensada a ciertos particulares, como la limpieza, los objetos usados en la decoración y las flores frescas. En efecto, para la formación de los fieles en la doctrina eucarística es importante no sólo lo que escuchan, sino también lo que ven. Por el contrario, el descuido demuestra que la fe es débil.

90 Cf. *ib.*, 54.

La tradición de la Iglesia ha tomado de la Biblia la distinción del área reservada a los ministros sagrados: esa área es signo elocuente de que es el Señor quien admite a su servicio, quien elige a sus ministros. Las Iglesias orientales, con la delimitación del santuario, y las occidentales, con el área presbiteral, han conservado la distinción. Tal distinción atestigua que en la liturgia se manifiesta el pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, bien dispuesto para la participación activa. El altar es la parte más santa del templo y se encuentra elevado para indicar la obra de Dios, que es superior a todas las obras del hombre. El mantel que lo reviste indica la pureza necesaria para recibir a Dios. El altar es dedicado solamente a Dios, como el templo mismo, y no se puede usar para otras finalidades.

64. En las respuestas se nota la preocupación de que con bastante frecuencia las iglesias se utilizan con fines profanos, como conciertos y actividades teatrales, no siempre de índole religiosa. La liturgia de la dedicación de la Iglesia recuerda que la comunidad ofrece el templo totalmente al Señor, y por consiguiente no puede destinarlo a un uso diverso de aquel para el que ha sido consagrado.

Se señalan otros fenómenos opuestos a la mencionada tradición de la Iglesia, que oscurecen el sentido de lo sagrado y la trascendencia del misterio. Por ejemplo, muchas iglesias nuevas, y también algunas antiguas, después de intervenciones de reestructuración, muestran como criterio fundamental del proyecto arquitectónico la cercanía de los fieles respecto del altar, con la finalidad de asegurar una buena visión y una mayor comunicación entre el celebrante y la asamblea. También la tendencia a cambiar de lugar el altar, acercándolo al espacio destinado a los fieles, elimina en la práctica el área presbiteral y deriva de la misma concepción. De este modo se obtiene una mejor comunicación, pero no siempre se salvaguarda suficientemente el sentido de lo sagrado, que es también parte esencial de la celebración litúrgica.

Otras respuestas muestran algunos signos alentadores. Siguiendo las líneas de la *Ordenación general del Misal romano* se han puesto en marcha diversas iniciativas para que el espacio sagrado de las iglesias ya existentes o de las que están en construcción sea un verdadero lugar de oración y adoración, donde el arte y la iconografía sean instrumentos al servicio de la liturgia. Así, por ejemplo, se han vuelto a colocar en algunas iglesias los reclinatorios y se ha reanudado entre los fieles la práctica de arrodillarse durante la plegaria eucarística; donde no era claramente visible, el sagrario ha sido colocado nuevamente en el santuario o en un lugar destacado; los nuevos proyectos de iglesias ponen más atención al arte, a la decoración, a los objetos y a los ornamentos sagrados. De este modo, se trata de armonizar la cercanía del celebrante al pueblo y el carácter sagrado del misterio de Dios, al mismo tiempo presente y trascendente.

Capitulo II

Adorar el misterio del Señor

«Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 P 3, 15)

De la celebración a la adoración

65. La adoración es la actitud adecuada del celebrante y de la asamblea litúrgica frente a Dios omnipotente, que se hace realmente presente en el sacramento de la Eucaristía. Frecuentemente, esa actitud se prolonga también después de la santa misa, de varios modos propios de la Iglesia católica.

Dios busca al hombre y este desea verlo. «Dice de ti mi corazón: "Busca su rostro". Si, Señor, tu rostro busco: no me ocultes tu rostro» (*Sal* 26, 8-9). El cristianismo no es sólo la religión de la es-

cucha sino también de la vista. Viendo a Jesús se ve a Dios Padre (cf. *Jn* 14, 9). Dios asume la naturaleza humana para compartir nuestra vida. La carta de san Pablo a los Filipenses ofrece una visión particular sobre este misterio que nosotros indicamos con el término *kénosis*, es decir, el Hijo se vacía de la gloria que le es debida, para participar de la naturaleza humana: «El cual (Cristo Jesús), siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios...» *(Flp* 2, 6). En cierto sentido, esta *kénosis* continúa en la Eucaristía, si bien en ella está presente el cuerpo resucitado y glorioso del Señor. Pero lo paradójico consiste en que Jesús de Nazaret revela a Dios en la plenitud de su humanidad: «El que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado» *(Jn* 12, 45), como dijo a los judíos, sintetizando en una frase la profunda verdad de la fe cristiana. El Dios que se hace hombre suscita reacciones en la esfera del conocimiento, como el ver, el tocar, el escuchar, el contemplar (cf. *1 Jn* 1, 1-2). En una palabra, la revelación de Jesús establece una relación que implica a los sentidos como facultad de mediación del conocimiento. Ver y escuchar constituyen un binomio esencial para la religión cristiana. A Jesús de Nazaret no sólo se le puede escuchar; también se le debe ver.

Jesús es imagen del Dios invisible (cf. *Col* 1, 15). El término *eikon* está cargado de sentido histórico, porque no reduce a puro símbolo lo que él representa. Para la cultura griega en general, *eikon* indicaba el retrato. Sin embargo, un retrato sólo es creíble cuando representa un rostro real, concreto e histórico, sin dejar espacio a la fantasía.

Se vuelve al tema del rostro, es decir, a la expresión personal, que expresa la identidad mejor que cualquier otra. El rostro de Jesús, en el que se refleja Dios, es al mismo tiempo imagen de toda la humanidad redimida y salvada, habiendo sido él mismo «probado en todo igual que nosotros» *(Hb* 4, 15). Esto ya permite comprender por qué el cristianismo no puede contarse solamente entre las religiones del Libro.

La Eucaristía genera un culto completo, al ser simultáneamente sacrificio, memorial y banquete, e invita a la contemplación. Por tanto, debe superarse la dificultad psicológica que lleva a interpretar erróneamente la adoración y la reverencia como una forma anómala de la liturgia, y consiguientemente a quitar valor a las acciones de culto a la Eucaristía, como la exposición del santísimo Sacramento y la bendición eucarística.

Actitudes de adoración

66. Entre los problemas más graves y generalizados en los países occidentales, y en los otros continentes, donde a veces algunos agentes pastorales han importado ciertas costumbres, se puede citar sobre todo la crisis de la oración y la reducción de la celebración de la Eucaristía a un precepto o a una simple asamblea.

Las respuestas a los *Lineamenta* piden que se promueva la oración en sentido pleno y completo, como don, alianza y comunión[91], con sus formas de bendición, adoración, alabanza, acción de gracias, súplica, expiación e intercesión. Sin una oportuna catequesis sobre el tema, los fieles no podrán beneficiarse de la savia que brota de la liturgia, *regula fidei* a través de los signos sagrados.

La petición de promover la dedicación de un tiempo y de un espacio a la adoración y a la meditación es muy frecuente en las respuestas. En efecto, el hombre de hoy, sometido al ritmo frenético de la vida moderna, necesita detenerse, pensar y orar. Varias religiones, sobre todo en Oriente, proponen la meditación según las características de la propia tradición religiosa particular. También frente a este desafío, los cristianos deben redescubrir la belleza de la adoración, la oración personal y comunitaria, el

91 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 2559-2565.

silencio y la meditación, que en el cristianismo es un encuen tro personal del hombre con Dios, Trinidad santísima, con Jesucristo resucitado presente en la Eucaristía, por la fuerza del Espíritu Santo, para alabanza de Dios Padre.

Se propone que se vuelvan a instituir las cofradías del Santísimo Sacramento, adaptándolas a las exigencias y necesidades del hombre contemporáneo en su continua búsqueda de Dios.

Se pide una nueva presentación de los motivos teológicos y espirituales de la adoración, entendida como preparación a la santa misa, como la actitud adecuada para celebrar los santos misterios y como acción de gracias por el don de la Eucaristía. A este respecto, se propone que se vuelvan a instituir las cofradías del Santísimo Sacramento, adaptándolas a las exigencias y necesidades del hombre contemporáneo en su continua búsqueda de Dios. Además, se sugiere fomentar la adoración eucarística entre los sacerdotes. Por otra parte, cada parroquia podría organizar un día solemne de exposición del santísimo Sacramento, de modo que en las diócesis, sobre todo en las más grandes, cada semana el pueblo de Dios pudiera adorar a Cristo en la Eucaristía en una de las parroquias. Una renovación de la práctica de la bendición con el Santísimo, donde esta costumbre haya sido abandonada, sobre todo el domingo por la tarde, podría ayudar a aumentar la devoción eucarística. También se pueden rezar las Vísperas, o las Laudes, ante el Santísimo expuesto. Donde se celebran varias misas, por ejemplo durante la tarde en algunas parroquias de la ciudad, se podría introducir una hora de adoración entre una y otra misa.

Además, es necesario sostener otras formas de devoción eucarís-

tica, como la adoración del Jueves santo, las procesiones con el Santísimo, sobre todo en la solemnidad del *Corpus Christi*, la visita eucarística, las Cuarenta Horas, la oración comunitaria con el Santísimo expuesto. Estos actos, según las indicaciones del Magisterio, introducen a los fieles en la oración de reparación por las ofensas, sobre todo, al santísimo Sacramento[92]. Y también sería oportuno valorar debidamente las expresiones de la *piedad popular* relacionadas con la Eucaristía, como los cantos, los arreglos florales, las decoraciones.

67. La oración comienza con el *silencio*, que ayuda a tomar conciencia de estar en la presencia del Señor, que habla al corazón e interpela en la gran plegaria de la liturgia o en la adoración eucarística fuera de la misa. En este diálogo, se realizan acciones externas que son gestos religiosos: la señal de la cruz, los movimientos de las manos, las genuflexiones, las reverencias, la postura del cuerpo (de pie o sentado), las procesiones y otros gestos[93]. Muchas respuestas a los *Lineamenta* exhortan a una catequesis sobre estos gestos externos, que adquieren autenticidad en la medida en que se realizan con mayor conciencia.

Los sacerdotes y los fieles manifiestan la fe y la adoración a través de los gestos del cuerpo según las indicaciones de los libros litúrgicos o según la tradición. Se pueden adaptar esos gestos según la cultura, con tal que expresen la veneración y el amor hacia el misterio de la Eucaristía.

92 Cf Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, 8 de mayo de 1928: *AAS* 20 (1928) 169; *Haurietis Aquas*, 15 de mayo de 1956: *AAS* 48 (1956) *350-352*; PABLO VI, *Mysterium fidei*, 3 de septiembre de 1965: *AAS* 57 (1965) 769-770; SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS, instr. *Eucharisticum Mysterium*, 58-67.

93 Cf. ROMANO GUARDINI, *Lo spirito della liturgia. I santi segni*, Morcelliana, Brescia, 1930, pp. 133 ss.

En la espera del Señor

68. Jesús resucitado es «el Primogénito de entre los muertos» (*Col* 1, 18). Estas palabras del apóstol san Pablo expresan la verdad revelada según la cual la muerte no es para el cristiano el final de todo, sino, al contrario, la puerta de entrada en una vida plena y misteriosa, caracterizada por una íntima y directa relación con el Señor y, consiguientemente, por una felicidad que supera radicalmente toda expectativa.

Sin embargo, no se puede olvidar que ciertos factores culturales tienden a eliminar toda perspectiva más allá de la muerte, mientras la reivindicación de la total autonomía ética del hombre hace inaceptable, o en todo caso irrelevante, la idea del premio o del castigo por nuestros comportamientos morales, que corresponderían después de la muerte.

En varias respuestas se considera inadecuada la catequesis que hoy en día se desarrolla sobre la verdad escatológica de la Eucaristía. El *Catecismo de la Iglesia católica* dedica a este tema un título: «La Eucaristía, *pignus futurae gloriae*»[94] goce anticipado del banquete del reino de Dios y manifestación de la comunión de los santos. Naturalmente, esta anticipación no proviene de la vida en el mundo, como lo expresa esta oración: «Lleva a su término en nosotros, Señor, lo que significan estos sacramentos, para que un día poseamos plenamente cuanto celebramos ahora en estos ritos sagrados»[95].

69. La tensión escatológica se puede explicar como la irrupción en el hoy litúrgico de Aquel que es, que era y que vendrá. El, el Resucitado y el Viviente, está siempre presente. Por eso, la Euca-

94 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1402-1405.
95 *Misal romano*, Oración después de la comunión, XXX Domingo del tiempo ordinario.

ristía es el sacramento de la presencia de Aquel que dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20). Algunas respuestas a los *Lineamenta* reconocen que no se resalta suficientemente este aspecto, salvo en la liturgia de la misa de exequias y en las misas de los días 1 y 2 de noviembre, o en alguna otra oración por los difuntos en los textos de la misa.

Muchos son conscientes de que la Eucaristía es fuente de comunión con los difuntos y los santos, pero no como goce anticipado del banquete celeste. Por ello, conviene tener presente que, si bien la comunión con los santos se celebra a lo largo de todo el Año litúrgico, todo el mes de noviembre seria una óptima ocasión para celebrarla con la intercesión por los fieles difuntos.

Acerca del nombre de los difuntos, que se mencionan durante la santa misa, a pesar de las normas específicas al respecto, no pocas respuestas indican abusos, que van desde el rechazo a cualquier tipo de mención del nombre hasta la repetición excesiva del mismo.

Sin embargo, las mismas respuestas proponen algunas orientaciones para dar más relieve a la dimensión escatológica del misterio eucarístico: la oración dirigida *hacia Oriente,* cuando sea posible; una adecuada presentación del vínculo que une la presencia real de Cristo en la Eucaristía y la adoración eucarística, a través de la cual pedimos alcanzar la plenitud de su presencia cuando él nos introduzca en el banquete escatológico a final de los tiempos, como se recuerda en las anáforas: «Mientras esperamos su gloriosa venida»[96]. La Eucaristía es medicina de inmortalidad porque previene como antídoto el pecado y, liberando de los pecados veniales, introduce en el alma la fuerza de la gracia que santifica y prepara para la vida eterna, con la invocación dirigida al Señor que viene: «*Marana tha*» (*1 Co* 16, 22; cf. *Ap* 22, 20).

96 *Ib.*, Plegaria eucarística III y IV.

Eucaristía dominical

70. Las respuestas invitan a tratar con más atención la celebración de la Eucaristía en el *Dies Domini*, día sagrado para la vida de la Iglesia, para la comunidad de fe y para todos y cada uno de los creyentes. En este contexto debe destacarse la importancia de la comunidad que se reúne para la celebración, porque el Señor se hace presente en medio de ella. Sin la fe no podríamos ni hablar del Día del Señor ni vivirlo. El domingo ayuda a ver el mundo a la luz de la Eucaristía. La misa es el sacrificio de Cristo que cambia el mundo y pide a la Iglesia que también ella se transforme en ofrenda, abriéndose a todos.

La Eucaristía es también fuente de una cultura del perdón, hoy tan difícil. Durante la celebración eucarística se repite varias veces la petición de perdón para renovar la vida. El Papa Juan Pablo II, además, invitaba a ver como «una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía»[97] el hecho de sembrar una semilla de viva esperanza en el compromiso cotidiano, de crear nuevos signos en el mundo, para poder decir que se vive de la Eucaristía.

El Día del Señor es también el día de la solidaridad y del compartir con los pobres, pues la Eucaristía es vínculo de fraternidad y fuente de comunión. En efecto, «desde la misa dominical surge una ola de caridad destinada a extenderse a toda la vida de los fieles, comenzando por animar el modo mismo de vivir el resto del domingo»[98].

71. Sin la misa dominical no se alimenta la fe mediante el encuentro con el Señor y no se escucha la palabra de Dios, ni se vive la realidad comunitaria de la Iglesia. Para muchos el único contacto con la Iglesia es el de la misa dominical, por eso, su fe

97 *Ecclesia de Eucharistia*, 20.
98 *Dies Domini*, 31 de mayo de 1998, n. 72: *AAS* 90 (1998) 757-758.

se encuentra vinculada a este momento. Si el cristiano falta a la misa dominical, gradualmente se distancia de Cristo. En la promoción del respeto del Día del Señor deben participar todos los miembros del pueblo de Dios, especialmente el clero, las personas consagradas, los catequistas y los miembros de los movimientos eclesiales. La asamblea sinodal debería ayudar a redescubrir el profundo sentido teológico y espiritual del domingo como Día del Señor, favoreciendo su celebración, la cual, a su vez, tendrá consecuencias muy positivas para los fieles, para sus familias y para toda la comunidad.

En efecto, dedicando tiempo al Señor, cada domingo y en los días de precepto, el hombre, como persona y como miembro de una familia, redescubre la jerarquía de los valores a los cuales adaptar su existencia, aprovechando, en unión con Dios, su Creador y Redentor, el tiempo libre para dedicarse al ejercicio de sus capacidades humanas y cristianas para el bien de toda la sociedad. Por ello, es importante salvaguardar el domingo como día no laborable, sobre todo en los países con raíces cristianas.

Varias respuestas a los *Lineamenta* expresan el deseo de que se den orientaciones pastorales para motivar a los fieles a participar en la Eucaristía, sobre todo el domingo. En la celebración del Día del Señor, los fieles, a menudo turbados por varios problemas personales, familiares y sociales, insertados en una asamblea acogedora, podrán hallar en la Eucaristía, fuente de luz, de paz y de consuelo espiritual, la fuerza necesaria para transformar su vida y el mundo según los designios de Dios Padre en Cristo Jesús.

Al mismo tiempo, se siente la necesidad de garantizar la celebración de la santa misa al máximo número posible de fieles, de afirmar las disposiciones esenciales para recibir dignamente la Eucaristía, es decir, estar en estado de gracia y cumplir con el ayuno, así como también de acompañar pastoralmente a aque-

llos que viven en condiciones morales que no les permiten recibir la Comunión sacramental.

En este último contexto, se sugiere la presentación sintética de la doctrina sobre la comunión espiritual o de deseo, que se fundamenta sobre los privilegios concedidos por el Bautismo y es la única forma de comunión a la que muchos pueden acceder, a causa de la falta objetiva o subjetiva de las condiciones para la Comunión sacramental. La comunión espiritual, por ejemplo, está siempre al alcance de las personas ancianas o enfermas que manifiesten así el amor hacia la Eucaristía, participando en la comunión de los santos con gran beneficio espiritual para ellos mismos y para la Iglesia, que de este modo se enriquece con los sufrimientos ofrecidos a Dios. Así se añade lo que falta a la pasión de Jesucristo por su Cuerpo, la Iglesia (cf. *Col* 1, 24), y se proclama el «evangelio del sufrimiento»[99], que el Maestro entregó a los discípulos con su sacrificio, cuyo memorial es la Eucaristía.

Ayudar a redescubrir el sentido gozoso de la celebración eucarística dominical es uno de los muchos desafíos pastorales que afronta la Iglesia en el mundo de hoy, siempre inclinado a concebir la fiesta sólo como un momento de diversión superficial y no como un momento de comunión y de celebración. Otro desafío igualmente exigente es el de promover el interés por la participación de las familias en la santa misa. De este modo, la familia, *iglesia doméstica,* ensancha sus horizontes cristianos y, en comunión con otras familias, descubre que es parte viva de la gran familia de Dios, la Iglesia católica.

Por último; la celebración dominical de los católicos se transforma en un signo distintivo para ellos, particularmente en los paí-

99 Cf. *Salvifici doloris,* 11 de febrero de 1984, nn. 25-27: *AAS* 76 (1984) 235242.

ses en los que constituyen una minoría. Orando juntos y reflejando luego ese espíritu en las obras de caridad, se contribuye al mejoramiento de la sociedad, sobre todo en las naciones donde prevalece tradicionalmente una concepción individualista de la relación entre el hombre y la divinidad.

Parte IV

La Eucaristía en la misión de la Iglesia

Capítulo I

Espiritualidad eucarística

«Permaneced en mí como yo en vosotros.
Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (Jn 15, 4)

Eucaristía, fuente de la moral cristiana

72. La metáfora del evangelio de san Juan incluida en el discurso de la última Cena adquiere un significada no sólo eclesial sino también, moral, puesto que la vida de la gracia, recibida a través de la Eucaristía, es garantía de la verdadera comunión eclesial y también de una vida moral caracterizada por las buenas obras y por la rectitud en el obrar, propia de quien está vitalmente unido a Cristo.

No pocas respuestas a las *Lineamenta* insisten en el sentida personal y eclesial de la Eucaristía en relación con la vida moral, la santidad y la misión en el mundo. La presencia y acción permanente del Espíritu Santo, don del Señor resucitado, recibida

mediante la Comunión, es la fuente del dinamismo de la vida espiritual, de la santidad y del testimonio de las fieles.

Por tanto, la Eucaristía y la vida moral son inseparables, ya sea porque alimentándose del santo Sacramento se obtiene la transformación interior, ya sea porque a Jesús-Eucaristía tiende el hombre renacido en el bautismo a la vida según el Espíritu, nueva vida moral, que no es según la carne. La Eucaristía refuerza verdaderamente el sentida cristiano de la vida, puesto que su celebración es un servicio a Dios y a los hermanos e impulsa a dar testimonio de los valores evangélicos en el mundo. Así, las tres dimensiones de la vida cristiana, *liturgia-martyria-diakonia,* manifiestan la continuidad entre el Sacramento celebrado y adorado, el compromiso de ser testigos de Cristo en medio de las realidades temporales y la comunión construida a través del servicio de la caridad, sobre todo en favor de las pobres.

73. Varias respuestas han insistido en la relación entre Eucaristía y vida moral, evidenciando una notable conciencia de la importancia del compromiso moral derivado de la comunión eucarística. Hay alusiones al hecho de que muchos se acercan al Sacramento sin haber reflexionado suficientemente sobre la moralidad de su vida[100]. Algunos reciben la Comunión aun negando las enseñanzas de la Iglesia o sosteniendo públicamente opciones inmorales, como el aborto, sin pensar que están cometiendo un acto de grave deshonestidad personal y causando escándalo. Además, existen católicos que no comprenden por qué es pecado sostener políticamente a un candidato abiertamente favorable al aborto o a otros actos graves contra la vida, la justicia y la paz. De esta actitud resulta evidente, entre otros aspectos, que está en crisis el sentido de pertenencia a la Iglesia y que no es clara la distinción entre pecado venial y mortal.

100Cf. *Familiaris consortio,* 22 de noviembre de 1981, nn. 79-85: *AAS* 74 (1982) 180-187.

En muchas respuestas se observa que ciertos católicos no se distinguen mucho de otras personas puesto que, también ellos, ceden a la tentación de la corrupción, en sus diversas expresiones y niveles.

A menudo se separan las exigencias específicas de la vida moral de la misión de la Iglesia como maestra de vida, de modo que se considera necesario filtrar sus enseñanzas a través de la conciencia individual. En otros ámbitos, los pastores se han comprometido a clarificar por qué es contradictorio invocar la libertad de conciencia o la libertad religiosa como criterio para no prestar atención a las enseñanzas de la Iglesia. Se insiste en el deber de los fieles de buscar la verdad y de tener una conciencia recta.

Muchos, sin embargo, tratan de insertar la Eucaristía en la propia vida y de considerarla como fuente de fuerza para vencer el pecado. Esto tiene lugar especialmente en las parroquias, donde hay una fuerte presencia de varios ministerios, de organizaciones caritativas, de grupos de oración y de asociaciones laicales.

74. Las respuestas a los *Lineamenta* ofrecen también algunas sugerencias para superar la dicotomía entre la enseñanza de la Iglesia y la actitud moral de las fieles. En primer lugar, se señala la conveniencia de dar cada vez más relieve a la necesidad de la santificación y de la conversión personales, y de destacar aún más la unidad entre la enseñanza de la Iglesia y la vida moral. Además, es preciso estimular continuamente a los fieles a tomar conciencia de que la Eucaristía es fuente de la fuerza moral, de la santidad y de todo progreso espiritual. Finalmente, se considera de fundamental importancia poner de manifiesto en la catequesis el vínculo entre la Eucaristía y la construcción de una sociedad justa, a través de la responsabilidad personal de cada uno en la participación activa de la misión de la Iglesia en el mundo. En este sentido, tienen especial responsabilidad los católicos que ocupan cargos relevantes en política y en varias actividades sociales.

La Iglesia espera mucho de sus jóvenes, cada vez más atentos a la Eucaristía, valioso tesoro, fuente inagotable para la renovación de la vida de la Iglesia y para la esperanza del mundo. Por tanto, no sorprende que el tema elegido para la Jornada mundial de la juventud, que se celebró en Colonia del 16 al 21 de agosto de 2005 -«Hemos venida a adorarlo» (*Mt* 2, 2)- tenga también un profundo significado eucarístico. Merece especial atención la válida aportación que este importante acontecimiento da a la reflexión sinodal. A este respecto, el Papa Juan Pablo II dijo: «La Eucaristía es el centro vital en torno al cual desea que se reúnan las jóvenes para alimentar su fe y su entusiasmo»[101]. Por ello, con razón se sugiere que también en las escuelas católicas se dé más importancia a la educación de las jóvenes generaciones en la fe y, en particular, a la espiritualidad eucarística.

La Eucaristía, que es presencia del Cuerpo y Sangre de Jesucristo resucitado, conduce a la perfección y a la santidad en la vida cristiana. Para alcanzar ese ideal es necesaria la gracia de Dios, la buena disposición de los creyentes y una permanente catequesis para cada grupo de personas.

Personas y comunidades eucarísticas

75. La Eucaristía muestra su eficacia a través de los frutos de vida nueva en esta tierra, frutos de santificación y divinización, es decir, de vida eterna. En este sentido, la Eucaristía se revela como sacramento de alta espiritualidad.

Muchas respuestas registran un positivo desarrollo de la espiritualidad eucarística. En efecto, en muchos lugares está teniendo lugar en estos últimos tiempos una renovación de la adoración al santísimo Sacramento. Al respecto, se alude a un aumento de la devoción eucarística en las iglesias parroquiales y en las recto-

101 *Mane nobiscum Domine*, 4.

rías, como lo demuestran el tiempo dedicado a la adoración eucarística y la institución de capillas especiales con esa finalidad. Se sigue participando en la procesión del *Corpus Christi,* así como también se promueve la liturgia de las horas ante el Sacramento expuesto. No menos importante es, en este sentido la devoción impulsada por los nuevos movimientos. Donde existe una real formación catequística y litúrgica, los fieles perciben claramente la diferencia entre la santa misa y las otras celebraciones litúrgicas o prácticas de devoción, participando devotamente en todas las iniciativas eucarísticas propuestas por sus pastores. En general, se puede decir que con todas estas prácticas se alimenta la devoción, que puede percibirse como la propia entrega, en espíritu, alma y cuerpo, al Señor.

Sin embargo, hay respuestas que indican algunos aspectos menos alentadores: el abandono de la práctica de la bendición eucarística; el cierre de las iglesias, a veces, por temor a robos, durante gran parte de la jornada, impidiendo la adoración eucarística privada de los fieles; la colocación del sagrario en lugares poco relevantes o apartados, difíciles de descubrir, por lo cual la mayoría de los fieles al entrar en la iglesia no se dan cuenta de la presencia del santísimo Sacramento y abandonan la intención de rezar; el debilitamiento de la costumbre de visitar al Santísimo para la oración personal y la meditación; la carencia de una catequesis que enseñe la distinción entre la santa misa y las otras celebraciones litúrgicas o prácticas de devoción; una visión demasiado individualista de la misa, que impide apreciar debidamente la dimensión comunitaria del sacrificio eucarístico.

76. Son varias las respuestas a los *Lineamenta* que proponen la difusión de una mayor conciencia de la dimensión eclesial de la Eucaristía, que supere todo tipo de individualismo; y también una renovación de la espiritualidad eucarística, que presente el Sacramento como comienzo de la redención del mundo, integrando también la devoción a Cristo resucitado.

Se pone de manifiesto la necesidad de promover adecuadamente el conocimiento de la vida de los santos y beatos que han sido modelos de espiritualidad y de vida eucarística, haciéndose eco de la sugerencia contenida en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*[102]. Los santos nos enseñan a poner la Eucaristía en el centro de la vida cristiana, a adorar la presencia del Señor en el santísimo Sacramento, a alimentarnos del Pan de vida, que nos sostiene en nuestro camino hacia la patria celeste. Para todos los santos la Eucaristía es el centro y el fulcro de la vida espiritual, pero son también numerosos los santos que han desarrollado una espiritualidad propiamente eucarística: san Ignacio de Antioquía, san Tarsicio, san Juan Crisóstomo, san Agustín, san Antonio Abad, san Benito, san Francisco de Asís, santo Tomás de Aquino, santa Catalina de Siena, santa Clara de Asís, san Pascual Bailón, san Pedro Julián Eymard, san Alfonso María de Ligorio, el venerable Carlos de Foucauld, san Juan María Vianney, el beato José Bilczewski, el beato Iván Merz, la beata Teresa de Calcuta, por citar sólo algunos ejemplos de una larga lista[103].

María, mujer eucarística

77. Entre todos los santos sobresale la santísima Virgen María, modelo de santidad y de espiritualidad eucarística. Según la viva tradición eclesial, su nombre se recuerda con veneración en todos los cánones de la santa misa y con particular énfasis en las Iglesias orientales católicas. Varias respuestas sugieren que se especifique mejor la posición de la santísima Virgen María dentro de la liturgia eucarística.

102 Cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 25 y 62.

103 La relación entre Eucaristía, santidad y santificación fue el tema de un simposio organizado por la Congregación para las causas de los santos, durante el cual se puso de relieve la riqueza del tesoro de la espiritualidad eucarística presente en la vida de los santos. CL «Eucaristía, santidad y santificación», Actas del simposio celebrado en el Vaticano, los dias 6 y 7 de diciembre de 1999, Librería Editora Vaticana, 2000.

María está tan unida al misterio eucarístico que con razón ha merecido ser definida «Mujer eucarística» en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*[104]. En la existencia de María de Nazaret se manifiesta de modo sublime no sólo la exclusiva relación entre la Madre y el Hijo de Dios, el cual tomó cuerpo y sangre de su cuerpo y de su sangre, sino también la íntima relación que vincula la Iglesia a la Eucaristía, puesto que la santísima Virgen es modelo y figura de la Iglesia, cuya vida y misión tienen su fuente y su cumbre en el Cuerpo y la Sangre del Señor Jesucristo.

La orientación eucarística de María deriva de una actitud interna que determina toda su vida, más que de la participación activa en el momento de la institución del Sacramento. Su existencia, que tiene un profundo sentido eclesial, asume también esta nota eucarística. María vivió con espíritu eucarístico aun antes de que este sacramento fuera instituido, por el hecho de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. Durante nueve meses ella fue el sagrario vivo de Dios. Después, realizó un gesto eucarístico, y al mismo tiempo eclesial, cuando presentó al Niño Jesús a los pastores, a los Magos y al sumo sacerdote en el templo, pues ofreció el Fruto bendito de su seno al pueblo de Dios y también a los gentiles para que lo adoraran y lo reconocieran como el Mesías. Un acto análogo fue su presencia y su solícita intercesión en Caná, en la hora del primer signo que el Hijo realizó ofreciéndose a través de un milagro. Otro gesto similar realizó la Virgen Madre al pie de la cruz, participando en los sufrimientos de su Hijo y acogiendo en sus brazos el cuerpo y depositándolo en la tumba como una semilla escondida de resurrección y de vida nueva para la salvación del mundo. Fue también un ofrecimiento de índole eucarística y eclesial su presencia durante la efusión del Espíritu Santo, primer don del Señor resucitado a la Iglesia naciente.

104 Cf. *Ecclesia de Eucaristia*, 53.

La Virgen María tuvo conciencia de haber concebido a Cristo para la salvación de todos los hombres. Esa conciencia se hace más evidente en su participación en el misterio pascual, cuando su Hijo, con las palabras «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (*Jn* 19, 26), le encomendó, a través del apóstol san Juan, a todos los fieles. Como la Virgen María, también la Iglesia hace presente al Señor Jesús por la celebración de la Eucaristía y lo ofrece a todos para que tengan vida en abundancia (cf. *Jn* 10, 10).

Capítulo II

Eucaristía y misión de evangelización

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 19-20)

Actitud eucarística

78. El compromiso misionero de evangelizar a todos los pueblos, encomendado por Jesús a los discípulos, tiene su fundamento en el Bautismo, sacramento que abre el camino a una nueva vida marcada por el carácter indeleble de hijos de Dios. Ese compromiso abarca la formación de las conciencias según un estilo de vida evangélico centrado en el anuncio de la buena nueva y en el mandamiento nuevo del amor, cuya cumbre y fuente inagotable es la Eucaristía.

Las respuestas a los *Lineamenta* ponen de manifiesto que en todas partes se espera un renovado impulso de evangelización porque el tiempo lo exige. El número de bautizos de adultos y de adhesiones a la Iglesia crece. Pero todavía hay muchos que nece-

sitan conocer a Cristo y su Evangelio, así como también hay muchos otros que, aun conociéndolo, necesitan crecer en la fe que profesan. A todos ellos se dirige hoy el compromiso de la nueva evangelización. El Papa Juan Pablo II usó por primera vez esta expresión, explicando al mismo tiempo su significado. En efecto, quería decir que la evangelización debía ser «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»[105]. Así, mientras con esta definición se aludía a una novedad de gozoso testimonio en la actitud de los evangelizadores, al mismo tiempo se afirmaba el perenne e inmutable contenido de la buena nueva, que es el mismo Jesucristo, presentado nuevamente de modo adecuado al hombre contemporáneo. Este nuevo impulso de evangelización, que se puede aplicar también al primer anuncio del Evangelio, se alimenta de la Eucaristía, la cual en medio de los mutables avatares de la historia, permanece perennemente como fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia.

La Eucaristía siempre ha dado fuerza a las opciones y a los comportamientos éticos y morales de los creyentes, encontrando buena acogida en la filosofía, en el arte, en la literatura e incluso en las instituciones civiles y las leyes, contribuyendo a modelar el rostro de toda una civilización, en la vida personal y familiar, en la vida cultural, política y social. La Eucaristía mueve a los cristianos a comprometerse en favor de la justicia en el mundo de hoy: «La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, el *proyecto.* En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. (...) Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive -en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida-, significa, además, testimoniar que *la realidad humana no se justifica sin referirla al Creador.*

105 *Alocución* del Papa Juan Pablo II al Consejo episcopal latinoamericano en Puerto Príncipe, 9 de marzo de 1983, III: *AAS* 75 (1983) 777-779:

"Sin el Creador la criatura desaparece"»[106]. Todo esto se define «actitud eucarística», que debe llevar a los cristianos a testimoniar con más fuerza la presencia de Dios en el mundo, a no tener miedo de hablar de Dios y mostrar con la frente alta los signos de la fe, en el testimonio y en el diálogo con todos. Por ello, la «cultura de la Eucaristía», que se debe promover y difundir, es la consigna especial del Año de la Eucaristía[107].

Implicaciones sociales de la Eucaristía

79. Un efecto esencial de la Comunión eucarística es la caridad, que debe penetrar la vida social. El concilio Vaticano II y el Papa Pablo VI hablaron de las diversas presencias de Cristo[108]: es necesario ayudar a los cristianos a percibir lo que significa, desde la fe, la conexión que existe entre Cristo en la Eucaristía y Cristo presente en los hermanos y hermanas, especialmente en los pobres y en los marginados de la sociedad.

El amor a los pobres y a los marginados no sólo fue objeto de la predicación de Jesús, sino que dio sentido a toda su vida. La solución de los problemas, grandes y pequeños, de la humanidad está en el amor, no en el amor débil y retórico, sino en el amor que nos enseña Cristo en la Eucaristía, amor que se ofrece, se difunde, se sacrifica. Es necesario orar para que Cristo venza nuestras resistencias humanas y haga de cada uno de nosotros un testigo creíble de su amor.

El tema del XLVIII Congreso eucarístico internacional -«La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio»- quiso confirmar que Cristo, al ser la luz del mundo, debe iluminarlo en el nuevo milenio con la fuerza de una vida renovada según la lógica del

106 *Mane nobiscum Domine*, 25-26; cf. *Gaudium et spes*, 36.
107 Cf. *Mane nobiscum Domine*, 26.
108 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7; *Mysterium fidei*, 35-39; *Institución general del Misal romano*, n. 27.

Evangelio. En el mundo contemporáneo, globalizado -como se dice-, poco solidario y condicionado por una tecnología cada vez más sofisticada, marcado por el terrorismo internacional y por otras formas de violencia y explotación, la Eucaristía mantiene su mensaje actual, necesario para construir una sociedad donde prevalezcan la comunión, la solidaridad, la libertad, el respeto a las personas, la esperanza y la confianza en Dios.

Eucaristía e inculturación

80. La fe se transforma en cultura y hace cultura. Todos conocemos el gran tesoro de cultura acumulado a lo largo de los siglos en la liturgia de Oriente y Occidente: los textos de las oraciones, la riqueza de los ritos, las obras de arquitectura, de las artes plásticas y de la música sacra. Todo esto demuestra que la religión se relaciona con la cultura, conjunto de todo aquello que de bueno y significativo crea la humanidad. La cultura ofrece a la fe los instrumentos idóneos para expresar la verdad revelada por Dios y proclamada en la liturgia.

La inculturación es el proceso que desde el comienzo ha acompañado a la Iglesia. Existen numerosos y excelentes ejemplos de inculturación. Lo atestiguan, por ejemplo, las Iglesias orientales católicas. A este respecto, merece mención especial la obra de los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los pueblos eslavos[109]. El proceso de inculturación permanece vivo también en las actuales comunidades eclesiales. Para poder ponerlo en práctica como es debido, hace falta tener presente la naturaleza puramente gratuita del acto redentor de Dios y su adecuada comprensión y acogida por parte del hombre, en su plena responsabilidad y en su realidad, al mismo tiempo personal y comunitaria, reflejadas en su vida y en su cultura.

109 Cf. *Slavorum Apostoli*, 2 de junio de 1985, nn. 21 y 26: *AAS* 77 (1985) 802-803; 806-807.

Los principios generales de la inculturación se encuentran claramente expresados en el decreto conciliar *Ad gentes*[110], en la instrucción *Varietates legitimae* sobre la liturgia romana y la inculturación[111], y en otras numerosas intervenciones del Magisterio sobre la materia[112]. El tema de la inculturación ha sido tratado también en las diversas Asambleas especiales continentales y en las relativas exhortaciones apostólicas postsinodales[113].

Sin embargo, no faltan las dificultades cuando se trata de llevar a la práctica tales principios. Los riesgos son principalmente dos: el de caer en un arcaísmo o bien el de una búsqueda de la modernidad a toda costa. Es necesario no olvidar jamás el fin de la misión de la Iglesia: la evangelización de todos los hombres en el corazón de sus culturas. La inculturación, por tanto, no es una simple adaptación, sino el resultado vivo de un encuentro vivido entre la cultura de un cierto ambiente y la cultura generada por el Evangelio. Por este motivo, antes de decidir la incorporación de ciertos elementos de una cultura a la liturgia, es oportuno que el Evangelio sea anunciado y que se realice un gran esfuerzo de educación en la fe, es decir, de catequesis y de formación en todos los niveles, para hacer nacer una nueva cultura evangelizada. Entonces las Conferencias episcopales y los demás organismos competentes deberán juzgar si la introducción en la liturgia de elementos propios de las costumbres de los pueblos, aun siendo parte viva de la respectiva cultura, pueden enrique-

110 Cf. *Ad gentes*, 22.

111 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, instr. *Varietates legitimae*, 25 de enero de 1994: *AAS* 87 (1995) 288-314.

112 El Consejo pontificio para la cultura ha publicado diversos documentos del Magisterio sobre el tema. Cf. *Para una pastoral de la cultura*, 23 de mayo de 1999.

113 Cf. *Ecclesia in Africa*, III, nn. 5571; *Ecclesia in America*, 70; *Ecclesia in Asia*, 21-22; *Ecclesia in Oceania*, 16; *Ecclesia in Europa*, 58-60.

cer la acción litúrgica sin provocar repercusiones desfavorables para la fe y la piedad de los fieles.

81. De las respuestas a los *Lineamenta* se deduce que en las diversas partes del mundo occidental la inculturación ordinariamente se refiere a grupos de inmigrantes y a las parroquias étnicas, realizándose en estos casos no pocos esfuerzos. En otras regiones geográficas la cuestión está adquiriendo cada vez más prioridad pastoral.

De todos modos, sobre el tema de la inculturación litúrgica es necesario respetar las normas de los documentos oficiales de la Iglesia, que ofrecen oportunos criterios pastorales, teniendo siempre presente que es necesaria una gran fidelidad al Espíritu Santo para «conservar inmutable el depósito de la fe en medio de tanta variedad de ritos y oraciones[114]. Precisamente por este motivo es necesario mantener un gran equilibrio entre la tradición, que manifiesta una misma fe en la Eucaristía, y la adaptación a las nuevas condiciones.

Algunas respuestas aluden a ciertos problemas derivados de intentos de inculturación litúrgica que, a pesar de estar hechos con buena fe, pueden proyectar sombras sobre la Eucaristía. A este respecto, se indica que no siempre los elementos locales, cómo cantos, gestos, danzas, vestidos, son adecuadamente sometidos a una purificación para después incorporar a la celebración litúrgica sólo aquello que conviene al culto eucarístico. No han faltado casos de adaptaciones litúrgicas promovidas con buenas intenciones pero sin un adecuado conocimiento de la cultura local, provocando escándalo en los fieles, los cuales quedan perplejos al ver que se atribuye a la Eucaristía significados impropios, típicos de algunos de sus ritos.

114 *Institución general del Misal romano*, n. 9.

Otras respuestas a los *Lineamenta,* en cambio, ofrecen aspectos positivos en materia de inculturación, sobre todo en el campo de la música sacra. En cualquier caso, se recomienda que la inculturación se realice bajo la responsabilidad del Ordinario diocesano, con la supervisión de la Conferencia episcopal y la *recognitio* de la Santa Sede. Al mismo tiempo, se pide fidelidad en la aplicación de las normas comunes en el campo de la inculturación y de las innovaciones, para evitar que en nombre de la inculturación se realicen cambios inadecuados.

Se expresa también el deseo de conservar el uso del latín, sobre todo en las celebraciones de carácter internacional, para poner de manifiesto la unidad y la universalidad de la Iglesia en relación con el rito de la Iglesia madre de Roma. En este sentido, sería de desear que los cristianos de todos los países supieran rezar y cantar en latín algunos textos fundamentales de la liturgia, como el Gloria, el Credo y el Padre nuestro.

Eucaristía y paz

82. Antes de distribuir la sagrada Comunión, el obispo o el presbítero eleva su oración al Señor Jesucristo resucitado, el cual dijo a sus discípulos «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (*Jn* 14, 27). El celebrante suplica al Señor Jesús que conceda a la Iglesia la unidad y la paz según su voluntad[115].

La Eucaristía es el sacramento de la paz, llevada a su cumplimiento como consecuencia de la reconciliación con Dios y con el prójimo en el sacramento de la Penitencia. Hace actual la gracia que el Señor resucitado expresó con las palabras: «La paz con vosotros» (*Jn* 20, 19). El sacramento de la Eucaristía, además, ofrece a los creyentes la gracia para poner en práctica el espíritu de las Bienaventuranzas y, en particular, la proclamación de

115 Cf. *Misal romano,* Oración «Domine Iesu Christe».

Jesucristo: «Bienaventurados los que buscan la paz» *(Mt* 5, 9). Con el sacrificio de la cruz, alcanzó la victoria sobre el pecado, sobre la muerte, sobre toda división y odio. Resucitado, ofrece su paz a los que están cerca y también a los que se encuentran lejos (cf. *Ef* 2, 17).

La paz de los corazones, de las familias, de las comunidades, de la Iglesia, es el don del Señor resucitado, presente en el sacramento de la Eucaristía. Quien se acerca a este sacramento debe poseer ya en sí mismo la paz de Dios, que tiene como impedimento el pecado. Mientras el acto penitencial al comienzo de la santa misa purifica de los pecados veniales, para los pecados mortales es necesaria la absolución sacramental. La Eucaristía refuerza en sí ese don de la paz y ofrece a todos aquellos que la reciben la gracia de ser ellos mismos constructores de paz en los lugares donde viven y desarrollan sus actividades.

83. Los fieles deben redescubrir la Eucaristía como fuerza de reconciliación y de paz con Dios y con los hermanos. En el mundo actual, en el que no faltan motivos de división y de divergencia, incluso legítima, es oportuno que los cristianos, reunidos en torno a la mesa del Señor, descubran sus raíces comunes, que se encuentran en él. En la oración, en la meditación y en la adoración, con la ayuda de la palabra de Dios y de la homilía del celebrante, los fieles se fortalecen en la fe, en la caridad y en la esperanza, para poder comprometerse cada vez más y mejor en el exigente deber de edificar un mundo mejor, más justo y pacífico. Respetan las diversas opciones políticas y sociales, siempre que no estén en contradicción con las normas fundamentales del Evangelio, que han inspirado la doctrina social de la Iglesia.

No siempre, sin embargo, se percibe esta dimensión de la Eucaristía y, consiguientemente, resultan motivo de contradicción y de escándalo las actitudes prolongadas de conflicto

entre las personas y las comunidades. La Iglesia, pacificada en sus fieles, celebra y adora la Eucaristía como sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad[116].

84. Confiando en la inagotable fuente de gracia, que es la Eucaristía, la Iglesia promueve la causa de la paz en un mundo turbado por conflictos, violencias, terrorismo y guerras, que hieren la dignidad de los hombres y de los pueblos y obstaculizan todo tipo de desarrollo. La Iglesia católica no se cansa de proclamar el evangelio de la paz (cf. *Ef* 6, 15) y de promover diversas iniciativas con la finalidad de hacer cesar todas las guerras y de alentar, a través del diálogo y la colaboración, la construcción de la paz en el mundo.

La Eucaristía, memorial del sacrificio de Jesucristo, que es «nuestra paz, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» *(Ef* 2, 14), guía a la Iglesia en esta urgente y difícil misión, abriéndola a la colaboración con los hombres de buena voluntad. Además, la Eucaristía, sacramento de los reconciliados con Dios y con los hermanos (cf. *Col* 1, 22), estimula el ejercicio del «ministerio de la reconciliación» (*2 Co* 5, 18). Sabiendo, por la palabra de Dios, que todos han pecado (cf. *Rm* 3, 23) y que, por tanto, todos tienen necesidad del perdón, la Iglesia propone a los hombres salir del círculo vicioso de la violencia y del odio, encontrando la fuerza para *pedir perdón* y *para perdonar.*

En nombre de la Iglesia, el Santo Padre y la Santa Sede se hacen presentes activamente en los foros internacionales, sosteniendo con valentía la causa de la paz, promoviendo el diálogo y la colaboración en el respeto del derecho internacional y, además,

116 Cf. SAN AGUSTIN, *In Ioannis Evangelium tractatus*, XXVI, cap. VI, n. 13: *PL* 35, 1613.

preocupándose por la reducción de armamentos y por la eliminación de las armas de destrucción de masas. En esta obra de oración, de persuasión y de educación, desempeñan un papel importante los mensajes del Papa con ocasión de la Jornada mundial de la paz.

La Iglesia, consciente de que la verdadera paz sólo puede venir de lo alto (cf. *St* 1, 17; *Lc* 2, 14), continúa implorando ese gran don y actuando para que la paz pueda difundirse lo más posible en esta tierra, antes de brillar plenamente en la eternidad, donde el Dios de la vida asegura la paz, la bendición, la luz y la alegría a los que trabajan por la paz (cf. *Mt* 5, 9).

Eucaristía y unidad

85. En la plegaria eucarística, la Iglesia suplica a Dios omnipotente el don de la unidad. Dicho don, según la voluntad de Jesucristo, se relaciona con la naturaleza misma de la Iglesia, la cual, precisamente, se define en sus atributos esenciales como una, santa, católica y apostólica.

El Señor Jesús, antes de aceptar el sacrificio de la cruz, oró por la unidad de sus discípulos: «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros» (*Jn* 17, 11). En esta «oración sacerdotal» están presentes los cristianos de todos los tiempos. En efecto, Jesucristo oró tanto por la unidad de los Apóstoles como por la unidad de los que por la palabra de ellos creerían en él (cf. *Jn* 17, 20). La unidad de los discípulos del Señor Jesucristo brota de la misma naturaleza de la Iglesia. La unidad es, además uno de los motivos de su credibilidad: «Como tú, Padre, en mi y yo en ti, que ellos también, sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn* 17, 21).

Lamentablemente, los pecados contra la unidad han acompañado la vida terrena de la Iglesia. Además del hijo de la perdición

(cf. *Jn* 17, 12), la comunidad primitiva tuvo que afrontar los falsos profetas (cf. *1 Jn* 4, 4) y los que salieron de la comunidad porque, en realidad, no le pertenecían sinceramente (cf. *1 Jn* 2, 19). San Pablo alertó ante «los que suscitan divisiones y escándalos contra la doctrina» *(Rm* 16, 17). El mismo intervino claramente en la comunidad de Corinto, para sanar en ella las divisiones (cf. *1 Co* 1, 12), provocadas por gente materialista, que no tenía el Espíritu (cf. *Judas* 19).

Por desgracia, en la Iglesia actual tampoco falta el escándalo de las divisiones en diversos niveles. La Eucaristía debería representar para todos una fuerte llamada a conservar la unidad dentro de las familias, de las comunidades parroquiales, de los movimientos eclesiales, de las órdenes religiosas y de las diócesis. La Eucaristía, además, ofrece la gracia para restablecer la unidad de los cristianos, miembros del cuerpo de Cristo: «Porque, aun siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan» (*1 Co* 10, 17).

La «oración sacerdotal» de Jesucristo se extiende a todos aquellos que creen en él (cf. *Jn* 17, 20). Lamentablemente, a lo largo de la historia, el cristianismo ha sufrido dolorosas divisiones en varias Iglesias y comunidades eclesiales. Ante ese pecado, fuente de escándalo para el mundo, es necesario orar y actuar para que se restablezca la única túnica inconsútil de Jesús (cf. *Jn* 19, 23-24) y se mantenga íntegra la red de los pescadores de hombres (cf. *Mt* 4, 19; *Jn* 21, 11).

Se trata de la obra de Dios, a cuya realización están llamados todos los cristianos, según su propia vocación y responsabilidad. Todos, sin embargo, tienen el deber de orar para que se cumpla la palabra de Jesucristo: «Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor» *(Jn* 10, 16). A estas palabras del Señor se une la oración de toda la Igle-

sia, que por boca de su Pastor universal eleva la súplica: «Señor, acuérdate de lo que prometiste. Haz que seamos un solo pastor y un solo rebaño. No permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad»[117].

Eucaristía y ecumenismo

86. Ciertamente, el ecumenismo es un don del Espíritu Santo y un camino inevitable para la Iglesia. Después del concilio ecuménico Vaticano II y del decreto *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo, se ha recorrido un largo y fructuoso camino en las relaciones con las Iglesias y comunidades eclesiales, fomentando los vínculos de unidad que, en varios niveles, ya existen, buscando la plena unión, con vistas a la celebración común de la Eucaristía. En esta urgente e irrenunciable obra existen relaciones particulares con las Iglesias orientales a las que, a pesar de no haber una plena comunión, la Iglesia católica reconoce la validez del sacramento de la Eucaristía. Por tanto, si se dan ciertas condiciones, se permite la Comunión de los católicos en las mencionadas Iglesias, y los miembros de esas Iglesias son acogidos al altar del Señor en la Iglesia católica, cuando carecen de un sacerdote válidamente ordenado.

Asimismo, se han desarrollado favorablemente las relaciones con las comunidades eclesiales nacidas de la Reforma. A este respecto, la experiencia de un camino delicado y prometedor está marcada, en buena parte, por la relación con el sacramento de la Eucaristía, como oportunamente se indica en la normativa canónica[118] y en el *Directorio sobre el ecumenismo*[119].

117 BENEDICTO XVI, *Homilía* en la misa de: inicio de pontificado, 24 de abril de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 2005, p.7.

118 Cf. *Código de derecho canónico*, c. 844, § 4; *Código de cánones de las Iglesias orientales*, c. 671, § 4.

119 Cf. CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PROMOCIÓN DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, *Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre*

En las respuestas a los *Lineamenta* se subraya que se debe respetar la liturgia como manifestación cultual de la Iglesia y no se debe confundir con una iniciativa social cualquiera. El Papa Juan Pablo II, en la misma línea del concilio Vaticano II, declaró en su primera encíclica: «Aunque es verdad que la Eucaristía fue siempre y debe ser ahora la más profunda revelación y celebración de la fraternidad humana de los discípulos y confesores de Cristo, no puede ser tratada sólo como una "ocasión" para manifestar esta fraternidad. Al celebrar el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, es necesario respetar la plena dimensión del misterio divino, el sentido pleno de este signo sacramental en el cual Cristo, realmente presente es recibido, el alma es llenada de gracias y es dada la prenda de la futura gloria»[120]. A la luz de esta enseñanza se comprende la afirmación según la cual la Eucaristía presupone la comunión eclesial[121]. Ahora bien, decir que la Eucaristía es el signo de la unidad de la Iglesia, su Cuerpo, no se refiere a la naturaleza del sacramento, sino a su efecto propio[122].

Los encuentros ecuménicos son una ocasión privilegiada para dar a conocer mejor la doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía y la unidad de los cristianos. Aun aceptando con dolor las divisiones, que impiden la participación común en la mesa del Señor, la Iglesia no deja de promover la oración para que vuelvan los días de la plena unidad de los creyentes en Cristo[123]. Sin embargo, en algunas respuestas a los *Lineamenta* se alude al hecho de que en esos encuentros algunas veces falta claridad por parte de los católicos en la exposición de la doctrina sobre la Eucaristía. Además, mientras en ciertos casos se excluye deliberadamente

el ecumenismo, 25 de marzo de 1993, nn. 129.131: *AAS* 85 (1993) 1088-1089.

120 *Redemptor hominis*, 20.

121 Cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 35.

122 Cf. *Mysterium fidei*, 2.

123 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1398-1401.

este sacramento durante las respectivas celebraciones, en otras circunstancias se lo incluye y se invita a todos, sin distinción, a recibir la Comunión. Suscitan preocupación también ciertos problemas surgidos en lugares donde algunas comunidades eclesiales nacidas de la Reforma realizan proselitismo entre los inmigrantes, especialmente en ambientes de lengua española, invitando a su servicio religioso, que a menudo llaman «misa».

En cualquier caso, es muy positivo el espíritu con el que muchos pastores, siguiendo la doctrina de la Iglesia sobre esta materia, se esfuerzan con solicitud y caridad por contribuir a la deseada unidad eclesial, sin olvidar que la Eucaristía representa la meta última del compromiso ecuménico, orientado a la búsqueda de la unidad en la fe. En cuanto a la meta de la unidad, resulta muy claro que la celebración no puede ser instrumento de unificación. Hasta que no se alcance la unidad en la fe, esa unificación no se puede anticipar. Sólo a la luz de la unidad, que la Eucaristía presupone y confirma, se puede comprender el sentido de la «intercomunión».

Eucaristía e intercomunión

87. La división entre los cristianos es motivo de gran sufrimiento. Trabajar por restablecer la comunión con los hermanos separados, que no tienen la misma comprensión de fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía, es una urgencia imprescindible. Sobre este punto, existen normas canónicas precisas, además de una clara enseñanza del Magisterio de la Iglesia, que estimula a continuar en la búsqueda de la unidad, manifestando siempre explícitamente los motivos que impiden la plena comunión y regulando la comunión *in sacris*[124]. Muchos católicos conocen y aprecian esta disciplina, porque ven en ella un camino seguro

124 Cf. *Código de derecho canónico*, c. 844; *Código de cánones de las Iglesias orientales*, c. 671; *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1399-1401; *Ecclesia de Eucharistia*, 45.

que lleva a orar por los hermanos separados mientras se espera alcanzar la unidad.

Sin embargo, como señalan algunas respuestas a los *Lineamenta*, se dan casos de malentendido igualitarismo, que han conducido a algunos errores. En efecto, muchos pretenden comulgar *in sacris* sin una comunión más profunda a nivel doctrinal y eclesial. Esta actitud sorprende, pues sería erróneo no pertenecer a la comunidad eclesial y querer recibir la comunión eucarística, que es signo de pertenencia a la Iglesia; no aceptar a los pastores y su doctrina y querer tomar parte en los sacramentos por ellos celebrados. Tal vez este modo de pensar deriva de una falta de claridad acerca de la diferencia que hay entre la unidad de la Iglesia y la unidad del género humano: la primera es signo e instrumento de la segunda, que todavía se debe alcanzar.

Además, en las respuestas se observa que en algunos casos el que preside la celebración eucarística en una iglesia católica, cuando participan personas no católicas, a veces las invita a acercarse al altar para recibir una bendición y no la Comunión. Este es un gesto análogo a la distribución del *antidoron* en el rito bizantino. En esas ocasiones la doctrina católica sobre la Comunión se debe presentar y observar sin compromisos. Además, en varias naciones los encuentros ecuménicos se desarrollan en el contexto de celebraciones de la Palabra, evitando malentendidos acerca del sacramento de la Eucaristía. De todos modos, si los no católicos o los no cristianos van a participar en la santa misa, sería muy útil ofrecerles un pequeño libro con las explicaciones esenciales de la celebración, para que puedan seguir el desarrollo de la misma.

Finalmente, muchas respuestas a los *Lineamenta* expresan la firme convicción de que una fiel observancia de las orientaciones de la Iglesia en materia de intercomunión eucarística es una verdadera expresión de amor a Jesucristo en el santísimo

Sacramento y a los hermanos de otras confesiones cristianas, además de un auténtico testimonio de la verdad[125]. A la vez que parece bastante amplio el consenso sobre el hecho de que la unidad en la profesión de la fe precede a la comunión en la celebración eucarística, todavía queda por aclarar el modo como se debería presentar el misterio eucarístico en el contexto del diálogo ecuménico, para evitar dos peligros opuestos: el prejuicio de la estrechez de miras y el relativismo. Encontrar la justa medida es condición esencial para mantener una sana apertura y al mismo tiempo preservar la verdad y la propia identidad católica.

«Ite missa est»

88. Las palabras con las que termina la celebración de la Eucaristía, *«Ite missa est»*, recuerdan el mandato misionero del Señor resucitado a los discípulos antes de su Ascensión al cielo: «Id, pues, y haced discípulos a todas la gentes» *(Mt* 28, 19). En efecto, la conclusión de cada santa misa se relaciona inmediatamente con el envío a la misión. Es un deber que deben cumplir todos los bautizados, cada uno según su vocación dentro del pueblo de Dios: los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los miembro de la vida consagrada y de los movimientos eclesiales, los laicos. Para cumplir esta misión es fundamental el testimonio, primer deber de cada cristiano enviado al mundo. Efectivamente, «no se da testimonio sin testigos, como no existe misión sin misioneros»[126]. Esta característica de la actividad misionera nace de las mismas palabras de Jesús: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor los unos a los otros» *(Jn* 13, 35). La misión es exigente y comprometida para las capacidades humanas. Por ello, ¿de dónde tomar la fuerza necesaria sino de la Eucaristía, manantial inagotable de la misión, verdadera fuente de la comunión y la solidaridad, de la reconciliación y la paz?

125 Cf. *Ecclesia de Eucharistia,* 46.
126 *Redemptoris missio,* 61.

El objetivo último de la obra de la evangelización es el encuentro personal de cada ser humano con Jesucristo, vivo y presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, que la Iglesia ofrece como Pan para la vida del mundo. También esta finalidad eucarística de la misión tiene su fundamento en las enseñanzas de Jesucristo, que invita a su mesa a todos los hombres de buena voluntad, sin distinciones ni prejuicios (cf. *Mt* 22, 1-13; *Lc* 14, 16-24) y ofrece su sacrificio por la salvación de todos (cf. *Mt* 26, 26-29; *Lc* 22, 15-20; *Mc* 14, 22-25; *1 Co* 11, 23-25). Por tanto, la Eucaristía es la cumbre a la cual tiende naturalmente toda la actividad misionera de la Iglesia, también la que se dirige específicamente *ad gentes*. En efecto, ¿qué sentido podría tener anunciar el Evangelio sin llevar a cada uno a la comunión con Cristo y con los hermanos, cuya expresión litúrgico-sacramental más alta es la santa misa, anticipación del banquete eterno?

Por consiguiente, la Eucaristía es el corazón vivo de la misión, su auténtica fuente y su único fin. Muchas respuestas a los *Lineamenta* piden legítimamente que se promueva con renovado espíritu el impulso misionero, connatural a la celebración eucarística; esa petición nace de una mirada apostólica, llena de celo, hacia este mundo al comienzo del tercer milenio, necesitado más que nunca de paz, de amor y de comunión fraterna, que solamente Jesucristo puede dar.

89. Por tanto, los cristianos deben afirmar la dimensión misionera de la Eucaristía. Para ellos es espontáneo anunciar a los hombres y al mundo las maravillas de Dios encarnado y presente bajo las especies del pan y del vino, que a través de la Comunión entra en sus vidas para transformarlas. Esto vale también y sobre todo para los cristianos que viven en un mundo secularizado, donde la mayoría de los que se encuentran alejados de la fe realizan un continuo esfuerzo espiritual para encontrar a Dios, el cual de todos modos permanece siempre cerca de ellos. Este celo pastoral acompaña a los misioneros que,

llevados por el amor a Dios, proponen el primer anuncio de la buena nueva a las personas que hasta ahora no conocen el Evangelio de Jesucristo, o no lo conocen de modo adecuado y pleno.

El diálogo y el respeto debido a los valores presentes en las realidades que encuentran no pueden impedir a los cristianos hacer la propuesta misionera a los hombres de buena voluntad en obediencia al mandamiento del Señor: «Id por el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» *(Mc* 16, 15).

Se trata de una tarea exaltante y al mismo tiempo difícil, que requiere la dedicación plena, incluso hasta el martirio. En esta obra esencial para la Iglesia los discípulos del Señor encuentran apoyo en la Eucaristía, cuya celebración en todos los lugares del mundo confirma la promesa: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» *(Mt* 28, 20).

Conclusión

90. Con la celebración de la XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos se concluye el Año de la Eucaristía, durante el cual toda la Iglesia ha sido invitada a dirigir su mirada al gran Misterio, que entraña la razón más profunda de su ser y de su vida. En efecto, «la Iglesia vive de la Eucaristía»[127]; en ella «se compendia todo el misterio de nuestra salvación»[128]. «Gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo»[129]. Por tanto, no podía concluirse el Año eucarístico sin un encuentro colegial del

127 *Ecclesia de Eucharistia,* 1.
128 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae,* III, q. 83, a. 4 c.
129 BENEDICTO XVI, *Homilía* en la misa de toma de posesión de su cátedra, 7 de mayo de 2005: *L'Osservatore Romano,* edición en lengua española, 13 de mayo de 2005, p. 7.

Sucesor de Pedro con los obispos, de la Cabeza con los miembros del orden episcopal, para celebrar el gran don de la Eucaristía, para alimentarse del Pan de vida, para adorar la presencia del Señor en el santísimo Sacramento y para reflexionar en el valioso tesoro que Cristo ha confiado a su Iglesia. Así, será posible cumplir la misión de la evangelización con renovado fervor apostólico y con orientaciones pastorales concretas y adaptadas a las expectativas de la comunidad cristiana y a los anhelos más profundos del hombre contemporáneo.

En la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, el Papa Juan Pablo II exhortó a los pastores a esforzarse para que la Eucaristía se celebre con mayor vitalidad y fervor, pero sobre todo con «mayor interioridad»[130]. El amor al culto eucarístico pasa por un redescubrimiento de la belleza de la celebración del sacrificio eucarístico en la oración de adoración y de acción de gracias. Pero la devota acogida del Sacramento se abre a la esperanza hacia las realidades prometidas, más allá de los horizontes limitados de la cotidianidad, fuertemente reducidos por una cultura sumergida en el materialismo y en el consumismo. Así, la Eucaristía es una fuerza de transformación de las culturas porque es epifanía de comunión, lugar de encuentro del pueblo de Dios con Jesucristo, muerto y resucitado, fuente de vida y de esperanza. La Eucaristía es germen de un mundo nuevo y verdadera escuela de diálogo, de reconciliación, de amor, de solidaridad y de paz.

91. Las sombras en la celebración de la Eucaristía, a las que se ha querido hacer referencia para presentar de forma realista los datos provenientes de las respuestas a los *Lineamenta*, desaparecerán en la medida en que el debate sinodal, y por tanto eclesial, descubra una vez más la belleza y la grandeza del don del Misterio eucarístico, sin dejar de prestar atención a la finalidad

130 *Mane nobiscum Domine*, 29.

principal del Sínodo: profundizar a través de la experiencia de la colegialidad episcopal en los caminos que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia hoy para que la Eucaristía sea verdaderamente fuente y cumbre de su vida y de su misión, es decir, de la nueva evangelización, que el mundo necesita con urgencia.

En efecto, toda la vida de la Iglesia encuentra en el Misterio eucarístico -sacrificio, memorial y banquete- su fuente inagotable de gracia para celebrar la representación sacramental de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, para vivir la experiencia del encuentro personal con el Señor, para construir la comunión eclesial sobre el sólido fundamento del amor y para gustar anticipadamente la gloria futura de las bodas del Cordero. En la vida de la Iglesia todo culmina en el Misterio eucarístico, meta final de todas las actividades: la catequesis, la recepción de los demás sacramentos, la devoción popular, la celebración de la divina liturgia, la meditación de la palabra de Dios, la oración personal y comunitaria. La Eucaristía es el corazón de la comunión eclesial.

Si la Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, un signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano[131], entonces la Eucaristía, presencia viva del Señor, se transforma, también ella, en la fuente de la misión universal de la Iglesia. De ella reciben la gracia los obispos, los sacerdotes y los diáconos para anunciar con solicitud pastoral el Evangelio en el mundo de hoy; de ella toman valentía los misioneros para llevar el gozoso anuncio del Reino hasta los confines de la tierra; de ella obtienen fuerza los miembros de la vida consagrada para vivir el ideal de la vida cristiana en pobreza, obediencia y castidad; de ella reciben luz y vigor los laicos para transformar las realidades temporales según el mandamiento nuevo del amor a Dios y al prójimo; de ella brota la audacia de

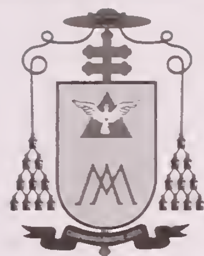
131 Cf. *Lumen gentium*, 1.

muchos cristianos perseguidos para ser testigos de Cristo en el mundo. La misión de evangelización de la Iglesia tiene como último objetivo que todos los hombres se encuentren ya aquí en esta tierra con Cristo, presente en el Misterio eucarístico, con vistas al encuentro definitivo en el banquete eterno. Por tanto, la Eucaristía es también el punto culminante de todo proyecto pastoral, de cada actividad misionera, y es el núcleo de la evangelización y de la promoción humana. En efecto, los que comulgan con el Pan de la vida y anuncian ese misterio al mundo, también deben defender la vida en todas sus manifestaciones, preocupándose, además por el respeto debido a la creación. Los fieles que se alimentan del Pan bajado del cielo sienten la obligación de contribuir a construir un mundo más justo en el cual se cumpla la voluntad de Dios y a cada persona se le asegure «el pan nuestro de cada día».

Durante sus reflexiones, los padres sinodales contarán con la oración de toda la Iglesia, y contarán también con la intercesión de los santos, intérpretes cualificados de la verdadera piedad y teología eucarística, que nos alientan y sostienen en nuestra peregrinación entre los gozos y los dolores del mundo presente.

Entre ellos resplandece la Madre de Dios, que, desde que dio su carne inmaculada al Hijo de Dios -*Ave verum corpus, natum de Maria Virgine*- selló para siempre un vínculo exclusivo con el Misterio eucarístico. En María, la mujer eucarística por excelencia, la Iglesia contempla no sólo su modelo más perfecto, sino también la realización anticipada del «cielo nuevo» y de la «tierra nueva», que toda la creación espera con ferviente anhelo. Invocando con confianza y devoción su protección, la Iglesia encontrará nueva fuerza para que la Eucaristía sea la fuente y la cumbre de toda su vida y de su misión, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres y del mundo[132].

132Cf. *Mane nobiscum Domine*, 31.



Documentos Arquidiocesanos

Administración Eclesiástica

Nombramientos

Julio

28. Rvmo. Segundo Jiménez Sánchez, ratificado en su cargo de Notario del Tribunal Arquidiocesano de Primera Instancia.
28. P. Lcdo. Skiper Bladimir Yánez Calvachi, ratificado en su cargo de Notario del Tribunal Arquidiocesano de Primera Instancia.
28. Mons. Juan Francisco Yánez Tobar, ratificado en su cargo de Juez Relator del Tribunal Arquidiocesano de Primera Instancia.
28'. Rvmo. Lcdo. Gustavo Riofrío Salvador, ratificado en su cargo de Juez Instructor del Tribunal Arquidiocesano de Primera Instancia.
28. P. Dr. Manuel Celis Onofre, o.cc.ss., ratificado en su cargo de Defensor del Vínculo del Tribunal Arquidiocesano de Primera Intancia.
28. Mons. Dr. Rugo Reinoso Luna, ratificado en su cargo de Vicario Judicial de la Arquidiócesis de Quito y Presidente del Tribunal Arquidiocesano de Primera Instancia.

Agosto

25. P. Jaime Zhindón M, ofm., Capellán de la Capilla del Divino Niño Jesús.

Septiembre

02. P. Iván Lucero Villamar, s.j., Párroco de la Dolorosa del Colegio.
05. P. Luciano Marchetto, csj., Párroco de San Sebastián de Pifo.
05. P. Gustavo Orbea Grados, csj., Vicario parroquial de la Magdalena.
06. P. Pedro Calle, cssr., Párroco de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro.
06. P. Carlos García, cjm., Párroco de San Juan Eudes.
06. P. Angel Montesdeoca, cssr., Vicario parroquial de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro.
07. P. Manuel Edmundo Calispa Gualotuña, Párroco y Síndico de la Inmaculada de Llano Grande.
19. P. José Miguel Asimbaya Moreno, Párroco y Síndico de San José Obrero del Comité del Pueblo.
19. P. Diego Javier Andrade Aguirre. Párroco y Síndico de San Martín de Porres de la Ferroviaria Alta.
19. P. Fredy Santiago Hinojosa Bohórquez, Párroco y Síndico del Divino Niño Jesús.
19. P. Luis Alfonso Escanta Escanta, Párroco y Síndico de Santa María Magdalena de Calacalí.
19. P. Comelio Heriberto Navarrete Navarrete, Párroco y Síndico de Cristo Resucitado.
19. P. Carlos Antonio Vela Alarcón, Párroco Solidario de Ntra. Sra. de Fátima del Batán.
19. P. Félix Sebastián Lojano Quiroga, Vicario parroquial de Cristo Resucitado.
19. P. Lenin Modesto Rodríguez Lastra, Vicario parroquial de San Pedro de Conocoto.
19. P. Gabriel Heriberto Santi Flores, Vicario parroquial de San Juan Bautista de Sangolquí.
20. P. José Alberto Urquizo Oña, Párroco y Síndico de Santa

María del Calzado.

20. Mons. Luis Tapia Viteri, Coordinador de la Comisión de Magisterio de la Iglesia.
20. P. Pablo David Mogrovejo Cárdenas, Miembro de la Comisión de Magisterio de la Iglesia.
20. P. Luis Emilio Obando, Miembro de la Comisión de Magisterio de la Iglesia.
20. P. Jorge Hemán Villarreal, Miembro de la Comisión de Magisterio de la Iglesia.
20. Hna. Ivonne Bolagay Sosa, Miembro de la Comisión de Magisterio de la Iglesia.
20. Sra. Elena Rivadeneira, Miembro de la Comisión de Magisterio de la Iglesia.
20. P. Froilán Serrano Romero, Coordinador de la Comisión de Liturgia.
20. P. José Nicolás Dousdebés Córdova, Miembro de la Comisión de Liturgia.
20. P. José Alonso Carvajal Guerrero, Miembro de la Comisión de Liturgia.
20. P. Jhan Wilson Morales Pavón, Miembro de la Comisión de Liturgia.
20. P. José Conde Castillo, Miembro de la Comisión de Liturgia.
20. P. Julio Parrilla Díaz, Coordinador de la Comisión de Pastoral Social.
20. P. Santiago Hemán Vaca Herrera, Miembro de la Comisión de Pastoral Social.
20. P. Alberto Readelli, Miembro de la Comisión de Pastoral Social.
20. Sra. Alexandra Bucheli, Miembro de la Comisión de Pastoral Social.
20. Sr. Luis Nieto, Miembro de la Comisión de Pastoral Social.
20. P. Ricardo Bravco Calvo, Coordinador de la Comisión de Ministerios y Clero.

20. Rvmo. Gustavo Riofrío Salvador, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. Mons. René Coba Galarza, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. P. Roger Estiven Vallejo Realpe, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. P. Jesús Angel Restrepo Pérez, cjm., Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. Rvmo. Remigio Dávila Erazo, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. P. Vinicio Pástor Andrade, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. P. Emilio Raza Enríquez, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. Mons. Isaías Barriga Naranjo, Miembro de la Comisión de Ministerios y Clero.
20. P. Arturo René Pozo Sampaz, Coordinador de la Comisión de Laicos.
20. P. Allan Mendoza Utterman, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. Sr. Alonso Cañas, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. Srta. Teresa del Hierro, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. P. Jimmy Díaz Ponce, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. P. Fernando Rea Jiménez, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. Sra. Eloísa de Araujo, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. P. Freddy Yépez Rivera, Miembro de la Comisión de Laicos.
20. P. Manuel Fernández Estrella, Coordinador de la Comisión de Culturas.
20. P. Roberto Neppas, Miembro de la Comisión de Culturas.

20. Mons. Rafael Escobar Escobar, Miembro de la Comisión de Culturas.
20. Mons. Héctor Soria Sánchez, Coordinador de la Comisión de Comunicación Social.
20. P. Nicolás Dousdebés Córdova, Miembro de la Comisión de Comunicación Social.
20. P. Roger Estiven Vallejo Realpe, Miembro de la Comisión de Comunicación Social.
28. P. Luis Gabriel Mejía Saavedra, Vicario parroquial de San José de Monjas.

Decretos

Mayo

19. Convenio entre la Arquidiócesis de Quito y la Comunidad de Religiosas Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad.

Junio

06. Decreto de erección de una Capilla privada en casa de la Srta. Inés Abad Rivera.
20. Decreto de erección de una Casa religiosa de la Congregación de Siervas de Cristo Sacerdote en la ciudad de Quito.
28. Decreto de erección de un Oratorio en casa de la Asociación de Hermas Misioneras de Cristo Redentor en Guayllabamba.

Julio

18. Decreto de erección de una Capilla privada en casa de la Dra. Delia María Jiménez de Muñoz.

Agosto

03. Convenio entre la Arquidiócesis de Quito y la Comunidad de Religiosas Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad para un trabajo pastoral con mujeres en situación de prostitución o víctimas de la trata de personas.
03. Convenio entre la Arquidiócesis de Quito y la Congregación de Religiosas Misioneras de Jesús Crucificado para un trabajo pastoral en la parroquia Ntra. Sra. del Rosario del Pichincha.
23. Decreto de excardinación del P. Luis Fabián Ochoa Robles.
25. Decreto de incardinación del P. Carlos Antonio Vela Alarcón.
25. Decreto de erección de la parroquia eclesiástica de la Inmaculada de Llano Grande.
31. Decreto por el cual se considera a la "Fundación Educativa Holy Cross" como un Establecimiento de Educación Católica.

Septiembre

26. Decreto por el cual se autoriza la reserva habitual del Santísimo Sacramento en la Capilla de barrio San José de Collaquí, parroquia de Tumbaco.

Ordenaciones

Julio

09. El día sábado 9 de julio del 2005, a las 16h00, en la iglesia parroquial de la Medalla Milagrosa, el Emmo. Sr. Cardenal Antonio José González Zumárraga, Arzobispo Emérito de Quito, confirió el orden sagrado del Diaconado a los señores Julio César Palacios Paredes y Segundo Carlos Pashmay Curillo, seminaristas de la Congregación de la Misión; y el orden sagrado del Presbiterado a los señores Luis Alberto Estrella Castillo y Juan Roberto Quiñónez Perea, diáconos de la Congregación de la Misión.

16. El sábado 16 de julio del 2005, a las 08h30, en la Catedral Primada de Quito, Mons. René Coba Galarza, Vicario General de la Arquidiócesis de Quito, confirió el ministerio del Lectorado a los señores César Adrián Castañeda, Francisco Eloy Castillo Merino, Javier Ernesto Catota Centeno, Franklin Miguel Cuenca Escobar, José Miguel Chasi Aizaga, Héctor Alfredo Fernández Cuenca, Christian Nasiosup, Bacilio Jordán Robles Herrera, Jorge Aníbal Torres y José Manual Yunguicela, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito; y el ministerio del Acolitado a los señores Luis Alfredo Carrera Carrera, Jorge Oswaldo Castillo Romero, Jorge Eliécer Escobar Patiño, Alex Danilo Gavilánez Toapanta, Angel Maximiliano Ordóñez Sigcho, Angel Efren Sánchez Montero y Efraín Alonso Valencia Florez, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito.

30. El sábado 30 de julio del 2005, a las 08h30, en la Catedral Primada de Quito, el Excmo. Mons. Raúl Eduardo Vela

Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Diaconado a los señores Jorge Mauricio Berzosa Ruiz, Elí Gálvez Irigoín, Juan Carlos Jiménez León, Manuel Alfredo Lalangui Lalangui y Dairo Romero Gámez, seminaristas de la Arquidiócesis de Quito, y el orden Sagrado del Presbiterado a los señores Cristóbal René Díaz Díaz, Félix Sebastián Lojano Quiroga, Fredy Iván Suntaxi Ñacato, Edwin Albeiro Orrego Vergara, Lenin Modesto Rodríguez Lastra, Gabriel Heriberto Santi Flores, Alberto Ricardo Sinche Ochoa y Juan Carlos Vintimilla Serrano, diáconos de la Arquidiócesis de Quito.

Septiembre

24. El sábado 24 de septiembre del 2005, a las 11h00, en la Basílica de la Merced, el Excmo. Mons. Raúl Eduardo Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, confirió el orden sagrado del Presbiterado a Fr. José Ernesto Caiza Quimba, diácono de la Orden.

Decreto de erección de la parroquia de la Inmaculada de Llano Grande

319/2005

+ RAUL E. VELA CHIRIBOGA ARZOBISPO DE QUITO, PRIMADO DEL ECUADOR

CONSIDERANDO:

1. Que Llano Grande, perteneciente hasta ahora a la parroquia eclesiástica de Calderón, ha experimentado un notable crecimiento demográfico;
2. Que Llano Grande cuenta con iglesia y casa parroquial propias, donde la comunidad cristiana pueda reunirse para celebrar el culto religioso y para realizar actividades de carácter pastoral y social, bajo la dirección de un sacerdote; y
3. Que no es posible atender debidamente a los moradores de Llano Grande si no es mediante la erección de una nueva parroquia eclesiástica;

Oído el parecer de los miembros del Equipo sacerdotal de la Zona pastoral Equinoccial, consultado el padre párroco de Calderón y en uso de las facultades que nos competen según el canon 515 del Código de Derecho Canónico,

ERIGIMOS Y CONSTITUIMOS EN PARROQUIA ECLESIASTICA A LLANO GRANDE, PERTENECIENTE A LA PARROQUIA DE CALDERON.

El Patrono de esta nueva parroquia eclesiástica será la Inmaculada, la cual será, al mismo tiempo, la Titular de la iglesia parroquial.

Los límites de la nueva parroquia eclesiástica La Inmaculada serán los siguientes:

Por el Norte:	La parroquia eclesiástica de San Miguel del Común;
Por el Sur:	La parroquia eclesiástica de San Francisco de Asís de La Bota;
Por el Oriente:	La quebrada Chaquishcaguayco; y
Por el Occidente:	La Panamericana Norte, la avenida Calixto Muzo y la quebrada Chacanapata.

La iglesia de la Inmaculada de Llano Grande será tenida en adelante como parroquial y gozará, por lo mismo, de todos los privilegios y prerrogativas que el Derecho concede a las iglesias parroquiales, por lo cual tendrá fuente bautismal y podrán celebrarse en ella todas las funciones parroquiales.

La parroquia eclesiástica de la Inmaculada de Llano Grande deberá ser una comunidad de comunidades y de movimientos apostólicos, que acoge las angustias y la esperanza de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión; y deberá cumplir su misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana y de adelantar la inculturación de la fe en las familias y movimientos apostólicos y, a través de ellos, en la sociedad (Santo Domingo No. 58).

El párroco de La Inmaculada de Llano Grande coordinará sus actividades pastorales con el Equipo sacerdotal Equinoccial y con la Zona pastoral del mismo nombre.

DAMOS, PUES, POR ERIGIDA Y CONSTITUIDA LA NUEVA PARROQUIA ECLESIASTICA DE LA INMACULADA DE LLANO GRANDE

y ordenamos que el presente decreto de erección sea leído públicamente en la nueva parroquia y en la parroquia de Calderón.

Dado en Quito, en el Palacio Arzobispal, a los 25 días del mes de agosto del año del Señor 2005.

Raúl Vela Chiriboga
ARZOBISPO DE QUITO
PRIMADO DEL ECUADOR

Héctor Soria Sánchez
CANCILLER



Información Eclesial

Información Eclesial En el Ecuador



BODAS DE ORO SACERDOTALES

El miércoles 29 de junio del 2005, a las 08h30, en la Catedral Primada, se celebraron las Bodas de Oro Sacerdotales de Mons. José Vicente Eguiguren Samaniego, Vicario de pastoral, y de Mons. José Luciano Iturralde Hermosa, párroco del Señor de los Puentes. La Eucaristía estuvo presidida por Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, y concelebrada por numerosos miembros del Presbiterio Arquidiocesano. Luego de la santa misa, todos los invitados compartieron el desayuno en Casillas.

CELEBRACIÓN FAMILIAR

El sábado 2 de julio, a las 10h30, Mons. José Vicente Eguiguren Samaniego, Vicario de pastoral de la Arquidiócesis de Quito, celebró sus cincuenta años de sacerdocio en la capilla de Betania del Colegio, rodeado de sus familiares y amigos más cercanos. Terminada la celebración eucarística hubo un acto social en el hall de la casa de Betania.

JUBILEO SACERDOTAL

Los miembros de la Mutual del Clero Arquidiocesano y de la Hermandad Sacerdotal San Juan María Vianney celebraron, con mucho regocijo, las Bodas de Diamante Sacerdotales del Rvmo. Héctor Armando Torres Altamirano, las Bodas de Oro Sacerdotales de Mons. José Luciano Iturralde Hermosa, Presidente de la Hermandad Sacerdotal, y de Mons. José Vicente Eguiguren Samaniego, Vicario de Pastoral de la Arquidiócesis de Quito; y las Bodas de Rubí de sus otros miembros P. José Senén Cadena Pérez, Párroco de San Isidro de El Inca, y del P. Luis Humberto Mosquera Cueva, Párroco de San Juan. La cele-

bración tuvo lugar el jueves 7 de julio, en Betania del Colegio. El número principal del programa de festejos fue la Eucaristía presidida por el Emmo. Sr. Cardenal Antonio J. González Z., Arzobispo Emérito de Quito y miembro de la Mutual del Clero, y concelebrada por los miembros de ambas Instituciones. A continuación se tuvo un acto social, durante el cual se agasajó a los homenajeados, y el almuerzo.

FIESTA DE SANTA ANA EN LA CATEDRAL PRIMADA

El martes 26 de julio se celebró en la Catedral Primada de Quito la Fiesta de Santa Ana como culminación de la tradicional Novena en honor de la madre de la Virgen María. La misa de fiesta se celebró a las 09h00 y estuvo presidida por el Excmo. Mons. Raúl Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, y contó con la asistencia de las socias de la Cofradía de Santa Ana, sus familiares y demás devotos.

REUNIÓN DE LOS DECANOS DE LAS ZONAS PASTORALES

Tuvo lugar el mates 26 de julio, a partir de las 09h30, en la sala de reuniones de la Curia Metropolitana. En esta reunión se trató de avanzar en el trabajo de evaluación del Plan pastoral de la Arquidiócesis de Quito.

EJERCICIOS ESPIRITUALES DEL CLERO ARQUIDIOCESANO

Se realizaron en dos tandas, en la Casa de retiros de Betania del Colegio: la primera tanda del lunes 15 al viernes 19 de agosto, y la segunda del lunes 29 de agosto al viernes 2 de septiembre. Dirigió estos retiros espirituales el Padre Jorge Córdova Hernández, presbítero de la Arquidiócesis de Quito y misionero itinerante a nivel mundial. Participó en las dos tandas de ejercicios el Excmo. Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador. Realizaron estos retiros espirituales la mayor parte de los sacerdotes diocesanos de nuestra Arquidiócesis.

VISITA DE LA VIRGEN DEL CISNE

La veneranda imagen de la Virgen María, bajo la advocación de El

Cisne, Patrona nacional del Turismo, visitó la ciudad de Quito, para recibir un homenaje del Gobierno Nacional, principalmente del Ministerio de Turismo. Llegó a la capital de los ecuatorianos, por vía aérea, el martes 27 de septiembre y se alojó en la Basílica del Voto Nacional. Al medio día celebró una Misa para los devotos de la Virgen del Cisne Mons. René Coba Galarza, Vicario General de la Arquidiócesis de Quito. A las 19 horas del mismo día celebró una solemne Eucaristía el Excmo. Mons. Raúl Eduardo Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador, con la asistencia de la Sra. Ministra de Turismo, numerosos funcionarios del Gobierno Nacional y miles de devotos. La sagrada Imagen permaneció en la Basílica durante todo el día miércoles 28, recibiendo la masiva y continua visita de los fieles. Retornó a Loja el día jueves 29 por la mañana.

Notas Necrológicas ✠

+ Falleció el P. José Germán Suárez Andrade

El sábado 3 de septiembre del presente año 2005, en la Casa Sagrado Corazón de Jesús de la Armenia, falleció el P. José Germán Suárez Andrade a la edad de 87 años; el domingo 4 presidió la celebración de sus funerales el Excmo. Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador; y sus restos mortales fueron inhumados en las criptas de la parroquia del Sagrado Corazón.

El P. José Germán Suárez Andrade nació en la ciudad de Ibarra el 17 de marzo de 1918; luego de la debida preparación espiritual y académica en el Seminario Mayor San José de Quito, recibió la ordenación sacerdotal en la Catedral Metropolitana de manos del Excmo. Mons. Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, para el servicio de la diócesis de Ibarra, el domingo 2 de julio de 1944.

Luego de algunos años de ministerio sacerdotal en su diócesis de Ibarra, se incardinó a la Arquidiócesis de Quito, a la cual ha servido con dedicación y celo sacerdotal, primero como vicario cooperador de Santa Bárbara en 1967, en 1968 como encargado de la atención pastoral al sector de Tandapi y a partir de 1970 como párroco y síndico de Puembo. Durante todo el tiempo de su permanencia en la Arquidiócesis de Quito se ha dedicado a prestar ayuda a los párrocos de la ciudad y del campo, principalmente en el ministerio de las confesiones a los fieles, para cuyo servicio Dios le concedió un carisma especial. Los últimos años de su vida residió en la casa de reposo para sacerdotes "Sagrado Corazón" de la Armenia, a causa de su delicado estado de salud.

Que el Señor le conceda al P. José Germán Suárez Andrade la vida eterna en recompensa a su abnegado servicio a la Iglesia y a la humanidad.

+Falleció el Rvmo. Mons. Carlos Humberto García Zurita

El día miércoles 14 de septiembre del año en curso, en la Casa de reposo Sagrado Corazón, el Rvmo. Mons. Carlos Humberto García

Zurita retornó al seno del Padre a la edad de 102 años. Sus exequias se celebraron el jueves 15 en la iglesia parroquial, presididas por el Excmo. Mons. Raúl E. Vela Chiriboga, Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador; y sus restos mortales fueron inhumados en la cripta de la misma parroquia Sagrado Corazón de la Armenia.

El Rvmo. Mons. Carlos Humberto García Zurita nació en Quito el 12 de octubre de 1903 en el seno de un hogar profundamente cristiano. Llamado por Dios al sacerdocio ministerial, hizo sus estudios secundarios en el Seminario Menor San Luis Rey de Francia y sus estudios superiores en el Seminario Mayor San José. Recibió la ordenación sacerdotal en la Catedral Metropolitana, de manos del Ilmo. Mons. Manuel María Pólit Laso, noveno Arzobispo de Quito, el domingo 27 de julio de 1930.

Mons. García Zurita, hombre inteligente y muy activo, ha servido intensamente a la Arquidiócesis de Quito con dedicación, celo sacerdotal y completo desinterés. Con fecha 29 de septiembre de 1930 fue nombrado coadjutor de la iglesia Matriz de Latacunga; el 31 de diciembre de 1931 pasó a servir a la Iglesia como coadjutor de El Sagrario; el 15 de septiembre de 1932 inició su trabajó en la Curia Metropolitana, primero como Oficial Mayor y luego como Pro-Secretario; el 12 de julio de 1942 recibió del Ilmo. Mons. Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, el nombramiento de Párroco y Síndico de la parroquia urbana de San Sebastián, cargo que lo desempeñó hasta el 15 de diciembre de 1961. Desde 1972 hasta 1986 trabajó en la Curia Metropolitana como Secretario privado de

los Arzobispos de Quito: primero del Cardenal Carlos María de la Torre, a continuación del Cardenal Pablo Muñoz Vega y, por último, del Cardenal Antonio González Zumárraga. Desempeñó, además, otras funciones importantes, tales como la de Asesor eclesiástico de la Juventud Obrera Católica, JOC.

Por sus destacados servicios a la Iglesia particular de Quito, Mons. Carlos Humberto García Zurita ha sido muy honrado especialmente por las autoridades eclesiásticas. El señor Cardenal Carlos María de la Torre le distinguió con el título. de Canónigo honorario del Cabildo

Metropolitano el 12 de julio de 1955 y el 18 de diciembre de 1961, al concluir su misión de párroco de San Sebastián, le hizo Canónigo efectivo. Con fecha 26 de octubre de 1974, durante el pontificado del Papa Pablo VI, la Santa Sede le confirió el título de Prelado de Honor. Finalmente, el 8 de abril de 1983, el señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, entonces Arzobispo de Quito, le elevó a la Dignidad de Tesorero del Cabildo Metropolitano.

Mons. Carlos Humberto García Zurita se distinguió particularmente por su preocupación por las vocaciones sacerdotales y por el bienestar espiritual, intelectual y humano de los sacerdotes de la Arquidiócesis de Quito, por lo cual fundó la Hermandad sacerdotal San Juan María Vianney. Cuando, agobiado por el peso de los años y por su delicado estado de salud, se retiró a la Casa de reposo Sagrado Corazón de la Armenia, entregó a la Hermandad sacerdotal su única casa de la Matovelle y Venezuela.

Que el Señor le tenga en su casa del cielo.

Información Eclesial En el Mundo



ASESINADO EN KENIA EL OBISPO LUIGI LOCATI

El 14 de julio fue asesinado en el norte de Kenia Mons. Luigi Locati, Obispo Vicario Apostólico de Isiolo. Unos desconocidos le tendieron una emboscada cuando volvía a su casa desde un centro pastoral cercano. Los criminales lo aturdieron con un golpe en la cabeza e inmediatamente le dispararon a quemarropa dos tiros. Las autoridades desconocen el móvil del crimen, pero se sospecha que los sicarios pudieron haber sido contratados para asesinar al misionero, el cual ya había sido objeto de varias amenazas. Mons. Luigi Locati tenía 76 años. Durante 11 años desempeñó su ministerio como párroco de Santa María la Mayor, en la Arquidiócesis de Vercelli. Viajó a Kenia en 1963 como sacerdote "fidei donum" para dedicarse a la obra de evangelización y promoción humana en la ciudad de Isolo, donde gastó la mayor parte de su vida.

EL PAPA BENEDICTO XVI SE ALEGRA DE QUE IRA RENUNCIE A LA LUCHA ARMADA

El domingo 31 de julio, después de la meditación mariana del Angelus, el Santo Padre expresó su alegría porque IRA (Ejército republicano irlandés) haya renunciado a la lucha armada. Su predecesor Juan Pablo II pidió en 1979 que IRA se alejara de los senderos de la violencia y volviera a los caminos de la paz.

ISRAEL CONMEMORA AL PAPA JUAN PABLO II

El 12 de julio, en la prestigiosa sala de la Asamblea legislativa del Estado de Israel, se realizó una ceremonia de conmemoración del Papa Juan Pablo II y se emitió un sello con la imagen del Santo Padre mientras inserta entre dos gruesas piedras del Muro de las Lamentaciones una hoja con su oración, acto que realizó durante su peregrinación a

Tierra Santa el domingo 26 de marzo del año 2000. Los oradores fueron el presidente de la Knesset, Reuven Rivilin, la ministra de Comunicaciones, el Nuncio Apostólico Mons. Pietro Sambi, Mons. Giacinto Marcuzzo, Vicario patriarcal para Israel y el Custorio de Tierra Santa, P. Pierbattista Pizzaballa.

EL PAPA VISITA A SU HERMANO SACERDOTE EN EL POLICLÍNICO GEMELLI

Mons. Georg Ratzinger, hermano de Benedicto XVI, fue internado el miércoles 3 de agosto en el hospital Policlínico Gemelli de Roma, al día siguiente fue sometido a una operación quirúrgica, en la que le pusieron un marcapasos. El Papa lo visitó la tarde del viernes 5 y estuvo un buen rato en la habitación de su hermano. Al terminar su visita el Santo Padre saludó y bendijo a los enfermos reunidos en el atrio de ingreso.

PRIMER VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA BENEDICTO XVI

El jueves 18 de agosto, el Santo Padre Benedicto XVI emprendió su primer viaje internacional. La meta fue su patria, Alemania, y más concretamente la ciudad de Colonia, sede de la XX Jornada mundial de la juventud, convocada por su predecesor el Papa Juan Pablo II, que se celebró del 16 al 21 de agosto, bajo el lema: "Hemos venido a adorarlo". En el aeropuerto de Colonia lo acogieron el Presidente de la República Federal, Horst Köhler, acompañado de su esposa, y el Canciller Gerhard Schröder, también con su esposa. La fiesta de acogida de los jóvenes se realizó en el muelle del río Rhin.

JORNADA MUNDIAL XX DE LA JUVENTUD

Se celebró con mucho fervor y con la asistencia de más de un millón de jóvenes de todo el mundo. Números principales de la XX Jornada de la Juventud fueron la llegada del Santo Padre a la explanada de Marienfeld y su saludo a los obispos huéspedes, a las 19h30 del sábado 20 de agosto; la Vigilia con los jóvenes en la explanada Marienfeld y el discurso del Papa a los jóvenes; y la celebración eucarística del domingo 21 de agosto con la homilía: "Quien ha descubierto a Cristo Eucaristía debe llevar a otros hacia él". A las 18h45 del mismo día tuvo lugar la despedida del Santo Padre en el aeropuerto.

NUEVO EMBAJADOR DEL ECUADOR ANTE LA SANTA SEDE

El lunes 29 de agosto, por la mañana, el Papa Benedicto XVI recibió en solemne audiencia, en el palacio pontificio de Castelgandolfo, al Lcdo. Francisco Salazar Alvarado, nuevo embajador extraordinario y plenipotenciario de la República del Ecuador ante la Santa Sede, que acudió para presentarle sus cartas credenciales.

EL PAPA ORÓ POR LAS VÍCTIMAS DE ESTADOS UNIDOS Y DE IRAK

El domingo 4 de septiembre, después del rezo del Angelus, el Papa Benedicto XVI expresó su dolor por el desastre provocado por el huracán en Estados Unidos, especialmente en Nueva Orleáns, y aseguró su oración por los fallecidos y sus familiares, por los heridos y los que perdieron su vivienda. Así mismo, tuvo un recuerdo para las numerosas víctimas de una avalancha humana, en su mayoría ancianos, mujeres y niños, reunidos en Bagdad para una celebración religiosa.

ESTATUA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER EN EL VATICANO

El 14 miércoles 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el Papa Benedicto XVI bendijo una estatua de san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, canonizado por Juan Pablo II el 6 de octubre del 2002. La estatua fue colocada en la parte exterior de la basílica vaticana, en la plaza Santa Marta, en el crucero izquierdo, llamado "brazo de San José".

Oración para implorar a Dios gracias por intercesión del siervo de Dios Juan Pablo II

Oh Trinidad santa,
te damos gracias
por haber dado a la Iglesia
al Papa Juan Pablo II
y por haber hecho resplandecer en él
la ternura de tu paternidad,
la gloria de la cruz de Cristo
y el esplendor del Espíritu de amor.

Él, confiando totalmente
en tu infinita misericordia
y en la intercesión materna de María,
nos dio una imagen viva
de Jesús buen Pastor
y nos indicó la santidad
como alto grado
de la vida cristiana ordinaria,
como camino para alcanzar
la comunión eterna contigo.

Concédenos, por su intercesión,
según tu voluntad,
las gracias que imploramos,
con la esperanza
de que pronto sea incluido
en el número de tus santos.
Amén



